Alexander Lernet-Holenia

minúscula

Marte en Aries

Marte en Aries

En astrología, «Marte en Aries» indica una persona enérgica, directa, impulsiva, pero también un guerrero en el campo de batalla. Lo más probable es que el escritor austríaco Alexander Lernet-Holenia (1897-1976), que participó en las dos guerras mundiales y que vivió los 21 años que mediaron entre una y otra como «un interludio», haya escogido el título de la novela que quiso publicar en 1941 con ese significado, hombres en guerra, guerreros en el campo de batalla. Sin embargo, es curioso comprobar que otra atribución de significado astrológico a «Marte en Aries» describa tan bien el ánimo, el temple, la disposición de Austria bajo el régimen nazi: «Fuerte combatividad, voluntad de afirmación, sin tener en cuenta a los demás. Inconstancia en la acción. Estados depresivos que generan agresividad. Dificultad en las relaciones con los demás. Fe en sí mismo, audacia. Falta de diplomacia, impaciencia, impulsividad. Rudeza, reacciones instintivas. Energía intelectual, sensualidad intensa. Independencia. Disarmónico: Excesiva irritabilidad. Frases y gestos violentos que suscitan hostilidad. Frustraciones, acciones irracionales con graves consecuencias. Falta absoluta de diplomacia». Clima anímico en que se inscribe Marte en Aries, novela que sin duda recoge al menos la cronología biográfica del autor; tanto él como el protagonista, el teniente Wallmoden, se enrolaron como voluntarios en 1915 para combatir en la Primera Guerra Mundial; ambos regresaron a su regimiento en 1939, a cumplir con la obligación de dirigir, cada cierto tiempo, ejercicios bélicos; y ambos fueron atrapados por el torbellino bélico que los llevó a participar en la campaña de Polonia, en septiembre de aquel año. De ahí la extraordinaria viveza de las escenas bélicas, al ritmo de ese avance veloz desde Eslovaquia hasta los valles y las colinas de Polonia, a la sombra de los Montes Tatras, en un paisaje fantasmagórico dominado por el polvo: «Se alzaba en gigantescas nubes, se levantaba como torres, se fraguaba como una tempestad. Todo el país yacía bajo los velos en los que se disolvía y de los que iba cayendo una especie de llovizna. No se podía comer nada sin que crujiera entre los dientes, no se podía tocar nada sin introducir la mano en el polvo, era como si se tratase de advertir a los hombres que ellos mismos eran solo polvo, nada más que polvo». Pero Lernet-Holenia está muy lejos de participar con exaltación en el espíritu bélico. Al contrario, el panorama de desolación y muerte que pinta en las páginas de esta novela, así como la viva resistencia de las tropas polacas que muestra, fueron algunas de las razones para que Goebbels vetara la publicación de Marte en Aries en 1941 (y probablemente también la total ausencia de alusiones a la ideología nazi; la guerra, acá, es más un hecho ineluctable que una empresa gloriosa, un acto del destino antes que un designio de la voluntad). Pero lo más destacable de esta novela, con todo, no es eso. Es decir, solo esas páginas de caos, ruido incesante, torbellinos de polvo, multitudes en fuga y feroces escaramuzas justifican la lectura, páginas que se articulan desde una voz impersonal que, sin embargo, denota de inmediato el conocimiento de primera fuente tanto como un extraordinario desapego de la escena. El conde Wallmoden está ahí, pero también en otra parte: en sus sueños, en sus mareos –síntomas de un estado de exaltación, según el médico a quien consulta-, en su enamoramiento de una mujer misteriosa que lo evade tanto como lo invita, en sus conversaciones sobre fantasmas y sus reflexiones sobre mundos paralelos. Es que Lernet-Holenia es mucho, muchísimo más que un cronista bélico. Antes bien, la guerra parece una excusa para adentrarse en territorios misteriosos, allí donde se cruzan las fronteras entre la vida y la muerte, entre el mundo del sueño y el mundo de la vigilia, entre la imaginación y la realidad. Las sorprendentes continuidades que establece entre esas distintas esferas le da a Marte en Aries una textura realmente extraordinaria, una fisonomía peculiar que lo constituye, sin duda, en un autor cuya singularidad merece un más amplio conocimiento. Tal como ocurre en El barón Bagge, la actividad onírica tiene un papel destacado -aunque menos relevante en la trama-, pero hay más de una conexión entre aquella cabalgata frenética en busca del enemigo ausente y este otro deambular por el campo de batalla entre apariciones y desmayos que trasladan a Wallmoden a otro estado de conciencia o a otro plano de la realidad: «Cuando nos quedamos sin conocimiento, no existe una pérdida de conciencia completa, sino que solamente nos trasladamos (como en la muerte) de un reino a otro, pero estos reinos carecen de embajadores, y solo muy de cuando en cuando –en contadísimas ocasiones- se desprenden partículas de los otros reinos y, como madera flotante procedente de algún continente lejano, varan en las costas de nuestras percepciones; o como pájaros que se han perdido, de tarde en tarde viene a parar entre nosotros el alma de algún fallecido o ángeles o dioses extraviados». Hay que agregar, finalmente, que hay también una trama levemente policial o de espionaje, no se sabe bien, que otorga a ciertos diálogos y encuentros (muy importantes en la novela) un singular aire de extrañeza; y que la inolvidable visión de Wallmoden la noche previa a la invasión, miles de cangrejos que huyen del río que constituye la frontera y se arrastran por tierra en una cinta que «continuamente subía y bajaba un poquito, raspaba y crujía y hasta daba la sensación de soltar de vez en cuando un ligero sonido metálico», es tanto un adelanto de la debacle que se cierne sobre el teniente y sus hombres como la imagen que atrapa de manera perfecta los universos encontrados que Lernet-Holenia hace confluir -y chisporrotear en su contacto hasta la incandescencia- en esta novela. Párrafo escogido «Antes, cuando los escuadrones se ponían en marcha, se oía el estruendo de innumerables cascos de caballos, como si el viento levantara montones de hojas marchitas o como si se precipitaran témpanos de hielo. Ahora zumbaban los motores. Antes, cuando uno estaba en las líneas o se avanzaba un poco a ellas, creía ver el paisaje cubierto de regimientos como de inamovibles figuras geométricas, en las que, como si fuesen

constelaciones, se sabía con exactitud, en todo momento y en todas partes, en qué punto se hallaba cada uno, los abanderados, los cornetas, los oficiales, y cuyo hermético orden incluso hubiera mantenido erguido a un muerto; y ahora también se notaba la ensambladura de la comunidad, la más terrible de la que jamás hayan existido, y se percibía que uno no solo avanzaba rumbo al peligro con la gente, sino en la comunidad de la gente, de la que no había escapatoria. ¿Rumbo a qué peligro? No se sabía. Nunca se sabe».

58 Alexander Lernet—Holenia Marte en Aries Alexander Lernet—Holenia (Viena 1897—St. Wolfgang 1976) es uno de los escritores austríacos más destacados del siglo XX. Su nacimiento estuvo rodeado de rumores, puesto que se sospechaba que el verdadero padre del niño era un archiduque de la Casa Habsburgo. Comenzó a estudiar derecho, pero al cabo de poco tiempo dejó la universidad para combatir en la Primera Guerra Mundial. A principios de los años veinte, Rainer María Rilke, quien junto con Hugo von Hofmannsthal fue su modelo literario, avaló la publicación de sus primeros poemas. En 1926 le otorgaron el Premio Kleist por su obra dramática. Fue amigo de Odón von Horváth, Leo Perutz, Cari Zuckmayer y Stefan Zweig, con quien escribió la obra de teatro Quiproquo (1928). Viajó y publicó mucho durante los años treinta: a esa época pertenecen Aventuras de un joven caballero en Polonia (1931), Yo fui Jack Mortimer (1933), El estandarte (1934) y El barón Bagge. En 1942 apareció Las dos Sicilias, en 1948, El conde de Saint Germain. En la década de los cincuenta publicó El conde Luna (1955). Entre 1969 y 1972 presidió el PEN Club austríaco. El joven Moneada (1954) apareció en esta misma colección.Alexander Lernet—Holenia Traducción de Adán Kovacsics© 2010 Editorial Minúscula, S. L., Sociedad unipersonal Av. República Argentina, 163, 08023 Barcelona minuscula@editorialminuscula.com www.editorialminuscula.com

Primera edición: diciembre de 2010 Diseño gráfico: Pepe Far Fotografía de la cubierta: Polonia, septiembre de 1939. © BArch, Bild 1011—380—0094—16/Heydrich. Fotografía de la solapa: © Paul Zsolnay Verlag Wien.

Este libro cuenta con ayuda del Ministerio austríaco de Educación, Arte y Cultura.

Título original: Mars im Widder © Alexander Dreihann—Holenia © de la traducción: 2010 Adán Kovacsics Revisión: Claudia Ortego ISBN: 978—84—95587—74—9 Depósito legal: B—47.274—2010

Capítulo 1.

A principios del verano de 1939, el protagonista —por no decir el héroe— de esta historia verídica, un tal Wallmoden, decidió que el día 15 de agosto empezaría unos ejercicios militares que estaba obligado a realizar. Difícilmente habría podido explicar por qué eligió ese momento y no otro. Bien habría podido escoger el 1 de septiembre, lo cual habría cambiado mucho las cosas en lo sucesivo. Y nadie se habría opuesto si se hubiera presentado el 15 de septiembre o incluso el 1 de octubre. No obstante, se personó en su regimiento el 15 de agosto, como hemos dicho. Luego señaló que él mismo había dispuesto esa fecha. Sin embargo, no pudo aclarar cómo. Solo fue capaz de decir que tenía la sensación de que lo esperaban precisamente ese día. Pero ¿quién? Desde luego, era imposible que lo esperara alguien del regimiento. Allí no lo conocía nadie, y su ausencia sin duda no habría retrasado las tareas pendientes. Es muy probable que sus planes o cálculos fuesen de una índole muy distinta; quizá en general la vida solo progrese porque se basa en decisiones de ese tipo o similares, que, en cualquier caso, son de carácter inconsciente. Si los hombres dependieran únicamente de los logros de su entendimiento, ni siquiera alcanzarían la edad de usarlo. Bien es cierto que algunos consideran que cada cual vive de acuerdo con su voluntad y que el resto de opiniones no pueden tenerse más que por fantasías. Sin embargo, hay quien sostiene que la suerte de cada individuo es asignada única y exclusivamente por el destino. Es probable que toda existencia dependa de ambas cosas. Eso sí, los dos ámbitos de poder, el de la voluntad y el del destino, son incongruentes. Nunca se solapan por completo. Una cosa puede darse por segura: que ambas esferas se entrelazan, que el destino está al servicio de la voluntad y que la voluntad, en definitiva, solo sirve al destino. De ello será un ejemplo cuanto viene a continuación. Ya cuando Wallmoden se disponía a abandonar su casa, creyó tener la sensación de que esta vez la despedida poseía una importancia especial. Claro que el afecto humano por las personas o las cosas queridas siempre va unido al temor a perderlas, y uno se va despidiendo a cada momento de la amada o de la patria, de modo que en el instante de la verdadera separación la despedida ha sido anticipada hasta tal punto que al final casi resulta fácil. A Wallmoden, sin embargo, no le pareció en absoluto fácil esa despedida de su hogar; es más, le causó una intensa impresión, turbia e incomprensible, que le hizo sufrir, e incluso abrigó por primera vez la sensación, que luego se intensificaría y se repetiría a menudo, de haber quedado atrapado con el reborde o la punta de la ropa en un engranaje de acontecimientos que no dejaría de voltearlo a partir de entonces. Cuando, por ejemplo, se halló ante la ventana y miró el jardín, se le antojó que este había saldado ya las cuentas con él y que, con indiferencia y bajo un cielo tapado, dirigía sus susurros a una persona completamente distinta; y cuando recorrió la habitación, la visión de los retratos de aquellos hombres de los que él mismo descendía lo intranquilizó, pues lo contemplaban con cierta sorna, arqueando las cejas, y hasta con franco rechazo, como si les resultara incomprensible que se hubieran adueñado de él un estado de ánimo y una inquietud plagada de dudas que ellos jamás habían conocido. ¡Despídete!, parecían decirle, ¡vamos, despídete! Porque si no te despides, no será posible que regreses. Y se vio obligado a confesarse que su ánimo realmente había

comenzado a tambalearse de un modo del todo insólito cuando, en una de sus últimas noches en la casa —ni siquiera él supo cómo o por qué—, se puso a recorrerla con una vela encendida, apareció en la planta de arriba, allí donde pendían las cornamentas, y tuvo la impresión de que, junto a las gigantescas sombras de las catorce o dieciséis puntas que se paseaban por las paredes a cada movimiento de la luz, había también un grupo de umbráticos hombres que iba de un lado al otro de la sala, como si el venado se abriera paso entre los troncos de un bosque. El primer día de su estancia en el regimiento ya fue testigo y partícipe de una extraña conversación entre los oficiales. La conversación se inició cuando un tal Mauritz, teniente al mando de la sección de zapadores, contó lo siguiente: un joven de la ciudad, el hijo de un panadero, se había ahogado mientras se bañaba en el río, y llevaban ya dos días buscando el cadáver, pero no había manera de encontrarlo. Mauritz opinó que lograr ahogarse en ese río relativamente somero era una proeza similar a la desaparición del cuerpo de ese desdichado. Después de que la conversación se centrara un rato en los medios con que se realizaba la búsqueda, palos, redes y similares, y en la escasa transparencia del agua fluvial, el subteniente Obentraut propuso que el mejor método para averiguar el paradero del ahogado era convocar en una sesión al espíritu del muerto y preguntarle por el lugar donde se hallaba el cadáver. Al principio todos lo tomaron por una broma, permitida en determinadas circunstancias, en un círculo reducido, para cerrar una conversación que comenzaba a languidecer. Para asombro de los presentes, sin embargo, no tardó en descubrirse que Obentraut había lanzado su propuesta no sin un interés real por el experimento que recomendaba. El subteniente era un hombre que vivía bastante retirado a pesar de su juventud, participaba poco en las reuniones vespertinas de sus compañeros y, en cambio, se entregaba a la lectura de un montón de libros, algunos de los cuales debían de haberle inspirado cierta heterodoxia en sus juicios sobre Dios y el mundo. El asombro aún fue mayor cuando incluso un comandante, el barón Dombaste, un hombre de absoluta sobriedad en su forma de pensar, no pareció rechazar de plano las opiniones del subteniente Obentraut. Concretamente, el comandante dijo que no creía que fuese posible convocar a los muertos, pero sí, sin duda, a los vivos. Y contó entonces la siguiente historia: —Uno de mis primos estuvo mucho tiempo enamorado de una joven rusa, a la que llamaremos Nadia. Ese amor, no obstante, que era por ambas partes muy grande, grandísimo, acabaría de una manera trágica. Precisamente porque su pasión superaba con creces los sentimientos corrientes, la rusa abandonó a mi primo, del que, además, creía que la engañaba. Ahora bien, es posible que realmente la engañara. Sin embargo, su modo de actuar no era en el fondo más que una forma de huida similar a la de ella. »Sea como fuere, se decía que Nadia se había trasladado a Constantinopla y que había fallecido poco después. Eso creíamos al menos. Una noche, en la época de las cacerías otoñales, se celebró una sesión de espiritismo en casa de mi primo. No es que se pretendiera invocar a un espíritu determinado. Pero, como mi primo debía de estar pensando todo el tiempo intensamente en su amada muerta, un ser invisible, que decía llamarse Nadia, no tardó en anunciar su presencia mediante unos golpes. »Mi primo, muy conmocionado, interrumpió la sesión en el acto. »Días después, uno de sus invitados, aquejado de insomnio, fue a la biblioteca a buscar un libro en plena noche. Y para su asombro encontró allí a una joven dama a la que no conocía personalmente ni había visto nunca entre los presentes. »Era una persona de una belleza llamativa, y el invitado conversó con ella alrededor de un cuarto de hora, luego ella se levantó y abandonó la sala por una puerta secreta que él no había visto hasta entonces. »—¿Quién es la joven dama que estaba anoche en la biblioteca? —preguntó a la mañana siguiente a mi primo. »—¿Qué joven dama? —dijo mi primo, y el otro intentó describírsela. »—Tenía el siguiente aspecto —explicó——: hablaba de un modo encantador, y cuando sonreía, se le veían unos dientes bellísimos. Sin embargo, presentaba una pequeña irregularidad junto al colmillo izquierdo, como si un diente no le hubiera crecido de niña. Pero precisamente ese defecto confería un particular encanto a su sonrisa. »Mi primo se puso blanco como la pared. Después de esa descripción, creía estar seguro de que era el espíritu de Nadia el que erraba por ahí desde el momento en que lo habían invocado. »Al cabo de unos días, por la noche, todo el mundo en la casa se despertó por el estampido de varios disparos. Encontraron a mi primo herido en su dormitorio, en un charco de su propia sangre, y tumbada sobre él, anegada en lágrimas, a Nadia, que había intentado matarlo y quitarse luego la vida. »Porque, lógicamente, no fue el espíritu de Nadia, sino Nadia en carne y hueso la que disparó los tiros. Y, por supuesto, ningún poder del mundo habría sido capaz de invocar a su espíritu. Solo había fingido estar muerta para escapar de la relación con mi primo, que le resultaba insoportable. Bastaron los pensamientos invocatorios de él durante aquella sesión para convocar a la persona viva. Obedeciendo a una necesidad repentina y del todo incomprensible para ella, Nadia volvió del extranjero con la intención de poner fin a su desdichada pasión mediante su muerte y la de mi primo. »Los disparos, sin embargo, no surtieron un efecto mortífero, sino purificador, del mismo modo que los truenos distienden el aire cargado de una tormenta. Ambos, Nadia y mi primo, llevan años felizmente casados. Este relato satisfizo a todos por la racionalidad de su conclusión. Wallmoden, no obstante, dijo: —Aun así, quizá los relatos más auténticos sean aquellos que no son ni del todo fantásticos ni del todo lógicos. —¿Y eso por qué? —preguntó el capitán de caballería von Sodoma. —Pues porque, de hecho, toda nuestra vida transcurre precisamente en ese interregno —respondió Wallmoden—. De mi bisabuelo, por ejemplo, se cuenta una historia sumamente extraña, pero que en el fondo no se puede definir ni como algo fantasmagórico ni como algo natural. —¿Y cuál es esa historia? —preguntó Sodoma. —Era coronel, dirigía un regimiento —dijo Wallmoden—. Pocos días antes de la batalla de Santa Lucía, en la que estaba al mando de un cuerpo del ejército, quiso pasar revista a sus hombres. Pero no anunció su visita. Cuál no sería su sorpresa cuando, al presentarse con su plana mayor, vio formado a su regimiento.

Los jinetes acorazados, en doble fila, mantenían una línea inmóvil más recta que un rayo de sol, las chaquetas blancas no presentaban tacha alguna, no había hebilla que no brillara ni botón que faltase, y tampoco se echaban de menos las insignias de hoja de roble, aunque ese árbol fuese una rareza en la zona. Enseguida preguntó al teniente coronel que lo anunció ante el regimiento cómo era que estaban al tanto de su llegada. »El teniente coronel respondió: —Su excelencia notificó su visita. »—¿Que yo la notifiqué? —exclamó mi abuelo—. ¿A través de quién? »—Usted personalmente —respondió el teniente coronel, y el general tuvo la oportunidad de examinar, en el resplandeciente alzacuello de bronce de la coraza de su subordinado, como si fuese en un espejo de afeitar, un rostro demudado por la sorpresa (el suyo propio) bajo el montón de plumas de color verde papagayo del casco. »Enseguida supuso que algún indiscreto de su plana mayor se había conchabado con el regimiento. Tras un largo interrogatorio, sin embargo, ya no pudo dudar de que había sido él mismo quien se había presentado en el campamento cabalgando en solitario y había gritado a los coraceros: —Muchachos, a las cuatro vendré a inspeccionar al regimiento. O sea, que no me hagáis pasar vergüenza. »Sin duda, se sorprendieron al verlo llegar sin séquito. De hecho, durante esa supuesta cabalgata por el campamento, poco después del almuerzo, en realidad había estado durmiendo en su tienda durante unos minutos. Eso sí, no recordaba haber soñado que fuese al campamento. —Me encantan estos superiores —dijo el teniente Mauritz. —¿Y tuvo otras experiencias de ese tipo? —preguntó el comandante Dombaste. —Que yo sepa no —respondió Wallmoden—. Pero desde entonces sus soldados fueron los mejores, firmemente convencidos como estaban de que él llegaba a todas partes en forma de espíritu. —¡Vaya, qué bueno! —exclamó riendo Sodoma—. ¡Es muy bueno eso de que ni siquiera uno mismo sepa que anda por ahí como un fantasma! En cualquier caso, me comprometo a que algo así no me ocurra contra mi voluntad, ¡y me declaro dispuesto a comunicárselo a usted de inmediato si alguna vez, por azar, empezase a errar por ahí como un fantasma! El subteniente Obentraut, sin embargo, lo miró con sus meditabundos ojos de lechuza y dijo: —El señor capitán tal vez esté en condiciones de hacerlo... o tal vez no. —¿Por qué no? —preguntó Sodoma. —Pues porque no es del todo seguro que, una vez muerto, uno sepa que lo está. Por ejemplo, leí que alguien tuvo un accidente de tráfico y perdió la conciencia. Cuando la recuperó, se encontró tumbado en su cama y vio sentado a su lado a un amigo del que sabía que estaba muerto hacía tiempo. »—Pero ¿cómo llegas tú aquí? —le preguntó—. ¡Si estás muerto! »—Y tú también —le contestó el otro. Al principio Sodoma no supo qué responder. Pero al final dijo: —¡Esto es cada vez más confuso! Porque en primer lugar el abuelo de Wallmoden, o su bisabuelo o lo que fuese, no había muerto todavía cuando se presentó como un espíritu. Y, en segundo lugar, si esas dos personas de las que ha hablado realmente estaban muertas, ¿cómo conoce el mundo la luminosa conversación que mantuvieron los dos espectros? Obentraut se limitó a encogerse de hombros: —Pues ya lo verá el señor capitán. —¿Qué es lo que veré? —exclamó Sodoma—. ¡No veré nada de nada! Y ante usted —añadió dirigiéndose a Wallmoden— me comprometo aquí solemnemente a comunicarle cada vez de forma expresa si es conmigo mismo o si es con mi espíritu con quien tiene el placer de encontrarse. —¡Muy amable! —respondió Wallmoden, que no sabía qué otra cosa decir.

Capítulo 2

Ese día, un martes, al anochecer Wallmoden pidió unas horas de permiso para viajar a Viena, y dio la casualidad de que llevó en su coche a Sodoma. Desde la pequeña ciudad en que estaba acuartelado el regimiento, el viaje duraba más o menos una hora. —Suba un momento —dijo Sodoma al llegar—. Está también mi mujer. Está pasando unos días aquí, en casa de sus padres. Cuando entraron, encontraron a la señora von Sodoma en compañía de una dama a la que ninguno de los dos conocía. Por algún motivo, a Wallmoden enseguida le recordó a aquella joven rusa de la que había hablado el comandante Dombaste después de comer, a aquella Nadia a la que se había dado por muerta y que estuvo a punto de matar al primo del comandante. Este no la había descrito en su relato, pero Wallmoden habría podido jurar que solo podía parecerse a la mujer allí presente. De una manera extraña, empezó a confundir lo narrado y lo vivido. Sí, tan intensa fue la impresión que, cuando se la presentaron y la joven le sonrió por un momento, enseguida procuró descubrir también en ella esa pequeña irregularidad de los dientes a la que Dombaste se había referido. Sus dientes, sin embargo, resplandecían como las perlas en una sarta selecta. Aunque no fuese ni francesa ni española, se podía suponer que al menos era de origen francés o español. Su actitud, y sobre todo el porte de la cabeza, era extraordinaria, y la zona donde nacía el cabello, bellísima; el nacimiento del cabello era propiamente rubio. El pelo en sí, sin embargo, era entre castaño y negro, el peinado relativamente alto y estirado hacia atrás un poco en diagonal, como los tocados de las damas francesas en la época de la Gran Revolución. Tenía unos ojos de un azul oscuro y luminoso que dibujaba rayos alrededor de la pupila, y unas pestañas largas y curvas. Una sombra apenas perceptible le cubría las mejillas. La boca no encajaba del todo con el semblante. Era un poco ancha, casi vulgar, pero «de una vulgaridad sumamente atractiva», consideró Wallmoden. Expresaba pasión, pero al mismo tiempo cierto matiz de burla en las comisuras, como si secretamente le divirtiera su propio temperamento. —Pero ¿quién es? —preguntó Wallmoden a media voz al capitán, mientras las damas reanudaban la conversación interrumpida por la llegada de los señores. Sodoma respondió que no lo sabía, pero al cabo de un rato, cuando ya se despedían y después de que él hubiera intercambiado unas palabras con su esposa, le comunicó que se trataba de una tal baronesa Pistohlkors, a la que su mujer solo conocía de una reunión celebrada el día anterior. La Pistohlkors hablaba casi en exclusiva

con la señora von Sodoma y miraba a los caballeros con cierto asombro cada vez que a alguno de ellos se le ocurría dejar caer algún comentario. El que, por ejemplo, el capitán preguntara a su mujer por sus hijos, a los que llevaba varios días sin ver, le mereció una mirada directamente castigadora. Una conversación así resultaba desde luego desagradable, tanto para Sodoma como para Wallmoden. Al final, ambos acabaron limitándose a fumar sus cigarrillos mientras Sodoma iba sirviendo aguardiente una y otra vez a su invitado y a sí mismo en unas copas traídas para tal fin, y la Pistohlkors continuaba como si los señores fuesen transparentes hasta que por fin se levantó y con un suspiro, como si diera a entender que su encuentro con la señora von Sodoma se había visto perturbado de manera definitiva, declaró que debía marcharse... Ante lo cual Wallmoden también se dispuso a irse. Mientras la acompañaba por la escalera, le preguntó por cortesía adonde podía llevarla en el coche, y ella enseguida le dio una dirección en la Salesianergasse. En el coche, se mostró de pronto muy diferente que en casa de la señora von Sodoma, y sobre todo dejó de fingir aquel estúpido asombro cuando uno se dirigía a ella. De modo que, mientras ella se apeaba, Wallmoden le preguntó si podía volver a verla. —¿Cuándo? —preguntó la mujer al cabo de un instante. —Lo mejor sería hoy mismo —respondió él. Ella dijo que eso no era posible. Por qué no era posible, quiso saber Wallmoden. Tenía cosas que hacer. Qué cosas, insistió él. Y ella explicó que unos amigos le habían confiado una carta y le habían pedido que la hiciera llegar esa misma noche a una dirección determinada. Según él, eso no era motivo para no volver a verse. Porque no se necesitaba tanto tiempo para entregar una carta. Además, él mismo estaba dispuesto a entregarla. Mientras, ella podía cambiarse. ¿Adónde había que llevar la carta? Ella lanzó al uniforme una mirada que, a juicio de Wallmoden, parecía de duda. Por otra parte, él esperaba que le nombrara una dirección lejana, en Rodaun, por ejemplo, o en Heiligenstadt. Pero le dijo que había que dejarla en la Piaristengasse. —¿En la Piaristengasse? —exclamó él—. ¡Eso no está a más de unos minutos! —Le ruego, sin embargo, que no me venga a buscar antes de las ocho. Necesito todo ese tiempo para cambiarme. —Deme usted la carta. El sobre, que extrajo de su bolso, era bastante grande, estaba cerrado y no tenía señas ni destinatario. —¿Se acuerda usted de la dirección? —preguntó ella. —Por supuesto. —Entonces hasta las ocho —dijo ella al cabo de un instante. —A las ocho. Eran las siete y pocos minutos. Anochecía ya, y una farola de gas proyectaba su titilante luz sobre el pavimento irregular de la calle. Una ráfaga de aire que acababa de irrumpir hizo temblar la llama, y el batiente de una ventana abierta empezó a golpear en un edificio. Susurraba el follaje de un fresno que sobresalía por encima de un muro alto. El cielo se arqueaba sobre la cada vez más oscura ciudad como una gigantesca cúpula de esmeralda traslúcida. Hacia la Strohgasse, que en ese punto cruzaba la Salesianergasse, una estrella roja solitaria apareció como una punta de lanza de cobre pulido. Mientras la joven mujer se disponía a entrar en su portal, Wallmoden la miró. Observó que tenía unas piernas notables y recordó una frase de un conocido: nunca empieces nada con una mujer que tenga unas piernas realmente bonitas. Si una mujer tiene una cara bonita, cabe la posibilidad de que no se haga una idea cabal de su efecto. Pero si tiene piernas bellas, a buen seguro es consciente de ello, y lo explotará. Wallmoden llamó al timbre del piso en el edificio de la Piaristengasse que le había indicado la Pistohlkors y le abrió un criado. Wallmoden le entregó la carta, y se disponía ya a retirarse cuando el sirviente le rogó que entrara y esperase un momento. Si bien no sabía qué más había de hacer allí, Wallmoden entró en el vestíbulo, y el criado desapareció por una de las puertas con la carta sobre una bandeja. Wallmoden permaneció solo brevemente en el vestíbulo. No tenía ni idea de quién era el dueño de la vivienda en la que se encontraba. No había letrero alguno en la entrada. El vestíbulo tenía unas puertas tapizadas con una tela verde y estaba decorado con algunos trofeos de caza. El piso se hallaba en una segunda planta. Al cabo de unos segundos volvió a aparecer el criado y lo invitó a pasar. En la habitación en que entró, Wallmoden se vio frente a un hombre de buen aspecto, un tanto delgado quizá, de piel morena y sienes canosas, que se presentó —sin que Wallmoden entendiera el nombre que le decía— y le pidió que tomara asiento. —La baronesa Pistohlkors me ha comunicado por teléfono que iba a tener usted la amabilidad de traerme esta misiva —dijo el desconocido señalando la mesa sobre la que yacía la carta aún sin abrir—. Muchísimas gracias. ¡Una mujer encantadora, la baronesa! ¿No le parece? —Bueno —respondió Wallmoden—, encantadora... Pero en todo caso tan guapa que seguro que lamentará usted no haber recibido la carta de ella personalmente. El otro le ofreció cigarrillos. —Veo a la baronesa de vez en cuando —dijo como restándole importancia—. Antes, al menos, la veía a menudo. Es, dicho sea de paso, la mujer con las piernas más bellas que he visto nunca. —Es extraño que diga usted eso —señaló Wallmoden. —¿Extraño por qué? —Porque al decirlo retoma usted el hilo de los pensamientos que yo tenía hace un rato. —A mí no me resulta tan extraño. —¿No? —No. —¿Por qué no? —Porque usted sin duda habrá seguido con la mirada a la mujer después de despedirse de ella. Porque ella es, además, una persona sumamente atractiva en general. Y sobre todo, pudo usted observarla sin ser molestado cuando ella se marchó; entonces debieron de llamarle la atención las piernas. Y le dio fuego. Wallmoden lo miró. —¿Tanto le sorprende? —preguntó el desconocido—. Es bastante evidente, ¿no? Por cierto, ya que hablamos de estas cosas, le diré que no comparto la admiración tan generalizada hoy en día por las piernas bonitas. Me parece incluso un tanto superficial que se admire algo que no expresa casi nada ni de entendimiento ni de alma. Yo, personalmente, prefiero unos bellos ojos. Eso sí, he de admitir que a nuestra época se le ha reservado la posibilidad de ver unas piernas realmente bonitas. Porque antes seguro que las mujeres no tenían las piernas bonitas. —¿Cree usted? —preguntó Wallmoden. —Incluso estoy convencido. Las piernas de la mujer que más me ha embelesado ni siquiera son particularmente bellas. —Pues es una pena —observó Wallmoden. —No tanto. —Y entonces preguntó de súbito—: ¿Ha estado alguna vez en Roma? A buen seguro habrá pasado por

alto lo único digno de ser visto. —¿En qué sentido? —O, al menos, lo más digno de ser visto. ¿Conoce usted el Museo Nacional de las Termas? En el patio, diseñado por Miguel Ángel según dicen, encontrará un montón de aburridas estatuas romanas hechas con esa piedra triste y gris que bastaba para dejar fascinados a los viajeros que visitaban Roma en el siglo XVIII. Sin embargo, contiene, creo que al acceder al ala oeste, un gabinete que recibe la luz por un techo de cristal, y quien entra se queda literalmente sin respiración al ver la única figura de la sala, que es, desde luego, de una belleza inaudita: una muchacha o una mujer joven apoyada en un delfín, una Afrodita de mármol de Paros, cuyo color cera o miel parece irradiar luz de la piedra y da la sensación de rodear la figura como si fuera incienso o una niebla dorada. Le faltan la cabeza y los brazos, pero de la postura del resto del cuerpo se puede deducir que es una mujer saliendo del mar que se escurre el cabello. Y existen motivos para suponer que se trata de la célebre Anadiómena que Apeles creara basándose en una amiga de Alejandro Magno, una obra tan maravillosa que el rey acabó regalándole la muchacha al artista. —Encantador —dijo Wallmoden—. Eso sí, el conquistador realmente tenía a su disposición a todas las mujeres del mundo. Sea como fuere, era el uso más amable que podía hacer de la soberanía. Y estoy, además, totalmente de acuerdo con que la más bella corresponda al mejor. Normalmente suele dirigirse al peor. ¡Dios mío, el escultor debió sentirse feliz y la muchacha, infeliz! Pero ¿cómo se llama la obra que tanto lo entusiasma a usted? —Afrodita de Cirene —dijo el desconocido mientras levantaba la tapa de una caja de bombones y convidaba a Wallmoden—. Sin embargo —prosiguió—, las piernas de esa criatura divina, de la que me enamoré en el acto, no son las más bonitas. Igualmente, las piernas de Helena o de la pelirroja Friné o de la blanca Procris, por ejemplo, seguramente dejaban mucho que desear. Ello se debía, por desgracia, al estilo de la época. Alcibíades y Antinoo también resultan difícilmente imaginables con botas de montar. Habrían tenido un aspecto demasiado tosco. Nosotros mismos nos hemos reducido exactamente en la misma medida en que se ha fortalecido la capa con que nos cubren nuestras ropas. Pero, dicho sea de paso, ¿de dónde son las botas que lleva usted? Son unas botas muy buenas. —Vaya —dijo Wallmoden y miró hacia abajo—, las tengo de antes de la guerra. Tienen más de veinte años. Es el único par que me queda. —¿El único? Pues entonces le aconsejo que se mande hacer otro par y que lo haga pronto. —¿Por qué? —Porque lo necesitará. —¿Le parece? —Sin duda. Y en otro sitio no tendrá la oportunidad de encargarlo. —¿En otro sitio? —Así es. Me extraña, con franqueza, que todavía ande usted por aquí. —A mí también —dijo Wallmoden al cabo de un momento y miró el reloj— me extraña. ¡Pero me ha entretenido usted mucho! Ahora, sin embargo, tendrá que disculparme. —Y se levantó. —¿Cómo? ¿Ya quiere irse? —exclamó el desconocido. —Tengo una cita. —Otra vez con la baronesa, ¿no? —¿Qué se lo hace creer? ——No solo lo creo, sino que lo sé. —¿Quizá —preguntó Wallmoden— ella consideró necesario informarle por teléfono también al respecto? —No —se rió el desconocido—. Ella, por supuesto, no dijo ni una palabra sobre eso. —¿De qué lo colige usted, entonces? —Si uno sabe —dijo el desconocido— que va a salir con una dama, no lleva botas, aunque sean tan buenas como las suyas, las recién mentadas. Y se pone, además, pantalones de salón. Por tanto, deben de haber acordado la cita hace poco. Porque usted no ha tenido ocasión de cambiarse. Pero difícilmente habrá estado en compañía de otra dama que no sea la baronesa. Por consiguiente, saldrá usted con la baronesa. —Pues vuelve a tener razón —suspiró Wallmoden—. Y tanto mejor comprenderá usted entonces que ahora debo marcharme. —¡Pero, vamos, quédese! —dijo el desconocido—. Ha sido muy entretenido, y solo me aburro. Pero no me avergüenzo de ello. No existe nada más desolador que los hombres que afirman no aburrirse nunca. —Mucho me temo, sin embargo, que tenga que irme. —Las mujeres suelen llegar tarde. —No siempre. —Quédese de todos modos. Porque si alguna vez una mujer llega a tiempo y el hombre que ha de esperarla aún no ha acudido, ella da media vuelta, si siente un mínimo de interés por él, y regresa al cabo de un rato fingiendo llegar tarde. Y si ella no se interesa por él, la cita carece de todos modos de sentido. —También en este caso, puede que tenga razón —dijo Wallmoden—. Es una trivialidad, pero desde luego cierta, como, por desgracia, todas las trivialidades. —Precisamente —señaló el desconocido—. En general, solo aquello que es falso posee una pizca de ingenio. Es como si la humanidad quisiera expresar de esa manera su rechazo a la realidad, la cual carece por completo de imaginación. —¿Usted cree? —Pues sí. Hasta el peor escritor es capaz de inventar historias mejores que la vida. Y esta solo podemos soportarla porque nos comportamos de una manera por completo irreal. No existe nada más desolador que ir a parar realmente entre las piedras de molino de la vida. Uno acaba siendo entonces exactamente como los demás. —No comparto del todo su opinión —dijo Wallmoden—. Tengo, en particular en los últimos tiempos, la sensación de que la vida puede llegar a ser muy fantasiosa. —Eso solo habla a su favor —observó el desconocido—. Si se examina a sí mismo, verá que usted lo ha aportado todo para ello, mientras que la vida no ha aportado nada. Wallmoden, a quien interesó el giro que había tomado la conversación, estuvo a punto de contestar. Pero, entretanto, el desconocido también se había levantado, declarando que no quería retenerlo más; pues era posible que la Pistohlkors realmente lo estuviese esperando ya. Dicho esto, acompañó a su huésped hasta el vestíbulo y se despidió; en el fondo, con la misma precipitación con que lo había invitado a entrar. Solo cuando Wallmoden volvía a estar sentado en el coche empezó a resultarle extraña la conversación. Aunque su objeto solo hubiese sido llenar un cuarto de hora con tópicos corteses, el otro la condujo con tal destreza que a Wallmoden en ningún momento se le presentó la oportunidad de observar la habitación en que tuvo lugar el diálogo ni de examinar los rasgos de su interlocutor. Recordaba aún el vestíbulo. La habitación, en cambio, se le había difuminado ante el hablador incesante. Y cuando Wallmoden se disponía a abandonar la casa, se produjo un pequeño incidente. En el portal, se le acercó un hombre desde un oscuro pasillo que debía de llevar a la

vivienda del conserje, pero, al verlo, dio media vuelta en el acto. Wallmoden atribuyó esa rápida retirada a su propio uniforme y sobre todo a una condecoración que llevaba, la insignia de una orden. Se trataba, dicho sea de paso, de una insignia del todo insignificante. Se la concedieron en la época en que permaneció durante un breve período en Constantinopla como oficial en servicio. Era, en efecto, un poco más tarde de las ocho cuando detuvo el coche ante la casa de la Pistohlkors. Ella, sin embargo, no estaba allí. Wallmoden encendió un cigarrillo y fue recorriendo las ventanas con la vista. La casa era antigua y poco vistosa. Le llamó la atención que tanto la Pistohlkors como el desconocido vivieran en edificios de aspecto tan descuidado. La casa del desconocido era verdaderamente fea. La Pistohlkors apareció al cabo de unos minutos. Llevaba algunas joyas y un abrigo blanco sobre el vestido, una especie de abrigo de noche con el cuello doblado y plisado. —¿Quién es, de hecho, el hombre al que me envió? —inquirió Wallmoden. —¿No le ha caído bien? —preguntó ella. —Sí. Muy bien. Pero ¿quién es? —Un tal von Órtel. —Luego calló unos momentos, y al final dijo—: ¿Pero dónde vamos? —Adonde usted quiera. Pensó que ella propondría el Kahlenberg o el Prater. Pero dijo: —¿Al Grand Hotel? —Perfecto —respondió él. Se subieron al coche, y ella se sentó al lado de Wallmoden. La seda crujía suavemente en la oscuridad y las joyas centelleaban sobre la mujer como el rocío. Recorrieron la Salesianergasse y el Rennweg. Al entrar en el salón del Grand Hotel, él saludó a algunos oficiales. Ella quiso saber quiénes eran. —No los conozco —respondió Wallmoden—. Pero mejor sería que me dijera quién es usted. —Lo sabe usted perfectamente. —No. Ni siquiera sé su nombre de pila. —Pues yo tampoco. —¿Qué quiere decir? —Que tendré que mirar primero en mi pasaporte. —¿Qué significa eso? —Soy una aventurera —se rió ella—. Y he olvidado el nombre que pone en el pasaporte. Realmente debería echarle primero un vistazo. —Ahora en serio —dijo él—, ¿cómo se llama usted? —En serio —respondió ella—, da igual que me llame Marie o Irene o Rosa de Lima. Me llaman Cuba, como la isla. Pero se pronuncia Kiuba. —¿De dónde le viene ese nombre? —De niña me apellidaba Kouba. Es un apellido checo. Mis padres emigraron cuando era todavía pequeña. Fui a la escuela en una pequeña ciudad del Medio Oeste, Sioux Falls. —La pronunció como «Souh Falls»—. Desde entonces —continuó—, la gente utiliza mi apellido como nombre de pila. Wallmoden se quedó mirándola: —¿Y el hombre con el que se casó? —preguntó—. Los Pistohlkors son bálticos, según tengo entendido. —Mi marido falleció —contestó ella—. Pero no era báltico. Tenía pasaporte alemán. Fue, por cierto, mi segundo marido. —¿Y el primero? —Se divorció de mí. Podría decir que fui yo la que se divorció de él. Pero no, fue él quien se divorció. Mientras, los camareros permanecían en actitud de espera. —Pues bien —dijo Wallmoden, y empezó a pedir. Ella, que solo quería picar algo, escogió unas gambas y luego fresas. Hacía bastante calor en la sala, de modo que dejó caer el abrigo sobre el respaldo. Llevaba un vestido sin mangas, y a través de la fina tela se dibujaron por un momento los pezones cuando se despojó del abrigo. Algunas personas miraron con curiosidad hacia donde estaban, sobre todo un señor mayor de la mesa contigua, que tenía un cutis color carne, y señales de haber sufrido una embolia en alguna ocasión. Ladeaba la cabeza y observaba a la Pistohlkors por debajo de unas cejas pobladas. Tenía el blanco de los ojos de un color marfil. El hombre pelaba unas almendras con dedos torpes, y de vez en cuando se subía los puños de la camisa. Tras una colérica mirada de Wallmoden, volvió a dirigir la vista a su plato. —¿Y cuándo regresó? —preguntó Wallmoden al cabo de un rato. —¿Regresar adonde? —preguntó ella. —A Europa. —Hace tres años. Fue idea de mi marido, después de que no tuviéramos éxito en los estudios donde nos conocimos. —¿A quién conoció usted allí? ¿Al primero o al segundo? —Al segundo. Mi primer marido era un empleado en Sioux Falls. Mi padre entonces todavía trabajaba como sastre. Luego se le ocurrió la idea de publicar una revista religiosa, con la que se arruinó. El Medio Oeste es tan aburrido que la gente concibe las ideas más peregrinas. »Un buen día se presentó mi marido en el negocio de mi padre y pidió que le confeccionara un traje. Allí me vio y pidió mi mano en el acto. Yo tenía diecisiete años, y el matrimonio no duró mucho. Al poco tiempo quisimos comprar unos artículos para equipar nuestra casa y acudimos a una tienda. No nos pusimos de acuerdo en algo, en la compra de un cepillo, si mal no recuerdo. Discutimos un rato y después mi marido me dejó allí plantada y se marchó enfadado. »Unos minutos antes, sin embargo, alguien había robado algunos objetos en la tienda. Entonces, cuando mi marido se disponía a salir, sin pagar, claro está, pues aún no habíamos escogido nada, lo tomaron por el ladrón o al menos por un cómplice y lo detuvieron, sobre todo porque ni siquiera se defendió. La rabia que sentía hacia mi persona lo había dejado sin habla. Mi marido no me perdonó aquella escena y se separó de mí. —Vaya —dijo Wallmoden tras una pausa—. Las decisiones importantes se toman siempre por algún malentendido o, en general, en algún momento de distracción. —No fue una decisión importante, desde luego. —Solo se actúa de manera sensata en los casos sin importancia. —Tampoco fue una insensatez. Él se encogió de hombros. —No lo sé —dijo—. Obviamente, de momento aún no he estado casado con usted. Y su segundo marido, ¿qué? —Mi segundo marido era actor. Aunque no pasó de papeles secundarios. Era un hombre muy alto. Y tuberculoso. Sobre todo por su altura era difícil fotografiarlo, y cuando actuaba en una escena amorosa su compañera tenía que subirse a un taburete. La Pinchot a lo mejor le habría venido bien. Pero ella se envenenó. —Es curioso cuántas actrices se envenenan —dijo Wallmoden. —Más extraño es que antes se tomen la molestia de ser actrices. Pues bien, fue en la playa de Santa Mónica donde decidimos casarnos, mi segundo marido y yo, y eso ocurrió de la siguiente manera: por aquel entonces me gustaba un hombre del equipo de salvamento. Resulta que allí cada playa cuenta con un bote tripulado por gente escogida, que se encarga de salvar a los bañistas cuando están a punto de ahogarse entre las olas. Son, además, profesores de natación, pero más que nada deben permanecer todo el día en la playa para que haya algo para ver. »Nunca me han gustado demasiado los hombres flacos, y cuando estaba allí con aquel socorrista

y apareció en traje de baño Pistohlkors, al que conocía de los estudios, el socorrista y yo nos sonreímos. Pero Pistohlkors, que no captaba las cosas con rapidez, no se dio cuenta o al menos fingió no darse cuenta, se sumó a nosotros y empezó a cortejarme un poquito. El socorrista se enfadó, y como yo me había reído de Pistohlkors, se sintió autorizado para invitarlo a marcharse. Se produjo entonces un intercambio de palabras, y al final el socorrista le soltó una ofensa. Pistohlkors, sin dudar ni un instante, lo atacó en el acto. Fue como si una araña zancuda hubiera atacado a un búfalo. En el curso de un minuto cayó tres veces al suelo. Y allí quedó tumbado a la tercera. Lo levantaron, y me casé con él al cabo de unos días. Para su desgracia, sin embargo, poco después heredó, y pudimos regresar a Europa. El clima de California le había sentado bien, pero no aguantó el europeo, y murió al cabo de unos meses. —¿Y sigue creyendo aún que realmente lo quería? —preguntó Wallmoden. —Sí —respondió ella—. Nuestro corazón a veces es incluso más fuerte que nuestro mal gusto. Conozco, por ejemplo, a una mujer casada con un oficial extranjero, al que ama profundamente a pesar de que debe de ser el inválido de guerra más lisiado de su país. —También Nelson —dijo Wallmoden—, aun teniendo solo un ojo y un brazo, fue amado por Lady Hamilton, la mujer más bella de su época. —Cuando uno ama a una persona —dijo ella—, puede verla aunque carezca de ambos ojos; y abrazarla aunque carezca también de ambos brazos. Él permaneció en silencio. —¿Y de dónde conoce usted, en realidad, a ese tal von Órtel? —preguntó después de dejar pasar un rato. Ella no respondió de inmediato. —Por la gente —contestó finalmente— cuya carta usted le llevó. —¿Y quién es esa gente? —inquirió él. La Pistohlkors, sin embargo, ya no respondió, sino que se quedó mirando el plato con las cejas fruncidas. Él observó su gesto y tras unos instantes pidió disculpas por haberla aburrido. A partir de ese momento, no obstante, ella se mostró parca en palabras. Cuando el camarero trajo las gambas, hurgó distraídamente en la comida con el tenedor y hacia las nueve y media pidió a Wallmoden que la llevara a casa. —¿De verdad, a casa? —preguntó él. —De verdad. Cuando Wallmoden se detuvo ante el edificio en la Saleianergasse, ella permaneció sentada en el coche. Él dijo algo, pero como ella no contestó, interpretó el silencio como una invitación. La besó en la mejilla, y ella consintió sin inmutarse; eso sí, Wallmoden tuvo la sensación de percibir un suspiro. Cuando insistió, sin embargo, ella lo apartó. —¿Puedo volver a verla? —preguntó. Acordaron que él pasaría al día siguiente hacia el anochecer. Cuando la Pistohlkors entró en el edificio, Wallmoden estaba convencido de que ella fingía y que volvería a salir al cabo de un rato. Condujo el coche un trecho hasta la Strohgasse, regresó a pie y se quedó vigilando el portal. Mas esperó en vano; para alegría suya, como se confesó a sí mismo. Regresó a casa hacia las diez y media. Sobre su coche, el cielo estaba sembrado de una infinitud de estrellas, como si sobre un terciopelo negro español hubieran esparcido oro en polvo, aquel oro en polvo en bolsas de cuero que los conquistadores mandaban por mar a sus reyes.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, el escuadrón de Wallmoden viajó —pues el regimiento estaba motorizado— en orden de marcha de combate rumbo a la aldea de Würmla, situada unos veinte kilómetros de distancia, se apeó ante el pueblo y practicó un ataque contra un hipotético enemigo. Como el jefe del escuadrón, el señor von Kaufmann, había sido convocado a una reunión, Wallmoden dirigió el ejercicio. Mientras las unidades de tiradores superaban las crestas de las colinas que rodeaban la localidad, experimentó una extraña vivencia. Se trataba de una vivencia plenamente interior, y tuvo motivos para suponer que ninguno de los presentes advirtió nada; es más, hasta él mismo, curiosamente, procuró luego olvidarla cuanto antes. Sin embargo, no pudo aclarar por qué quiso olvidarla, salvo por el hecho de haberse sentido involucrado en algo absolutamente rechazable. La colina, por la que siguió a las dos primeras secciones con la tropa del escuadrón, estaba sembrada de avena, que en ese momento del año no había sido segada todavía, aunque ya había empezado a madurar. Al otro lado se hallaba la aldea. Avanzando poco a poco por los amarillos senderos entre el cereal, Wallmoden continuó hilando un pensamiento que lo ocupaba desde hacía unos minutos, al menos desde que la primera oleada de la ofensiva había desaparecido de su vista tras la cresta.

Partió de la base de que la cosecha aún no se había completado. Y se refería a toda la cosecha. Nada —oyó decirse a sí mismo—, nada ocurre antes de que le llegue su momento y nada se cosecha antes de que madure. Y de pronto tuvo una percepción increíblemente precisa, casi hipernítida, de la esencia del tiempo. El tiempo, se dijo, es la secuencia de las cosas. Así como dos cosas son espacialmente impenetrables, también lo son temporalmente. En el punto en que se halla un cuerpo no puede haber un segundo cuerpo, sobre todo no puede estar allí donde otro cuerpo todavía está. Los tiempos son exactamente tan impermeables como los cuerpos. Claro que —se dijo Wallmoden— el tiempo es invisible; de ahí que la gente lo tenga por impreciso. En realidad, sin embargo, es exactamente igual que el espacio. Y sintió la precisión del tiempo. Como un gigantesco mecanismo de relojería, que era a la vez un astrolabio, el mundo entero se le antojó un artilugio astronómico de dimensiones enormes, sobre el cual no solo se movían las estrellas, sino también las cosas en sus órbitas, que resplandecían por su precisión temporal y espacial. Un hombre podía equivocarse, pero una cosa no. Por eso habría sido ridículo suponer, por ejemplo, que las espigas que se mecían en el campo de avena y las nubecitas de polvo que el pie levantaba en el sendero no se hubieran movido con la misma precisión que las estrellas. No obstante, el polvo flotaba ahora y las espigas se mecían ahora, pero había de venir un tiempo diferente del actual (porque dos tiempos no caben en un solo espacio temporal), y entonces

las espigas estarían maduras y las segarían. El maíz y el trigo ya habían sido cortados, también las amapolas se habían deshojado, adormiladas, hacía tiempo, pero la avena seguía en pie. Aún no estaba madura. Solo cuando la segaran estaría la cosecha completada. La cosecha era el cabello de la tierra. Pero todavía no era el momento de cortarla. Todavía no había llegado el momento. Siguiendo estos pensamientos, que le habría gustado pensar hasta el final, aunque él mismo consideró que había perdido el hilo, alcanzó la cima de la colina y vio la aldea ante sí. Al cabo de unos pasos llegó, ya en la otra vertiente, a una ligera depresión del terreno, marcada en el lomo de la colina como la suave huella de un dedo en una masa. La depresión no estaba sembrada, sino que yacía sin cultivar entre los campos, cubierta de hierba corta (como si allí hubiera pastado el ganado) y salpicada de algunas piedras aisladas. El sol brillaba en ese momento con extraña intensidad, y es posible que la forma circular de aquella hondonada reforzase el ligero mareo de Wallmoden, que ya antes le había causado el calor... Fuese por una causa o por otra, al adentrarse en la depresión sintió que realmente se mareaba un poco. Tuvo la sensación de haber ido a parar a un tenue torbellino. E imaginó que el terreno olía a tomillo. A partir de ese momento, el mareo se intensificó de súbito de forma considerable. No solo el aire y el viento, sino también otra sustancia resplandeciente —eso percibía— revoloteaba a su alrededor. Le pareció estar rodeado por un corro de personas o, más bien, por dos o tres círculos que se movían alternando las direcciones; consistían, concretamente, en parejas que bailaban y cantaban. Sin embargo, no solo daban vueltas en torno a ellos mismos, sino que avanzaban lateralmente en aquellos círculos, volviendo los rostros los unos hacia los otros. A todo esto, las bailarinas apoyaban los pies sobre los pies de los bailarines, los cuales las levantaban a cada paso. Las parejas daban cuatro pasos laterales en la dirección en que se desplazaba el círculo y luego tres en la dirección contraria, de modo que cada siete pasos solo avanzaban uno. Las figuras fulgían. Al principio, Wallmoden (quien percibió claramente que todo aquello no podía ser más que una fantasía debida a su repentino malestar) pensó que brillaban como cuando a alguien que está a punto de desmayarse o intoxicado por nicotina las cosas se le aparecen rodeadas de halos luminosos. De pronto, sin embargo, se dio cuenta de que las figuras iban desnudas. Era su piel, que brillaba bajo aquel sol de justicia como si estuviera embadurnada de grasa. Y creyó observar que no era simple desnudez. Los bailarines se habían desnudado para esa danza; era, pues, una desnudez sagrada. En ese momento, los movimientos opuestos de los círculos se convirtieron en uno solo, en el sentido de las agujas del reloj, y se transformaron en una espiral que, como si fuese elástica, se estrechaba cada vez más en torno a Wallmoden, de tal modo que oía el canto de los danzantes desde muy cerca como un griterío en sus oídos, percibía su respiración como un resoplido salvaje y olía su transpiración, tan intensa y tan repugnante que estuvo a punto de perder el conocimiento, y no se podía hablar ya de una verdadera danza, pues era la impudicia en sí. De repente, una sombra se proyectó desde lo alto y la visión, o lo que fuese aquello, se desvaneció de pronto y desapareció. El borde de una nube había ocultado el sol. Al mismo tiempo se percató de que la gente de la unidad se disponía a levantarlo de la postura en la que había quedado, arrodillado. Suponían a buen seguro que había tropezado con alguna piedra que sobresalía de la hierba. Por encima de la cresta de la colina se le acercó, a la cabeza de la tercera sección, el subteniente Rex. Wallmoden farfulló unas palabras, dando a entender más o menos que el subteniente se encargara de reunir al escuadrón. Luego, sin embargo, se recuperó con suma rapidez, y al cabo de unos minutos creía no haber vivido en absoluto toda aquella situación. El sol, sin embargo, no volvió a aparecer. En el cielo se habían formado nubes de tormenta y descargaron mientras regresaban. La lluvia se precipitaba en cascadas centelleantes, y los truenos, sobre todo cuando los rayos caían cerca, sonaban como disparos de argénteos cañones. Al mediodía agasajaron a un huésped, el señor von Baumgarten, a quien pertenecía la cercana finca de Schónbühel. A veces invitaba allí a los oficiales del regimiento y en ocasiones también participaba en las reuniones del casino de oficiales. Ya había empezado el almuerzo cuando entró Sodoma. Tal como estaba previsto, de entrada aseguró a Wallmoden que hacía acto de presencia «en carne y hueso» y «todavía no» como fantasma. Wallmoden agradeció en tono serio la información y añadió que el capitán tal vez no era consciente de lo necesarias que resultaban a veces tales aclaraciones. —¿Por qué necesarias? —preguntó Sodoma. Wallmoden, que estuvo a punto de dejar caer algún comentario sobre su vivencia de la mañana, pero que de pronto se sintió decididamente reacio a comunicar nada, ni siquiera una insinuación, Wallmoden respondió, pues, que como mínimo confiaba en que el capitán se atuviera siempre a la verdad al informar sobre su estado. Sodoma preguntó entonces por qué pensaba Wallmoden que no iba a querer decir la verdad. Quizá por cierto sentimiento de pudor que tenían los espíritus, explicó Wallmoden. Y añadió que la falsedad no le serviría de mucho al capitán, puesto que uno podía distinguir con relativa facilidad a un espíritu de una persona viva. —Por supuesto, porque es transparente —dijo Sodoma, satisfecho de que Wallmoden entrase en aquel juego de una comedia de fantasmas—. O lleva una sábana blanca. —No me refiero a eso —insistió Wallmoden—. Sino a que siempre aparecerá en su esencia. —¿Eso qué quiere decir? —preguntó Sodoma, y también el subteniente Obentraut, que había empezado a escuchar con interés, quiso saber qué entendía Wallmoden por la esencia de un fantasma. —El espíritu —respondió Wallmoden— es lo esencial del cuerpo. Es decir, que un fantasma siempre presentará a grandes rasgos el aspecto que tenía la persona en vida. —Siendo así —dijo Obentraut—, los fantasmas deberían ir desnudos. Wallmoden se sorprendió. —¿Cómo lo sabe? —preguntó. Pero Sodoma exclamó: —¿Qué pasa? ¿Ha visto algún fantasma desnudo? —No —contestó Obentraut—. Jamás he visto un fantasma. —Pues me parece una vergüenza —dijo Sodoma—. Sobre todo tratándose de usted, que no deja de hablar de ellos. ¿Y por qué cree usted que un espíritu ha de andar al natural? —Porque la vestimenta no

forma parte del cuerpo —respondió Obentraut—. Y puesto que, como decía Wallmoden, el espíritu solo representa el cuerpo, no representa a la vez la vestimenta. Ergo, el fantasma va desnudo. —No me refería a eso —explicó Wallmoden—. Yo opino que un espíritu ha de representar lo esencial de lo corpóreo. Y de ello también puede formar parte perfectamente la vestimenta, que a menudo es muy característica de las peculiaridades de una persona. —Eso es —dijo Sodoma—. Pero, aunque no fuese así, yo me negaría a andar por ahí como un nudista. Es más, le prometo aparecer en uniforme o cuando menos de paisano. —Pero ¿a qué se debe que, a pesar de todo —dijo Obentraut—, existan tantas noticias sobre espíritus que, por ejemplo, han aparecido cubiertos con una sábana? —Eso podría deberse quizá —respondió Wallmoden— a que la muerte, o la forma de morir, ha sido lo característico de esas personas en cuestión. La vida de la mayoría de los hombres transcurre de manera tan anodina que lo único de interés en su vida es, al fin y al cabo, la muerte. —Creo que sobrevalora usted la muerte —dijo Sodoma—. De hecho, no es ningún logro particular. Cualquiera puede morir, es más, ha de morir, porque todo muere, de modo que no puede ser esencialmente más interesante que la vida. —Puedo serlo —intervino Baumgarten—. Pues es el único acontecimiento que obliga, por ejemplo, a una criatura que ha vivido sin una pizca de espíritu a exhalar su espíritu. —Pues también ha habido gente, dicen, que ha muerto sin una pizca de espíritu —señaló Sodoma. —En el fondo —terció Obentraut— debería ser posible que incluso los animales anduvieran errando como espíritus. —No lo sé —dijo Wallmoden—. No sé si es posible, en general, andar errando como espíritu. Puede ocurrir perfectamente que cuando creemos ver a un fantasma solo estemos imaginando que lo vemos. —Usted mismo contó que su bisabuelo cabalgó por el campamento de Santa Lucía mientras en realidad dormía. ¿Considera usted que su espectro montaba un caballo real o el espectro de un caballo? —La verdad, no lo sé —respondió Wallmoden—. Sinceramente, no he reflexionado sobre ello. —¿No se sabe, pues, dónde estaba el caballo en aquel momento? El comandante Dombaste, que esta vez había seguido en silencio toda la conversación, frunció el entrecejo y lanzó una mirada de reproche a Obentraut. —No, no se sabe —contestó Wallmoden—. Pero creo que carece de importancia. Lo importante es saber si toda nuestra vida es fantasmal o si es aquello que suele llamarse real. O, dicho con otras palabras: si somos realmente seres humanos o si solo somos, de hecho, una especie de fantasmas. —Pues sí —intervino Dombaste—, e incluso esta reflexión me parece bastante problemática. En general, me gustaría pedir a los señores, y en particular a usted, querido Obentraut, que se centren en temas controlables, tanto más cuanto que el motivo de todas estas conversaciones, el ahogado por cuyo paradero tanto se interesó nuestro amigo Mauritz, entretanto ha sido hallado. Mauritz se inclinó cuando el comandante pronunció su nombre. —Vaya —dijo el teniente Hertzberg—. ¿Lo han encontrado? ¿Y dónde estaba, pues? —En el río —respondió Mauritz lacónicamente. —¿Y por qué no nos has dicho nada? —Dios mío —contestó Mauritz—, porque ya está. —¿Y cuándo lo encontraron? —Ayer por la tarde —dijo Mauritz. —Hablando de ayer por la tarde —terció Sodoma volviéndose hacia Wallmoden—: lamento sinceramente que se haya topado usted con esa persona tan aburrida en nuestra casa, con esa tal Pistohlkors o como se llame. —No era en absoluto aburrida —replicó Wallmoden. —¿No? —No. Luego la llevé a su casa y, de hecho, en el camino mantuvimos una conversación muy agradable. —Bueno, labia tenía, desde luego —señaló Sodoma—. Pero estaba obsesionada por hablar solo con mi mujer. También a mi esposa le pareció sumamente extraño y dijo que no sabía cómo interpretarlo. —Por Dios —dijo Wallmoden—, después, como por lo visto no había nadie más, también habló conmigo. —¿No estuvo usted ayer, además, en la Piaristengasse? —preguntó el señor von Kaufmann, el jefe del escuadrón de Wallmoden. —¿En la Piaristengasse? Sí —respondió Wallmoden y alzó la vista, extrañado de que Kaufmann lo supiera. —Me pareció ver su coche allí estacionado —dijo Kaufmann, que se sintió obligado a explicarse. —¿Conque también estuvo en Viena? —inquirió Wallmoden. —Por supuesto. Wallmoden arqueó las cejas. De hecho, cuando había solicitado el permiso y le preguntó si quería que lo llevara, Kaufmann le dio las gracias por la invitación y explicó que se quedaría en casa. —Quiero decir —añadió Kaufmann, como si recordara la escena— que poco después me decidí a viajar a pesar de todo. Lástima que no viajara con usted. Podríamos haber comido juntos, por ejemplo. Realmente, una lástima. En efecto, le gustaba la buena mesa. Hacia las dos se retiraron todos. Antes de abandonar el casino, sin embargo, Baumgarten se volvió hacia Wallmoden y le rogó que se quedara un rato con él, pues quería decirle unas palabras. Wallmoden, aunque un tanto sorprendido, aceptó encantado. El señor von Baumgarten era considerado un tipo original, aunque en realidad no lo era. A lo mejor solo cometía menos errores que los demás. Esa inteligencia le venía de su observación atenta de las personas, las cuales, como él mismo decía, le interesaban más que las vacas o los libros, que suelen llenar normalmente la vida de un terrateniente; y a partir de los acontecimientos en el vecindario y sobre todo en la sociedad de la metrópoli se había formado su propia historia y filosofía. Tenía fama de saberlo todo, incluso los hechos más privados, y sin duda debía su popularidad a que conseguía que le contaran muchas cosas y muy pocas veces se tomaba la molestia de contar a otros lo escuchado. Se quedó un rato mirando a Wallmoden a la cara, antes de desembuchar. —Conde Wallmoden —dijo finalmente—, confío en que no malentienda lo que he de decirle. Lleva usted unos veinte años sin servir en el ejército, y ahora ha vuelto hace dos días. Tal vez haya olvidado usted esto y aquello mientras tanto, tal vez desde entonces hayan cambiado también algunas cosas. Usted solo sirvió en la guerra, ¿no? Pues bien, yo no he sido nunca soldado, de manera que tampoco me resulta fácil decirle lo que querría explicarle. Pero debo decírselo. Sobre todo deseo sugerirle que no olvide jamás, tampoco en sociedad o en público, lo que usted se debe a sí mismo. —Desde luego que no —respondió Wallmoden pasmado—. Y creo, además, no haberlo olvidado hasta ahora. Eso sí añadió después de reflexionar un instante—, cometí el error

de salir en botas de montar con esa dama. Sin embargo, no tuve ocasión de cambiarme. ¿Es que se habló aquí de ello? Tal vez lo mejor habría sido viajar a Viena de paisano. Sin embargo, olvide esa posibilidad. Antes estaba prohibido, al menos en nuestro regimiento. Baumgarten no pareció entender del todo lo que quería decir. —Solo quería aconsejarle —dijo— que fuese más prudente a hora de elegir a la gente con la que trata. Es posible que conozca usted de otras épocas a personas cuyo trato ahora yo ya no le recomendaría... En general, lo mejor habría sido que antes tampoco las hubiera conocido. Las relaciones, sobre todo justo después de la guerra, eran a menudo bastante deplorables. Aproveche, pues, la ocasión de renunciar ahora a ellas. Wallmoden contestó al cabo de un momento: —Aun así, señor von Baumgarten, creo que no es muy pertinente, ni siquiera según las ideas de nuestro tiempo, que se me reproche haber salido con una dama aunque sea de procedencia humilde. Baumgarten alzó la vista: —¿Quién es de procedencia humilde? —preguntó. —La dama con la que salí. —Vaya —dijo Baumgarten, dando la impresión de no saber muy bien qué contestar—. Pues no lo sabía. ¿Y puedo saber cómo se llama, de hecho, esa dama? —Pistohlkors. Baronesa Pistohlkors. Aun así, no resulta sorprendente que su padre fuese un simple sastre. —¿Le parece? Vamos, quería decir: ¿es esa su opinión? —Por supuesto. Emigró a América cuando era todavía una niña, se crió allí, se casó en primer matrimonio con un norteamericano, cuyo nombre no mencionó, y luego en segundo matrimonio con un barón von Pistohlkors, lo cual es desde luego suficiente para ser una persona presentable en la buena sociedad. Entretanto trabajó en el cine... —¿En el cine? —Así es. Pero ni siquiera eso lo considero una tacha especial. Ya ve usted que no hay nada particular en su carrera. Por lo demás, se trata de una persona sumamente bella y bien vestida, con modales decentes. Baumgarten lo miró: —Dígame —preguntó al cabo de unos instantes—, ¿no es la misma de la que hablaba antes con el capitán von Sodoma? —Por supuesto. Porque la conocí precisamente en su domicilio o, mejor dicho, en el de sus suegros. —¿En la vivienda de Sodoma? —Así es. —¿De modo que no en la Piaristengasse? —No. Ella solo me pidió que le llevara allí una carta. —Una... —Sí. Una carta. —¿Así que a la Piaristengasse? —Exactamente. ¿Puedo preguntarle si existe alguna objeción contra esa dama? Baumgarten dudó. —¿Qué le llevó a usted a hacerse cargo de la carta en cuestión? —preguntó. —Yo mismo me ofrecí. —¿Usted mismo? —Yo mismo. Porque me dijo que debía entregarla. Pero yo le propuse que se cambiara mientras yo la hacía llegar. —¿Y qué ponía en la carta? —No lo sé, por supuesto. Incluso es posible que ella tampoco lo supiera. —¿Por qué no lo iba a saber? —Pues porque ni siquiera la escribió. Simplemente, unos amigos le pidieron que la entregara. Al menos eso dijo ella. —¿Qué amigos? —No me lo dijo. —¿Desde cuándo la conoce, en realidad? —preguntó Baumgarten. —Desde ayer. —¿Ayer? —Sí. Ya se lo he dicho. Desde mi visita a casa de la señora von Sodoma. —¿Y la señora von Sodoma? ¿Conoce ella desde hace mucho a esa... esa dama? —No, tampoco. Según decía, la había conocido hacía unos días. —¿Y dónde? ——En una reunión social. —¿En qué reunión? —En alguna, de la que no dio más detalles. Pero ¿puedo saber por qué me reprocha el capitán von Sodoma el trato con una mujer que se encontraba en su vivienda? —¿El capitán? —Pues sí. Desde luego, le desagradó desde el principio. —El capitán no tiene nada que ver con ella. —Pero entonces ¿quién, si no, me habrá visto con ella? Baumgarten no respondió de inmediato. Se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Luego volvió y se sentó de nuevo en la silla. —A lo mejor se trata de una simple confusión —dijo finalmente. —Parece que sí. Al menos eso espero. Pero ¿con quién? —¿Cómo dice? —Quiero decir, ¿con quién habrán confundido a la baronesa? Baumgarten se encogió de hombros. —No lo sé —dijo—. Pero intente, por ejemplo, describírmela. —Como es sabido, resulta muy difícil describir a una mujer —dijo Wallmoden—. De hecho, es imposible. —¿Le parece? —Pues sí. Bien es cierto que de muchas mujeres se dice que eran muy bellas, pero aun así no sabemos qué aspecto tenían. ¿No cree usted que de lo contrario, por ejemplo, Homero sin duda habría intentado describir a Helena? Sin embargo, solo sabemos, y ni siquiera por él, sino por otros, que era la mujer más bella del mundo. ¿Y eso qué quiere decir? Nada. En realidad, debe de haber sido tan bella que uno, al verla, se quedaba sin respiración, como les ocurrió a aquellos ancianos en las puertas Esceas. Ese es al menos el efecto que describe Homero. De ella misma, sin embargo, no sabemos nada. Ni qué altura ni qué ojos ni qué cabellos tenía. Solo sabemos que, probablemente, no tenía unas piernas muy bonitas.

Baumgarten había empezado a tamborilear sobre la mesa con los dedos; parecía a punto de asegurar que no se trataba en ese caso de la belleza de Helena, sino del aspecto de la baronesa Pistohlkors; no obstante, ante el decidido desprecio de Wallmoden hacia las piernas de Helena interrumpió su tamborileo. —Pero ¿cómo sabe usted eso? —preguntó. —Eso al menos afirmó el señor von Órtel —dijo Wallmoden. —¿El señor von Órtel? —exclamó Baumgarten. —Sí. El hombre al qué llevé la carta de la Pistohlkors. —Vaya, ¿conque afirmó eso? —Así es. ¿Y por qué no? —¿Habló con usted sobre Helena? —Y no solo sobre Helena, sino, si mal no recuerdo, sobre Friné, Procris y Alcibíades. No tenían piernas muy bonitas, aseguró. —Vaya —dijo Baumgarten asombrado—. ¿Y cómo lo sabe? —Es su teoría. —¿Y no habló sobre otros temas? —Apenas. —¿Cómo que apenas? —Porque el motivo de toda esa disquisición fueron las piernas de la baronesa Pistohlkors, que son realmente muy bonitas. En efecto, incluso llegó a afirmar que eran las piernas más bellas que había visto jamás. —Pues ya está —dijo Baumgarten—. Contaríamos como mínimo con un atisbo de una característica. La Pistohlkors tiene unas bonitas piernas. —Realmente extraordinarias. —Pero ¿de qué más habló el señor von Órtel? —De mis botas. —¿De sus...? —Así es. —¿Y...? —Me recomendó que mandara hacer otras. —Seguro que podrá hacerlo. Pero ¿de qué más se habló? —Le dije que, en realidad, tenía una cita. —¿Con la dama en cuestión? —Sí. Esto último no se lo dije, pero él... —¿No la conoce personalmente? —¿A quién? —A esa

baronesa. —Claro que sí. Dijo que se veía con ella de vez en cuando. Baumgarten clavó la vista en él. —¿Qué reputación tiene, de hecho, esa mujer? —preguntó. —No tengo ni la menor idea —respondió Wallmoden—, salvo que se comportó de una manera un tanto extraña con la señora von Sodoma. —¿En qué sentido? —Conversó única y exclusivamente con ella y actuó como si el capitán y yo fuésemos transparentes. —Al final, sin embargo, no actuó como si fuese usted transparente. —No. Es más, se mostró muy agradable y divertida. Después de una pausa, Baumgarten parecía querer formular otra pregunta, pero acabó levantándose. Wallmoden hizo otro tanto. Baumgarten cogió un paquete de cigarrillos que había sobre la mesa y lo convidó. —¿Le interesa esa mujer? —preguntó. —Hasta ahora no he tenido motivo para planteármelo —respondió Wallmoden, y cogió un cigarrillo. —Pues ahora lo tiene, el motivo. —¿Cree usted? —Sin duda. —Para serle sincero —dijo entonces Wallmoden—, en realidad sigo sin saber qué quiere usted de mí, señor von Baumgarten. ¿Qué ocurre, en el fondo, con esa mujer? ¿Qué sabe usted realmente de ella? —Supongamos —señaló Baumgarten mientras miraba por la ventana— que, en efecto, no tiene buena reputación. —Pero eso no es motivo... —Es que las cosas han cambiado —sentenció Baumgarten —. Ya se lo he dicho: ¿le interesa o no le interesa? Al fin y al cabo, solo ha pasado usted una velada con esa mujer. No puede sentirse tan fascinado por ella. Es imposible. —Por Dios —dijo Wallmoden—, solo he considerado, hasta ahora, que era una persona muy bella. —Pues ya ve ——contestó Baumgarten—. ¡De cuántas mujeres se ha dicho lo mismo! Y abandonaron el casino.

Capítulo 4

Mientras Wallmoden reflexionaba sobre aquella conversación, trataba de preguntarse si en realidad se sentía afectado o no por la mala reputación de Cuba, que, por otra parte, quizá ni siquiera fuese tan mala. Y llegó a la conclusión de que difícilmente podía presentarse con ella en uniforme: eso era todo. ¿Qué es, en términos generales, la fama? Hay mujeres que tienen un montón de aventuras y saben ocultarlas de tal modo que se las considera decentes, y otras que son durante toda la vida las amigas de un solo hombre y cuya reputación es de lo más cuestionable. Y las mujeres que no se atreven, al menos por un tiempo, a adquirir cierta mala fama no son, de hecho, mujeres. Las hay que son realmente capaces de amar y otras que no son nunca capaces de amar, he ahí toda la diferencia; o en eso, al menos, debería consistir toda la diferencia. Pero la reputación, se dijo Wallmoden, la reputación es un malentendido. Solo define el modo en que nosotros vemos las cosas. Pero ¿cómo vemos las cosas? En general, de una manera completamente falsa. La cuestión sería verlas tal como son realmente. Pero ¡quién pudiera! A lo mejor ni siquiera sería conveniente. Vivimos de nuestras ilusiones, según Órtel. Si no existiera, incluso en el caso de la mujer más decente, la ilusión de que es capaz de todo —o al menos de mucho—, no habría nada más desolador que una mujer decente. Desde luego, no necesariamente ha de poner en práctica sus posibilidades. Pero las ha de tener. La cosa es, en resumidas cuentas, tener posibilidades. Mientras estaba sumido en estos pensamientos, Wallmoden se topó con el alférez mayor Rosthorn, que ya llevaba tiempo en el regimiento y a quien preguntó si después del servicio de la tarde, en el tramo entre las cuatro y las siete, por ejemplo, se podía abandonar el campamento sin un permiso especial y sin llamar la atención, y si tal cosa era también posible, por ejemplo, después de las once de la noche. —¿Adónde quiere ir? —preguntó Rosthorn. —A Viena. —El jefe ofrece hoy una cena. El comandante Dombaste y el capitán Sodoma también están invitados. —Precisamente —dijo Wallmoden—. Y antes o después de la cena pretendo marcharme. Tengo cosas que hacer en Viena. —Será difícil que se marche después de la cena —señaló Rosthorn—. Porque el banquete durará mucho, y usted no puede disculparse así sin más. Por otra parte, o eso supongo al menos, no sacará mucho provecho a su asunto si se presenta en Viena a las cuatro de la madrugada. ¿O no? —Desde luego —dijo Wallmoden—. O sea, que debería irme enseguida después del servicio. —¿De paisano? —Sí. Eso en cualquier caso. —Entonces debería salir por la puerta Decumana. Resulta que a Rosthorn, hombre de una cultura clásica perfecta, le gustaba comparar el campamento con un campamento romano. Y, en efecto, existían ciertas similitudes. —¿No le llama la atención —solía decir Rosthorn— que, en realidad, todo, desde las águilas hasta la hebilla del cinturón, todo es igual que entre los romanos? Y aunque haya algunas desviaciones —añadía esbozando una apenas perceptible sonrisa—, lo esencial, el estilo, sigue siendo el mismo. Toda la organización de esta maquinaria bélica solo tiene un modelo, el romano. Denominaba Praetoria a la puerta principal del campamento y Decumana a la trasera, que llevaba a la plaza de armas. Sin embargo, constataba con desagrado que la dirección de la calle principal del campamento no coincidía con la de la Via Principalis y tampoco estaba satisfecho con otras desviaciones de la a norma. Y ya se notarían, insinuaba, las consecuencias de todo ello. —Es que por la Decumana no podré salir en coche —dijo Wallmode—. Es decir, sí puedo, pero luego no podré salir de la plaza de armas. Mientras, miró, por entre los cobertizos en los que se estacionaban los vehículos, hacia la plaza de armas, donde en ese preciso momento se ejercitaban los escuadrones. El sol resplandecía sobre la larga hilera de cascos, y la voz del subteniente Rex llegaba hasta ellos. El cielo, limpio ya por la tormenta, se tensaba cono una carpa de seda azul. Esos ejercicios de la tarde eran, de hecho, los preferidos de Wallmoden, puesto que le recordaban los tiempos en que él mismo, también por las tardes, intentaba enseñar a sus jinetes las formas de empuñar las carabinas, así como de marchar correctamente. La «ocupación de la tarde», la llamaban por aquel entonces. Sin embargo, existía algo así como una tradición de manejar mejor el sable que las armas de fuego y de moverse con más torpeza que un pez en terreno seco cuando no se montaba a caballo. No obstante, todas esas

peculiaridades habían desaparecido hacía tiempo, junto con los pantalones rojos y la caballería de antaño. Cuando uno contemplaba la plaza de armas, ahora solo veía el uniforme gris. —Pues intente entonces escapar por la Porta Praetoria —propuso Rosthorn. Pero eso no llegó a suceder. Justo después de los ejercicios, Kaufmann lo invitó a dar una vuelta hasta el Danubio. En el coche conversó todo el tiempo con él y le preguntó por sus intereses y circunstancias vitales de una manera tan prolija como amable. Wallmoden se extrañó al principio, pero aceptó finalmente como algo positivo que Kaufmann se interesara por la actitud de sus oficiales hasta el punto de dedicar toda una tarde a una conversación al respecto. La cena, que tomaron en el mejor restaurante de la ciudad, colmó todas las expectativas. Se prolongó, tal como había supuesto Rosthorn, hasta las tres. Wallmoden incluso tuvo oportunidad de hablar con Sodoma sobre la Pistohlkors. —Por muy encantadora que sea la baronesa —se sintió obligado a explicar—, por muy encantadora que sea, o quizá precisamente por eso, me parece más indicado que se relacione con caballeros que con su señora esposa. —¿Ah sí? —dijo Sodoma como de pasada—. ¿Conque ya lo sabe? Pero, en nuestra casa al menos, ella parecía creer más indicado relacionarse con mujeres. Y declinó seguir discutiendo este tema. Kaufmann había escogido magníficamente el menú, y se bebió bastante. Al final, Rosthorn pronunció un discurso salpicado de citas latinas y tan extenso que se convirtió en el pretexto perfecto para retirarse de la mesa. Cuando regresaban a casa, ya clareaba. En el cielo seguía, sin embargo, esa solitaria estrella roja que Wallmoden viera en la Strohgasse. Se aproximaba hacia el oeste. Al cénit se acercaba una segunda estrella, de mirada fría como un ojo de vidrio. La Pistohlkors residía como realquilada en la primera planta de aquel edificio de la Salesianergasse ante cuya puerta Wallmoden se había encontrado ya varias veces. Frente a la ventana de su piso había un patio pequeño, al que seguía luego un jardín. El sol vespertino lucía a través del follaje de los árboles y jugueteaba con la figura de la joven mujer, que se incorporó de un sofá en el momento justo en que entró Wallmoden. Fue como si saliera del agua, cuyas olas todavía la bañaban; y la ropa que llevaba, unos pantalones de satén y una bata de seda, también brillaba como si emergiera en ese preciso instante de la marea. Sentada en el borde del sofá, buscó con los pies sus pantuflas de tacones altos. —Debo pedirle encarecidas disculpas por no haber venido ayer —dijo Wallmoden—. Sin embargo, no me fue posible; es más, me lo hicieron verdaderamente imposible. Quise llamarla, no hallé su nombre en la guía telefónica. Y el servicio de información también falló. —Bien —respondió ella con un asomo de sonrisa en la comisura de los labios—, en cambio ha venido hoy. —Naturalmente. La Pistohlkors le lanzó una mirada. Wallmoden iba vestido de paisano. —Y me parece particularmente amable por su parte —añadió el — que no negara usted su presencia. —Quería decir: a pesar de que no estaba vestida para salir. —Ah, sí —dijo ella al cabo de un momento—. Saldré más tarde. —Conmigo, espero. —Por desgracia, no. Tengo una cita. No sabía que usted vendría. —¿No lo podía suponer? —Pensé que quizá se había marchado ya. —Resulta extraño que todo el mundo suponga que debía haberme ido hace tiempo —dijo él. —Ese tipo de gente es siempre la que luego más tiempo se queda —señaló ella, y le ofreció cigarrillos. Estaba muy cerca de él, que percibió su perfume. Aun siendo alta, era un poquito más baja que él; le llegaba a la altura de los ojos. Su rostro, sobre todo la línea de sus mejillas, era increíblemente juvenil. Una diadema guarnecida de pequeños diamantes brillaba en su cabello. De pie, su figura se movía de manera casi imperceptible sobre los tacones altos de su calzado, como si le ofreciera, inclinándose ligeramente hacia delante y bajando la vista, los botones rosáceos de su pecho. Aunque la mujer no gozaba de buena reputación, Wallmoden consideró conveniente no quedarse mirándola. Apartó la vista, cogió un cigarrillo y se sentó en el sofá. —¿Bien? —preguntó ella al cabo de un momento—. ¿Qué ha hecho usted todo este tiempo? —Fantasear con usted —respondió él. —¿Por qué motivo? —quiso saber ella. —Usted misma ya es motivo suficiente. Pero también he hablado con otras personas sobre usted. —Vaya. ¿Con quién, por ejemplo? —Con un tal von Baumgarten —contestó él—. ¿Lo conoce? ¿No? Pues bien, él dio a entender que sabía de usted. Parece que alguien le dijo que estuvimos juntos. —¿El señor von Sodoma? —Él no lo sabía. Debe de haber sido otra la persona que nos vio. —¿Y que incluso informó de ello? —Pues sí —dijo él—, muy extraño, ¡no? O, más bien: en absoluto extraño! Porque lo más natural es que uno llame la atención cuando se presenta con una persona tan encantadora como usted. Dicho esto, alzó la vista hacia ella, que permanecía de pie ante él. —¿Le parece? —preguntó ella y puso sobre la mesita el paquete de cigarrillos que hasta entonces tenía en la mano—. A mí, de hecho, no. —¿No es usted bastante conocida por aquí? —¿Cómo dice? —Quiero decir: ¿no conoce usted a mucha gente? —No —contestó ella—. Pero a lo mejor es usted el que tiene conocidos por todas partes. —Sin embargo, no recuerdo haber visto a ninguno de ellos. Eso si, existen dos tipos de personas: las que conocen a todo el mundo y las que son conocidas por todo el mundo. Yo, desde luego, preferiría seguir perteneciendo a estos últimos. Ella no respondió en el acto. —¿Y cuándo —preguntó al cabo de un rato— hablaron ese señor tal y tal y usted sobre mí? —Ayer por la tarde. —¿Ayer por la tarde ya? —Sí. ¿Conoce usted a otra persona de mi regimiento aparte del señor von Sodoma? —No que yo sepa. —Además, da igual —dijo Wallmoden—. Prefiero que me diga quiénes son esos con los que saldrá esta noche. ¿Tiene que salir con ellos a toda costa? Ella lo miró un instante, luego se volvió, se acercó a la ventana y contempló el patio. Apoyada sobre el pie izquierdo, movió arriba y abajo el talón del derecho, calzado en la pantufla. Era un talón extraordinariamente delgado y rosáceo. —¿Bien? —preguntó él. Asió un ala de la ventana, la entornó y probó un rato el mecanismo de la anticuada manilla de latón. Luego volvió a abrir el batiente, regresó y se sentó junto a Wallmoden en el sofá. —Dígame —dijo—, ¿qué le contó usted, en realidad? —¿A quién? —Pues a ese hombre con el que habló sobre mí. —¿Al señor von Baumgarten? Bueno, le conté todo cuanto sé de usted. —¿Lo que usted sabe de mí? —Sí; o sea, nada. —¿Cómo que nada? —O casi

nada. Bien es cierto que usted misma me explicó algunas cosas. Pero no sé si hablaba de usted. Podría ser que hablara de una persona totalmente distinta... —¿Qué quiere decir? —lo interrumpió, y dio la impresión de contener su ira. —Es que uno solo puede imaginar todas esas circunstancias cuando conoce a la persona —dijo él—. Pero yo a usted no la conozco. Sus dos matrimonios no me dicen nada. De hecho, la escuchaba a usted como a una extraña. Sus experiencias, sin embargo, me habrían dicho muchísimo más si al menos la conociera un poco mejor. Dicen que, cuando la gente se conoce de verdad, no existe nada peor que confesarse mutuamente cosas de su vida anterior. En efecto, creo que sentir celos del pasado es, en general, lo más mortificante. Porque lo pasado, pasado está, pero, precisamente por eso, es irrevocable. Lo que es o lo que será se puede cuando menos intentar corregir. Lo pretérito, en cambio, resulta absolutamente incorregible. Y en cierto sentido deviene en algo, una vez más, dolorosamente presente, y como tal permanece. El amante actual todavía se siente engañado por todos los anteriores amantes de una mujer, por ejemplo.

»A ello se suma que no se puede recuperar lo perdido. No haber cometido ciertos pecados es probablemente el único pecado. Uno considera del todo insoportable no haber poseído hace años ya a la mujer a la que ama, y es terrible tener que presenciar con qué convencimiento siguen los hombres perdiéndolo todo. »En resumen, parece que uno en realidad solo puede interesarse por personas que no necesariamente han de habernos hecho cosas realmente desagradables, pero que pueden hacérnoslas en cualquier momento o, más bien, por las cuales uno mismo se las inflige de continuo. Resulta asombroso en cuantos desagrados consiste el agrado. Sea como fuere, no puede haber nada más aburrido que la segura vida amorosa de un turco. Ella, tras haberlo escuchado con atención, hizo un gesto como si respirara aliviada. —Creo que sobrevalora usted esos asuntos —dijo. —¿Qué asuntos? —Pues los amorosos, en general. —Resulta extraño: no hace mucho alguien me reprochó que sobrevaloro la muerte; ahora usted me dice que sobrevaloro la vida. Pero ¡dejémoslo! Tiene usted toda la razón, realmente no tiene sentido romperse la cabeza por unos sentimientos que solo están para demostrarnos a posteriori que al principio no los teníamos. —¿Qué quiere decir? —No se puede exigir de nadie que se enamore de inmediato. De hecho, uno siempre se enamora después. Tras estas palabras acercó el rostro al de la mujer. Con los labios entreabiertos, ella lo besó suavemente en la boca. Pero cuando Wallmoden quiso abrazarla, lo apartó. —Vamos a ver, ¿qué le contó usted a ese tal von Baumgarten? —Seguro que no lo que él quería saber. —¿Y qué quería saber? —Cosas que yo mismo no sabía. Por ejemplo, lo que ponía la carta. —¿Qué carta? —La que llevé al señor von Órtel. —¿Usted le habló de ella? —Sí. —¿Por qué? ¿Para qué? —Porque vieron mi coche estacionado en la Piaristengasse. Por lo visto, quería saber lo que hacía yo allí. —Pero ¿cómo osa preguntárselo? —Probablemente quería saber si usted vive allí. —¿Y a él qué le importa? —Pues parece que... —¿Si? —... que sí le importa. —¿Qué significa eso? —Escúcheme —dijo él al cabo de un instante —, ¿no conocerá usted, exceptuando, lógicamente, a Sodoma y a mí, a alguien de mi regimiento? —No, seguro que no. —Pero a usted parecen conocerla allí. —Imposible —dijo ella—, salvo que Sodoma contara algo sobre mí a pesar de todo. Pero ¡qué puede haber contado! No lo conozco hace más tiempo que a usted. —Pero sí conocía usted a su mujer. —¿Y qué? —A lo mejor ella le habló de usted. —¿Y qué iba ella a...? —¿Sobre qué habló usted con ella? —Sobre nada importante. Usted mismo lo escuchó. —¿Y antes? Quiero decir, ¿antes de nuestra llegada? —Pues cosas de mujeres. Al cabo de un momento, Wallmoden se encendió otro cigarrillo. —¿Desde cuándo vive usted en Viena? —preguntó. —Desde hace poco. —¿Y antes? ¿Dónde vivía entonces? —Vamos a ver, dígame —exigió ella— lo que ese tal Baumirten de verdad dijo sobre mí. —Nada —contestó Wallmoden—. Realmente nada. Solo quería saber cosas. —Pero, ¿por qué motivo? —El motivo —respondió Wallmoden— debía de ser que alguien le había hablado de usted. ¿No cree que se podrían contar historias sobre usted? —No. —¿No ha hecho usted nunca nada que dé pie a que se hable de ello? —Pues sí, cada vez que apareció alguien decidido a interesarse por asuntos que no le incumben. Aquí, sin embargo, no conozco a nadie que sepa de ellos. —Sea como fuere —dijo él—, usted parece insistir bastante en que no se sepa lo que hace. —Supongo que fue el señor von Baumgarten quien le inspiró esa idea. —¿En qué sentido? —Por lo visto, como señal de gratitud por haberle inspirado la idea de ocuparse de mí. —¿Yo? —Sí, usted. Confiese sinceramente: ¿quería él saber algo más que la causa de su presencia en la Piaristengasse? El solo quería saber eso. Entonces, ¿qué motivo tenía usted para informarle inmediatamente sobre mi persona? —¿Cómo que qué motivo? —¡Me parece que ha cometido usted una tontería! Se dejó engañar por ese señor. —¿Por qué me engañó? —Tal vez él no lo engañó a usted..., pero usted sí que me engañó a mí. —No sabría cómo. Porque si usted realmente hubiera querido que no dijera nada, tendría que haberme comunicado ese deseo suyo. En general: ¿no puede usted asumir lo que hace? —No siempre. —Pues ya ve usted ——farfulló él —, eso se comenta por ahí. —No, no se habría comentado. Pero usted puede jactarse de haber sido la causa de que haya ocurrido. Wallmoden no comprendía el giro violento que había tomado la conversación. ¿Creía realmente esa mujer poder ocultar a la larga su forma de vida? Aunque a lo mejor no la llevaba desde hacía mucho tiempo. —Escúcheme —dijo él—, ¿por qué no deja usted de imaginar que Baumgarten no se interesó por usted, sino por ese tal Órtel, contra el que no pretendo haber dicho nada? Pero es evidente que usted dispone de muchos más encantos que él, al menos según Baumgarten, quien no cesó de preguntar por usted, pero en ningún caso por él. —Precisamente. —¿Cómo que precisamente? —¡Ay —exclamó ella—, es que no lo entiende! —En efecto, lo admito —dijo él—. Pero sobre todo resulta ridículo que estemos discutiendo aquí sobre un asunto que, al fin y al cabo, él mismo calificó de probable malentendido. —En ese caso tendría que haber explicado, además, qué no es un malentendido. —Pues no, no dijo nada al respecto. Por otra parte, me

parece inútil que sigamos hablando de ello. Mejor sería que me confesara por qué quiere dejarme solo esta noche. —Me cuidaré muy mucho de confesarle nada más. —Pero si estoy aquí por usted. Ella lo miró: —¿Cree usted realmente que siente algo por mí? Solo lo pregunto porque en ese caso resultarían más comprensibles los disgustos que me ha causado. —Me sentiría desolado —dijo él y la cogió de las manos— si hubiera hecho algo así. Pero ¿no considera que, desde luego, carezca de toda importancia la reputación de la que usted pueda gozar a ojos de un hombre al que ni siquiera conoce? ¡Qué mujer sería usted, en general, si hiciera o dejara de hacer esto o aquello solo por su reputación! La reputación de la que goza una persona no es más que la opinión que otros tienen de ella. Pero ¡qué insignificante es, al fin y al cabo, esa opinión! —Pero uno no vive siempre solo, al fin y al cabo. —Hay épocas —dijo él— en que la vida se comporta todos los días como si estuviera a punto de acabar. Y aunque entonces uno cree tener que morir continuamente, en realidad solo vive en esas épocas. Dicho esto, la cogió por los hombros y la acercó hacia sí. Había empezado a anochecer, y el viento vespertino susurraba en el jardín, allende el patio. Además, el aire que entraba por la ventana había refrescado un poco. Era como cuando sopla un viento otoñal en el campo. En la penumbra de la habitación flotaban todavía los restos del humo de los cigarrillos. En medio de esa neblina plateada que envolvía los muebles, el rostro de la joven mujer resplandecía con un lánguido color blanco, que la mirada percibía como los pétalos de una flor nívea. Ella le devolvió los besos, pero mantuvo la vista en todo momento clavada en él; lo miraba desde muy cerca sin pestañear y evitaba el lagrimeo entrecerrando los párpados, pero sin dejar nunca que la cortina de flecos de sus ojos cayera del todo sobre ese encaro inmóvil del que no se sabía qué veía. No se resistió a que Wallmoden le palpara los pechos a través de la seda; eran realmente solo del tamaño de una mano de caballero, esos senos de mujeres bellas que desde siempre han llenado las manos anilladas de los señores. Wallmoden, sin embargo, no lograba sustraerse a la sensación de que solamente por estar sumida en sus pensamientos se le entregaba hasta ese punto, que él no logró superar en ningún momento. A partir de un determinado instante le opuso una resistencia muda y, por así decirlo, cavilosa; él estaba convencido de que, de hecho, ella estaba pensando en algo por completo diferente. Esta tensión sin palabras duró más o menos media hora. Luego ella se desembarazó de él, se levantó y dijo que había de vestirse. Supuso, a buen seguro, que él se marcharía. Sin embargo, como permaneció sentado un tanto mohíno y se encendió un cigarrillo ella se fue detrás de un biombo y puso la luz. Entretanto la habitación se había oscurecido casi del todo. La lámpara llenó la pieza de una niebla rosácea. Wallmoden oyó un armario abrirse y cerrarse; luego ella lanzó unas prendas sobre el borde superior del biombo. —¿Bien? —oyó finalmente la voz de la mujer. —¿Cómo dice? —preguntó él. —¿Por qué de pronto se ha quedado usted mudo? La voz tenía un tono ligeramente divertido. Mientras, ella maniobraba con cierta agilidad detrás del biombo. —Observo con placer que está usted de buen humor —dijo él. —¿Le parece? —Resulta extraño el buen humor que tienen las mujeres cando no han hecho algo que deberían hacer. —Pues sí —dijo ella riendo—, entonces es casi como si hubiéramos hecho algo que no deberíamos hacer. —Venga, ¡no se ría! —dijo él. En ese momento salió de detrás del biombo, poniéndose en la oreja izquierda la otra pareja de la perla que centelleaba en la derecha. Llevaba un vestido de noche. El lado interior de sus brazos brillaba. —A decir verdad —observó ella—, no estoy de tan buen humor como usted cree. Sobre todo siento que esté usted contrariado. Pero si realmente no sabe qué hacer esta noche, venga usted conmigo. —No se trata de que no sepa qué hacer esta noche, sino de que quería pasarla con usted. —Pues ya está. —Pero ahora lleva usted un vestido de noche. La última vez yo llevaba botas de montar y ahora llevo un traje de calle. Resulta extraño que no encaje nunca con usted. —No importa. —Y a ver, ¿quién es esa gente con la que hemos de encontrarnos? —Si realmente me acompaña, los llamaré. ¿Quiere venir? —preguntó ella. Wallmoden se encogió de hombros: Ella debió de considerarlo una aceptación. Sea como fuere, abandonó la habitación y se la oyó llamar por teléfono desde el vestíbulo. Regresó al cabo de un rato. —Ya podemos irnos —dijo, y vació el contenido de un bolso de piel, que puso en uno de brocado. Luego cogió el abrigo. Era el mismo abrigo blanco que llevara la última vez. Wallmoden apagó el cigarrillo y se levantó. —¿Le parece realmente que...? —dijo. —Por supuesto —respondió ella—. Nos esperan. Acto seguido le dio el abrigo. Antes de ponérselo sobre los hombros, él le besó el cuello. Ella se mantuvo impertérrita, mirando adelante; solo sus omóplatos se estremecieron muy ligeramente, como las alas de un pájaro cuando han acabado de replegarse para descansar.

Capítulo 5

—¿No ha venido usted en coche? —preguntó ella cuando salieron del portal. —Sí —respondió él—, pero lo he dejado en la Marokkamergasse. No tienen por qué saber dónde me encuentro. Caminaron unos pasos en silencio. El viento seguía susurrando en los jardines. La fragancia del follaje, ya ligeramente otoñal, se mezclaba con el perfume de la joven mujer. Los tacones de sus zapatos, que dejaban descubierta gran parte de los pies, resonaban sobre el irregular pavimento. Su abrigo ondeaba. A la luz titilante de las farolas daba la impresión de que pasaban deslizándose unas sombras. —A la Stallburggasse —indicó ella cuando se subieron al coche. —Ya he renunciado a preguntar por la gente a la que vamos a ver —dijo él. —Es un tal barón Drska, que ha invitado a unos amigos a cenar. —¿A su casa? —Sí. —¿Por qué se muestra usted tan misteriosa? A decir verdad, uno podría creer que no esconde usted secretos. —Es que no escondo ninguno. Una vez en la Stallburggasse, la mujer comenzó a examinar los edificios por los que pasaban. —Aquí —dijo de pronto y señaló el portal de una casa con un balcón sobre la entrada, fachada oscura y marcos de ventana blancos—. Y

puede estacionar tranquilamente el coche aquí. Ni siquiera tendrá que ir hasta la Dorotheergasse. ——Pero sí hasta el Graben —dijo él—, porque aquí no se me permite aparcar. Dejaron el coche y volvieron a pie. La entrada del edificio permanecía abierta. El portal estaba pavimentado con madera y cerrado atrás por una vidriera que daba al patio. El conserje se encontraba en la portería, leyendo el periódico a la luz de una lámpara de pantalla verde esmaltada de blanco por dentro. En la escalera, cuyos escalones eran extraordinariamente bajos, ardían lámparas de gas. La manilla de la puerta cuyo timbre tocaron representaba un delfín. Abrió un sirviente y los hizo pasar a un salón de tonos blanco, rojo oscuro y un poco de dorado. Una araña enorme estaba encendida. Los recibió un hombre de unos cincuenta años, de buena presencia, un tanto corpulento, sin duda el ya mencionado dueño de la casa, así como otras personas, entre ellas una criatura joven de aspecto curiosamente inacabado, que se llamaba Cilly y cuyas manos y pies eran demasiado grandes, lo que le confería un aire juvenil. Bastaba con mirarla para sentirse enseguida impulsado a reflexionar sobre cómo manejaría ella todo aquello cuando fuese mayor. El último huésped que entró, en smoking cruzado de tela ligera y color marfil, fue un italiano, el príncipe Baravalle-Septinguerra. Wallmoden lamentó haberse presentado no solo sin estar invitado sino, para colmo, en traje de calle. Drska insistió en que era un placer para él. Al mismo tiempo le ofreció cigarrillos. Eran de la marca Simon Arzt. Sin embargo, no hubo ocasión de intercambiar más de dos palabras, pues enseguida los hicieron pasar al comedor. Este bastante oscuro, tenía tapetes verdes. Cuba y Cilly eran las únicas mujeres. Además de Drska, Wallmoden y Septinguerra, también estaban presentes otros dos hombres: uno muy tranquilo y discreto al que llamaban «señor presidente» y un joven cejijunto de cutis moreno. Llevaba pantalón negro y una chaqueta de noche de color vinoso y cuello ancho. La chaqueta del «presidente» era de tela blanca. Sin embargo, era tan tupida y fuerte, y el corte de la chaqueta tan magnífico a pesar de los años, que no costaba adivinar que el proveedor de la prenda debía de ser de primera incluso de primerísima categoría, tal vez algún comerciante casi legendario —imaginó entretenido Wallmoden— como el sastre de Eduardo VII o algún otro de aquellas esferas. Siempre ha habido gente que ha convertido a sus sastres en semidioses, y a la inversa. Sea como fuere, resultaba romántico imaginar que un resto de la grandiosidad de aquel mundo solo superficialmente superado se conservara en aquella prenda, la cual, a su manera sin parangón, seguía envolviendo con comodidad hermética —por así decirlo— los enjutos hombros del presidente. Un hombre de su edad ya no cambiaba. Había alcanzado la paz; tanto como la tela; igual que la madera de construcción, que al principio se mueve todavía un tiempo en las paredes pero luego se apacigua. Vamos a ver, pensó Wallmoden, ¿qué hace aquí toda esta gente, tan exóticamente instalada con sus abigarrados colores? ¿Por qué no se reúnen al menos en el campo, siendo verano? Si no le hubiera importado que su jefe de escuadrón lo viese en compañía de Cuba, habría lamentado sin duda la ausencia de Kaufmann. Por el propio interés de este: porque tanto la comida como los vinos eran excelentes. La conversación, sobre todo entre Septinguerra y Drska, quien dominaba la mesa con su chaleco blanco bordado, transcurrió de forma animada. Se hablaba, debido a la presencia del príncipe, en inglés. Por lo visto, el anfitrión ejercía de intermediario, consiguiendo con ello oportunidades para practicar la caza y también, generalmente, ciertos contactos con aristócratas húngaras. Septinguerra, como extranjero, suponía una excepción puesto que insistía una y otra vez en cazar bisontes polacos y no le importaban los contactos. A Wallmoden le extrañó que Drska tomara en consideración el asunto de los bisontes. O, como mínimo, que no lo rechazara de plano. Eso sí, existía en Polonia un coto con bisontes que pertenecía, no obstante, al Estado y no se arrendaba. En opinión de Drska, sin embargo, los bisontes de la zona se trasladaban a veces a los cotos vecinos y entonces, en determinadas circunstancias, se los podía encañonar. —Podríamos probar de arrendar un coto vecino —propuso. —No conseguirá usted nada —dijo Wallmoden—. Porque el bisonte seguirá siendo propiedad del Estado incluso en el coto vecino, y usted no obtendrá la autorización para cazarlo. —Para entonces quizá sí —señaló Drska. — ¿Para cuándo? —No entiendo en absoluto —dijo Cuba— qué placer puede proporcionarle, príncipe Septinguerra. A lo mejor consigue encañonarlos, pero solo con la mira telescópica y a cuatrocientos pasos de distancia... Podría disparar igual contra un gorrión. —Mucho me temo —observó Drska— que usted no lo entiende del todo. Cuando uno ama, por ejemplo, tampoco resulta indiferente de qué mujer está uno enamorado, al margen de que podría tratarse incluso de una a la que, por utilizar su terminología, nadie hubiera encañonado. Al oír estas palabras, la Pistohlkors se sonrojó de una manera que Wallmoden jamás habría esperado de una persona que, a pesar de su juventud, había estado casada dos veces y no gozaba de buena reputación. No obstante, también era posible que sobre todo la expresión de Drska le resultara desagradable. Sea como fuere, lanzó una rápida mirada a Cilly, pero la muchacha se rió sin cohibirse, como si aquello fuese algo sumamente cómico. El rubor siguió inundando el rostro de Cuba, a despecho de sus esfuerzos por contenerlo. —Puede que, no obstante, tenga usted razón, baronesa —dijo el presidente, quien pareció sentirse obligado a sacarla del apuro—. Yo mismo, en otra época —hizo un gesto indeterminado con la mano—, poseía un coto que me costaba medio millón al año, solo para el disfrute de mis huéspedes. Desde luego, algo tenía que ofrecer a las personas con las que me relacionaba por aquel entonces. Sin embargo, me crean o no, jamás cacé nada. »Pero un buen día, caminando entre dos campos, me encontré con una liebre a cinco pasos. Uno de mis invitados, que me acompañaba, me alcanzó una escopeta. Un arma de primera calidad, con cañones Purdey, si no me equivoco. Probablemente, la liebre no se sintió tan sorprendida por mi presencia como yo por esa escopeta. Fue la única vez que apunté a una presa. Por aquellas fechas practicaba tiro con pistola, y creo que hasta hoy mismo sería capaz de atravesar el as de cualquier carta a diez o quince pasos. Pero erré por completo el tiro sobre aquella liebre. La bala pasó a

una braza de distancia. Wallmoden, inclinado hacia delante, prestaba suma atención a las palabras de aquel hombre ya mayor, expresadas en voz baja, pero enfáticas. Al cabo de un instante se enderezó. —Efectivamente —dijo—, resulta muy extraño. Tenía yo un primo que, al menos hace unos años, disparaba de maravilla con la pistola y que... vaya, ¿ha oído hablar de él? —preguntó al ver que el presidente asentía con la cabeza—. ¿Lo conocía incluso? Pues bien, según él, un proyectil, una vez ha salido del cañón, se halla en un estado de equilibrio tan oscilante que se expone a las influencias más nimias y también a las más inasibles, a la voluntad humana, por ejemplo, pero no solo a la del tirador, sino también a la de aquel sobre el que se dispara. Eso sí, no llegó a esa opinión por sí solo, sino por una fuente sumamente extraña, un inglés al que... bueno, al que él mismo, dicho sea en una palabra, mató en Spa. —Sí —dijo el presidente—. Lo sé. El asunto causó bastante revuelo en la época, y eso que eran tiempos ricos en sensaciones. —Las causas que provocaron aquel duelo —dijo Wallmoden al cabo de un instante— no vienen ahora a cuento... —¿Por qué no vienen ahora a cuento? —preguntó el presidente con una sonrisa. —No resulta muy agradable hablar de ello —respondió Wallmoden, que no sabía exactamente a qué se refería el otro—. En cualquier caso, es posible que mi primo o, si se quiere, su rival llevase razón con su teoría. Existen personas, los llamados médiums, capaces de mover objetos sin necesidad de tocarlos, solo a través de su voluntad y a veces contra su voluntad. Están sentados, por ejemplo, en una habitación y al cabo de un rato se mueven por sí solas las cosas que están sobre la mesa, o se agitan las piedras muy cerca al aire libre, e incluso vuelan... Todo esto es demasiado conocido como para que dediquemos más palabras al tema. Ahora bien, si se puede mover de ese modo un objeto que descansa tranquilamente, cuánto más fácil será influir en uno que se halla en un equilibrio tan inestable como una bala en pleno vuelo. La trayectoria inicial y la dirección de la fuerza influyente darían como resultado de ese paralelogramo de fuerzas la trayectoria corregida. En realidad, la estructura es por supuesto más complicada: concretamente, dos curvas de grado suprior y una recta, que, de hecho, también es una curva. Pero no quiero aburrirlos con esto. Sea como fuere, de lo contrario no se entendería, según mi primo, por qué algunos tiradores dan a menudo en blancos que ni siquiera son capaces de ver por su extrema pequeñez. Y, a la inversa, se puede comprender igualmente, sobre la base de esa misma opinión, que no se acierte en algunos blancos relativamente grandes. »Recuerdo, por ejemplo, que en los primeros días que pasé en el frente abandonaba a menudo la zanja en que nos hallábamos entonces para pasear por un bosque cercano. Desde nuestra posición hasta ese bosque transcurría una trinchera en la que, allí donde pasaba por una hondonada, permaneció durante unos días una rana muerta. »Como la rana me daba asco, acostumbraba salir de la trinchera en ese punto y proseguir el camino por el borde de la zanja. Me sentía completamente seguro, puesto que la posición rusa no se veía desde la hondonada, solo se percibían las copas de unos árboles altos que se alzaban en territorio enemigo. »En mi camino por la hondonada solía oír cerca unos chasquidos apenas perceptibles, pero repugnantes acústicamente, que no sabía cómo explicar. Me detuve en varias ocasiones y examiné el terreno a mi alrededor. Sin embargo, no descubrí nada, ni cerca ni lejos, tampoco vi a personas, sino que me encontré siempre solo, y los chasquidos fantasmales, por llamarlo así, no cesaban. Me costaría explicarles cuán desagradable era aquel sonido. Solo puedo describirlo como la quintaesencia de lo repugnante en un sonido. »Ahora sé, desde luego, que la muerte, si se la pudiera fijar acústicamente, debería sonar de ese modo. Por aquel entonces no poseía yo la experiencia necesaria para saber que aquellos ruidos a mi alrededor eran impactos de proyectiles. Sin embargo, se informaba con creciente frecuencia de bajas de hombres que cruzaban la hondonada, y se descubrió que no los habían matado disparando desde la posición rusa, sino desde las copas de los árboles, ocupadas por francotiradores. Los disparos apenas se oían o no se oían en absoluto. Es posible que tiraran con armas de pequeño calibre. »Más tarde aprendí a distinguir todos los ruidos de proyectiles, pero nunca más oí un sonido que se pareciera lo más mínimo al que producían aquellos impactos antes de que yo supiera que eran tales impactos. Lo más curioso, sin embargo, es que esos francotiradores telescópicos, los llamados snajpers, no me alcanzaran con absoluta seguridad. De hecho, me resulta del todo incomprensible, pues a menudo pasé largos minutos erguido en aquella hondonada, mirando alrededor y aprestando el oído. Quizá no me mataron a tiros porque yo no quería que me mataran. Lo habían escuchado con suma atención; y luego añadió: —El inglés de quien mi primo aprendió su teoría no pudo evitar, sin embargo, la bala mortal dirigida contra su persona. No obstante, sus ayudantes explicaron luego que él había fundamentado prolijamente sus opiniones y predicho también su propia muerte. Era comandante en el ejército inglés, hermano menor de un tal Lord Winter. Explicó detalladamente por qué mi primo había de acertar en él con algo tan poco preciso como una pistola para duelos. Quizá quería morir realmente. Puede que su vida estuviera acabada. Pero se ha de añadir que mi primo, después de matarlo, ¡no volvió a tocar jamás una pistola! —De lo cual se desprende, una vez más, que solo es un verdadero artista aquel que no concede importancia a su arte —dijo Drska y dio por terminada la cena. Después jugaron a las cartas. Las ventanas, hasta entonces tapadas por cortinas, fueron abiertas, pues Drska declaró que hacía un calor asfixiante. Eso sí, medio vecindario podía contemplar la escena. A Wallmoden le pareció irresponsable, pero se abstuvo de cualquier comentario. Al principio perdió, pero luego ganó una suma considerable. Si hubiera ganado primero y luego perdido, podría haber deducido que había ido a dar con una panda de granujas. Sin embargo, ocurrió lo contrario... O lo pareció. Al principio ni siquiera quiso jugar. Pero Drska lo convenció; por Septinguerra y por el presidente, dijo, para quienes eso supondría un placer. El presidente, señaló, vivía tan retirado que esos soupersj y una ocasional partida constituían sus escasas diversiones. —¿Es que contaban ustedes con mi presencia? —preguntó Wallmoden. —Desde que supimos que vendría, sí —respondió Drska. El

presidente jugaba de una manera peculiar, pero simpática. Las apuestas, al menos al comienzo, no eran altas. A veces, sin embargo, apostaba fuerte con la misma serenidad con que hacía las apuestas más bajas, como si no jugara por dinero, sino solo por cortesía como quien dice. Wallmoden tenía la sensación de que ahora no debía de ser muy rico. Sin embargo, quien ha sido rico una vez ya nunca puede ser pobre del todo: sabe que lo importante no es el dinero, sino lo accesorio del dinero. Mientras, Cuba conversaba con Cilly y con el joven que llevaba la chaqueta color vinoso y que, tal como se reveló entretanto, se llamaba Simay o Schimay. Los tres, sentados un poco aparte en un sofá de seda, bebían y fumaban. Cuando Wallmoden volvió a mirar al cabo de un rato, ya no estaban. Y no volvieron a aparecer. La ausencia de Cuba, y sobre todo el hecho de que desapareciera con los otros dos, lo desquició por completo. Después de intentar en vano dominar su consternación, dejó de repente las cartas y se levantó farfullando unas disculpas, dispuesto a ausentarse un rato. No entendía su propio nerviosismo. Entró en la habitación contigua —la sala de tonos blanco y rojo oscuro— y luego en el comedor donde habían cenado. Ya estaba oscuro y la mesa había sido levantada. Tampoco encontró a nadie en las dos piezas siguientes, una sala amarilla y un cuarto de caza, una especie de cámara llena de cornamentas. En general, la vivienda se antojaba muy grande, sobre todo se adentraba bastante en las secciones traseras del edificio. Wallmoden fue a parar a un dormitorio —el del dueño de casa, al parecer— y tropezó con unas pantuflas dispuestas sobre una piel de oso delante de una cama. Había incluso cuartos sin amueblar; es más, por el aire viciado se dio cuenta de que carecían hasta de ventana. La puerta de la cocina parecía dar a un pasillo que transcurría paralelo al patio. Wallmoden oyó a los criados charlar en la cocina. Uno de los extremos de aquel corredor estaba cerrado por otra puerta, tras la cual alguien tosía. Wallmoden, después de un momento, llamó. Como nada se movía, llamó con más insistencia. Unos pasos se arrastraron hasta la puerta, que se abrió. Miró hacia fuera un anciano encorvado que llevaba una bata de brocado y pantuflas. Tras él apareció un dormitorio con el aire cargado, lleno de muebles, cuadros y cachivaches. Una mujer, a la que solo se le veía el pelo canoso, permanecía en la cama y gritaba preguntando qué pasaba. —¿Quién es usted? —espetó Wallmoden al viejo. El anciano, asustado, dio su nombre, que Wallmoden no entendió. —¡Cierra la puerta! —gritó la mujer desde la cama, a lo cual el hombre salió al pasillo y cerró la puerta. —¿Vive usted aquí? —inquirió Wallmoden en voz alta. —Sí —respondió el anciano —, aquí vivimos ahora. —¡Pensaba que aquí vivía el barón Drska! —Él vive delante. Vive aquí desde hace ocho días. —¿Cómo es eso? —Porque tiene el piso —dijo el anciano y lo miró de soslayo, como un pájaro. Wallmoden oyó la puerta de la cocina abrirse a su espalda. Los sirvientes, un criado y dos muchachas, contemplaban la escena desde la cocina, alertados por la discusión. Por un momento, Wallmoden no supo cómo explicar su presencia allí y por qué formulaba una serie de preguntas sin sentido. En ese instante sonó el timbre, y el criado se dirigió hacia el pasillo. Wallmoden dejó estar al hombre y siguió al criado, que desapareció por una puerta lateral, pero él continuó recto, entró en la cámara de las cornamentas y, atravesando el comedor y los dos salones, regresó a la sala de juego. Entretanto, habían dejado de jugar. Cuba no había vuelto a aparecer. Wallmoden, empero, no tenía intención de preguntar por ella. A punto estaba ya de despedirse sin más ceremonias cuando la puerta se abrió y entraron, seguidos por el criado, dos funcionarios de la policía de paisano y, tras ellos, varios agentes en uniforme. ¡Por supuesto!, pensó Wallmoden. ¡Estas son las consecuencias! Los demás, sin embargo, al menos Drska, no se mostraron afectados. Drska, que fumaba un cigarro con punta de papel, no se dejó perturbar en absoluto por los intrusos. Los miraba apoyando un brazo sobre un lateral del sillón y una pierna sobre el otro. Los funcionarios exigieron la documentación a los presentes. Todos, con la excepción de Wallmoden, poseían pasaportes extranjeros. Drska arrojó su documento sobre la mesa con cierta displicencia y, a juicio de Wallmoden, con un matiz de burla; Septinguerra el suyo con aplomo, como si estuviera seguro de que su país exigiría cuentas a la policía por haberlo molestado. En efecto, los pasaportes no dejaron de impresionar a los funcionarios. Examinaron largo rato el del presidente, que era húngaro, y se hicieron traducir algunas palabras. A la pregunta sobre su profesión, el presidente respondió curiosamente que era catedrático. —¿Qué ocurre aquí, en realidad? —preguntó uno de los funcionarios. —Ya lo ve usted mismo —respondió Drska, señalando la mesa de juego con el cigarro. A Wallmoden se le antojó incomprensible que no se hiciera al menos el intento de recoger las cartas. Drska, sin embargo, las mostró incluso con cierta satisfacción. —¿Qué juego es este? —preguntó el funcionario. —¡Compruébelo usted mismo! —¿Ecarté? Drska asintió con la cabeza. Los agentes parecían decepcionados. Empezaron a registrar el piso y exigieron a los cuatro señores que los acompañaran. Wallmoden tuvo que cruzar otra vez todas las habitaciones que viera antes e incluso algunas más que se le habían escapado durante su búsqueda. Los dos ancianos volvieron a ser molestados. Se descubrió que eran los verdaderos propietarios de la vivienda. Drska solo se la alquilaba. Wallmoden no vio por ninguna parte ni a Cuba ni a Cilly ni al señor Schimay. Al cabo de tres cuartos de hora más o menos, los funcionarios se marcharon. —Siento la molestia, conde Wallmoden —dijo Drska al tiempo que se encendía otro cigarro, mirando de reojo la cerilla—. Pero de todos modos usted ya no tenía ganas de seguir jugando. —Así es, en efecto —asintió Wallmoden. —No creo que todo esto traiga consecuencia alguna. —¿Por qué no lo cree? — Pues por lo que se desprende de la situación, creo yo. En cualquier caso, estoy muy agradecido a los señores. —¿Por qué? —Por su amabilidad. De este modo pareció darse por concluida la velada, a pesar de que todavía no era tarde. Wallmoden se despidió, al igual que Septinguerra, que despotricaba, y el presidente, según el cual no tenía sentido alterarse. —Vuelva usted pronto —dijo Drska. Ante el portal, Wallmoden saludó a los otros dos. Mientras subía al coche, trató de convencerse de que su enfado era solo superficial. De hecho, sin

embargo, acabó confesándose que se había enredado en una trama de acontecimientos que no comprendía y de la que no sabía cómo escapar.

Capítulo 6

No consiguió dominar el deseo de volver a ver a Cuba. Y el sábado hacia el mediodía simplemente cedió. Pidió un permiso hasta la medianoche del domingo, cogió su coche y viajó a Viena para pedir explicaciones a esa persona lo suficientemente maleducada como para abandonar sin despedirse la reunión en casa de Drska. Rehuyó imaginar con qué objeto concreto lo habría hecho. Sin embargo, no podía evitar que en sus pensamientos se inmiscuyeran una y otra vez el rostro de Schimay, quien durante toda la velada o no dijo nada o se dedicó a hablar exclusivamente con Cuba, y la «jeta» de Cilly, la muchacha de las grandes extremidades, que tanto más le repugnaba cuanto más pensaba en ella. Lo más extraño era que Drska no dijese nada sobre la desaparición de los tres, aunque, en efecto, pudo impedírselo o distraerse con la entrada de la policía. Wallmoden llegó a Viena a eso de las tres. Ese día el campo se adentraba particularmente en la ciudad, en la Mariahilfer Strasse aún podía sentirse uno en las afueras de la urbe, que se antojaba el mero entorno de un centro que había dejado de existir. La ola de final de verano rompía en las calles. La gente iba y venía como si fuese por prados pisoteados. El palacio Schwarzenberg parecía encontrarse en pleno campo, como una granja en algún lugar de Bohemia. En el aire revoloteaban las palomas y el polvo. Por el Rennweg pasaban traqueteando los vehículos, pero la Salesianergasse estaba desierta. Un sol blanquecino ardía sobre el pavimento. Un perro, que debía de haber estado durmiendo a la sombra, corrió junto al coche; ladraba como si lo indignara haber sido despertado, su hocico se movía de una forma absurdamente convulsa, como la boca de un anciano rezongón. Cuando Wallmoden detuvo el coche, el perro siguió corriendo como si se hubiera olvidado del vehículo; desapareció ladrando por la Strohgasse. Unos niños jugaban ante una lechería. En ese preciso momento, uno de ellos, de unos cuatro años, se alejaba a gritos del grupo de sus compañeros. Su rostro estaba rojo de tanto gritar; el niño, patiestevado, andaba sobre el lado exterior de los pies, como si llevara, a pesar de ir descalzo, unos zapatos demasiado estrechos, y tenía, además, los dedos gordos levantados. Para colmo, los pantalones de esa viva imagen de la terquedad, que se le tensaban sobre el vientre como sobre un tambor, estaban abiertos. No paraba de chillar desesperado. ¿Qué ocurre aquí?, pensó Wallmoden. ¿Por qué este revuelo en una calle que, de hecho, está desierta? Del portal de enfrente salió un hombre con dos caballos. Portaban ya el arnés, eran viejos, debían de pertenecer a un transportista. La guarnición también era antigua, pero las anteojeras parecían nuevas. Los establos aún abundaban en el barrio; la gente de la zona había poseído carruajes en su día. Ahora ya casi no se veían los caballos. Resultaba curioso que volvieran a sacar algunos. Era como si el calor hiciera emerger cosas que ya no solían ser visibles. Mientras subía las escaleras rumbo al piso de Cuba, Wallmoden miró al patio por la ventana. El follaje se movía en el jardín. Eran las hojas en espiga de un peculiar tipo de fresno, sumamente esbelto, con ramas similares a lianas; las hojas se movían y temblaban al más mínimo soplo de aire. Los escalones de piedra olían a lejía. Había un grifo en cada rellano. Todos goteaban. Las gotas parecían descomponer en intervalos regulares un tiempo que ya se le antojaba inexistente. Llamó a la puerta. Cuando se disponía a entrar, se le comunicó que Cuba no se encontraba. Le costó ocultar la consternación. Preguntó dónde estaba, pero se le respondió que no se sabía. En cuanto a la mujer que le abrió la puerta, no podría decirse si era la criada o la propietaria de la vivienda. Fue ella quien abrió a Wallmoden la última vez que acudió. En aquella ocasión, sin embargo, no se sintió impulsado a reflexionar sobre ella. Llevaba un viejo vestido Imprimé, las pantorrillas desnudas y unos zapatos con las suelas muy desgastadas. Podía ser perfectamente alguien que, encontrándose en casa, no se había vestido todavía, como la joven que está a punto de vestirse para salir. Wallmoden preguntó si Cuba le había dicho adónde iba. No, no se lo había dicho, respondió la mujer. Wallmoden quiso saber entonces cuándo había salido de casa. —Al mediodía —respondió ella—. ¿No habrá quedado usted con ella? Wallmoden respondió que no. De hecho, no. E inquirió cuándo volvería Cuba. —En unos días quizá. —¿En unos días? —Sí. La mujer lo miró. Apoyaba la espalda en el armario del vestíbulo. Se había recogido unos pliegues del vestido como si fuese una bata y con la punta del pie parecía que taladrase el suelo moviendo el talón hacia un lado y otro. —¿Y no dijo adónde iba? —No. Un momento más tarde, Wallmoden entró en el vestíbulo. Después se dirigió a la puerta de la habitación de Cuba, la abrió y echó un vistazo al cuarto. La mujer cerró la puerta de entrada tras él y lo siguió. Las pertenencias de Cuba seguían todas allí, de modo que no parecía haber salido de viaje por mucho tiempo. Wallmoden dio unas vueltas y al final se sentó en el sofá. —¿Y se marchó sola? —preguntó. —Sí —respondió la mujer—. Por supuesto. —¿Y no se llevó cosas? —Claro. Algunas. Probablemente, le parecía inútil pronunciar largos discursos al respecto. Cuba se había marchado. Por lo visto, la mujer consideraba inútil decir nada, pues se limitaba a estar allí y mirarlo. Tampoco se sujetaba ya los pliegues con las manos, que ahora simplemente colgaban vacías. En torno a su boca se dibujaba el asomo de una sonrisa. Wallmoden necesitó unos instantes para comprender lo que ella quería decir. El hecho de que Cuba no estuviese era algo muy natural. Así sucedió esa tarde. Cuando la gente se va, se va, y es como si nunca hubiese estado. Y cuando alguien viene, está simplemente ahí, y no hace falta devanarse los sesos preguntándose por qué. Esa tarde, en que Wallmoden imaginó que había dejado de existir el tiempo, este era como cualquier otro tiempo: sea como fuere, siempre solo un instante. Antes nada y después tampoco. Wallmoden se levantó con la sensación de que vivía en dos acontecimientos, uno de los

cuales seguía avanzando, mientras que el otro se había detenido. Era, en suma, como vivir en dos personas. Se acercó a la mujer y la besó en la boca. Notó sus pechos a través del vestido; parecían dos objetos duros cosidos en su interior. Ella dijo: —Venga, no haga eso. Wallmoden siguió al mismo tiempo el hilo de dos pensamientos completamente independientes el uno del otro. Mientras uno de los dos hombres que lo constituían hizo como si se abalanzara sobre ella, el otro dio vueltas por la habitación, pensando, por decirlo así, buscando la carta que Cuba hubiera dejado y en la que le hubiera escrito dónde se encontraba, o como minimo algún papelito; y cuando, en efecto, lo encontró, cuando halló el papelito, cogió el sombrero y los guantes y dejó plantada a la mujer, que, con el antebrazo ante los ojos, se quedó apoyada en la pared entre las ventanas, extrañada de la extravagancia de ese hombre de la clase alta. Pero se dijo a sí misma que también la gente joven más sencilla mostraba a menudo las irregularidades más sorprendentes. Enseguida se dirigió, como si aquello fuese lo más urgente, a un zapatero que le habían recomendado y pidió un par de botas de montar con doble suela y suela de corcho, con puntera de piel de Rusia y caña de piel de ternera. Además, las pagó en el acto. Luego respiró aliviado, como si hubiese resuelto algo que era, ni él sabía por qué, inaplazable. Había de ir a buscar las botas al cabo de una semana. Debería haberlas encargado el martes, pensó. En cualquier caso, está bien que las haya encargado ahora. Quién sabe cuándo estarán acabadas en realidad. Al final pidió permiso al zapatero para usar el teléfono y llamó a Drska. Este se extrañó que Cuba no hubiera dicho a nadie dónde estaba y al cabo de un instante añadió que la suponía en Badén. Lo primero que Wallmoden vio en Badén fue a Órtel, sobre una tumbona en el jardín de un hotel, durmiendo. Detuvo el coche de inmediato, se apeó y lo despertó. Órtel pareció encantado de verlo. —Ya ve usted cómo me aburro aquí —dijo, y se señaló a sí mismo como algo que yacía allí de la manera más digna de compasión——. Eso sí —continuó—, estoy convencido de que su visita no está destinada a mí, sino a nuestra joven amiga. —Vuelve a tener usted razón —observó Wallmoden—. Pero esta vez tenía usted relativamente fácil adivinarlo. Porque yo desde luego no podía saber que usted se hallaba aquí. —De hecho —dijo Órtel—, todas las cosas son fáciles de adivinar. La dificultad reside únicamente en valorar con exactitud el modo de actuar de los demás. Siempre actúan con un grado de estupidez un pelín mayor que uno. Y aun así, acaba siendo generalmente lo más sensato. —Es usted admirable —señaló Wallmoden—: despierta de su sueño y enseguida pronuncia una gran verdad. —Eso no es ningún cumplido —dijo Órtel—. Al menos no lo es para la verdad. La forma de despertarse de las mujeres, por ejemplo, me parece mucho más encantadora. Ellas siempre dicen entonces, por norma, alguna falsedad. —¿Así que la dama a la que usted llama nuestra joven amiga se encuentra aquí? —preguntó Wallmoden. —Por supuesto. ¿Le costó averiguarlo? Me reprocho no habérselo comunicado a usted. Porque era previsible que ella no se lo iba a comunicar. —¿Por qué era previsible? —¿No tenía usted ningún motivo para suponerlo? —No —respondió Wallmoden—. ¿Qué quiere decir usted? —Nada —dijo Órtel—, es que ella es así. Es desde luego una persona muy tímida, ¿sabe? Resulta extraño que tengamos a las mujeres por tan parecidas y que en realidad sean tan diferentes las unas de las otras. A menudo ocurre, incluso, que dos mujeres viven bajo el mismo techo, y uno se esfuerza en vano por conseguir a la una, pero se convierte de pronto en el feliz poseedor de la otra, sin saber siquiera cómo. Wallmoden se lo quedó mirando. —Así es especialmente —continuó Órtel— en el caso de Cuba, de la baronesa Pistohlkors, quiero decir. Creo haberle mencionado ya que la conozco desde hace bastante tiempo. Es la persona más decente del mundo, pero siempre ha tenido la extraña costumbre de juntarse con mujeres que, digámoslo así, no estaban precisamente a su altura moral. No me considero particularmente atractivo, pero a mí mismo me ha costado a veces sustraerme al repentino cariño de sus amigas y hasta de sus caseras. Wallmoden no sabía qué contestar. De hecho, se quedó sin habla. Evidentemente el otro, y quizá también la propia Cuba, se habían permitido la broma de exponerlo a la situación en que se encontrara esa tarde en la Salesianergasse. —Y eso que no se puede afirmar, en absoluto —agregó Órtel—, que no le importe su reputación. Al contrario, quizá quiere subrayarla precisamente yendo a la caza de esos contrarios. Pero también puede que no piense en su reputación, de la cual está muy segura. Precisamente las mujeres más decentes son de una tolerancia bastante incomprensible hacia los demás. Es más, muy a menudo se prestan a servir de alcahuetas y celestinas a sus hermanas, quizá tan solo por una amabilidad propia de su carácter, quizá por cierto deseo de aventuras a las que ellas mismas no pueden entregarse, o quizá también debido a cierta admiración no del todo exenta de envidia por el temperamento de las otras. A lo mejor tan solo deseaba ver recuperado por su entorno aquello que ella misma había dejado de hacer. Porque, desde luego, había que recuperarlo, eso imaginaba ella, por lo visto. ¿No es extraño que uno rechace algo tanto y al mismo tiempo le conceda tanta importancia? En el fondo, sin embargo, es tan solo la admisión de una debilidad. —Escuche —dijo Wallmoden—, y sobre todo después de estas últimas afirmaciones suyas, me disculpará usted que se lo diga: no parece tener muy buena reputación, la baronesa. —Sí —contestó Órtel—, ya me he enterado de que es usted de esa opinión. —Vaya. ¿Y por quién se ha enterado? —Por la propia baronesa. —¿Por ella misma? —Así es. Aun así le ruego me crea si le digo que es la encarnación de la decencia. Sí, probablemente se le pondrían a usted los pelos de punta si supiera hasta qué punto es decente. —Pues bien —dijo Wallmoden, decidido a no creerse nada más. —Pero ahora, sin duda, deseará usted verla —anunció Órtel. —¿Le parece? —Por supuesto. —Mucho me temo —farfulló Wallmoden — que esta vez no lo ha adivinado usted del todo. —Sí, sí. Piense lo que piense un hombre sobre una mujer, nunca renunciará a lograr lo que quiere de ella. Y las mujeres lo saben perfectamente. Lo que sorprende de verdad es que lo dejen a uno conseguir algo. Uno no atribuiría tanto temperamento a unas criaturas cuya forma de apasionarse es el cálculo. Dicho esto, se levantó de la tumbona y con unas ligeras palmaditas se

arregló el pantalón. —Vamos —propuso. —¿No se aloja ella aquí? —preguntó Wallmoden. —No. Se negó. No es que rechazara alojarse en el mismo hotel que yo por mojigatería. Pero ocurre, para serle sincero, que sigo un poco enamorado de ella, de modo que ella duda ante la posibilidad de continuar cautivándome todavía. La velada que Wallmoden pasó en compañía de Órtel, Cuba y una dama ya mayor, una tal señora Terharen, en cuya casa Cuba estaba en realidad de visita, resultó espantosa. Empezó con que Cuba se ruborizó al ver a Wallmoden, sin que se supiera si fue por su comportamiento en casa de Drska, por la trampa que le había tendido en su vivienda o por algún otro motivo. Y tampoco la siguiente tarde transcurrió de forma más agradable. Cuba se mostró tímida, rígida y cohibida hasta un punto insoportable. Cuando fueron a los baños de azufre, se negó incluso a desvestirse. Vestida de pies a cabeza, con sombrero, medias y zapatos, permaneció sentada bajo una enorme sombrilla, bajo la cual hacía un calor tremendo. Tanto Órtel como, para especial fastidio de Wallmoden, la señora Terharen parecían divertirse mucho con la situación. El domingo después de la cena, mientras Wallmoden se despedía indignado y obligado, además, a marcharse, Órtel le dio una información asombrosa. Las damas, de las que Wallmoden se despidió primero, se retiraron a sus habitaciones. Poco antes, intentó sonsacar a Cuba el motivo por el que había abandonado la reunión en casa de Drska. Y solo consiguió que le explicara, con cierta tensión en el tono, que ocurrió porque estaba cansada. —Escuche —dijo Órtel mientras acompañaba a Wallmoden hasta el coche—, ella está sencillamente enamorada de usted. ¿Es que no se ha dado cuenta todavía? —¡No sea ridículo! —exclamó Wallmoden—. O no me ponga a mí en ridículo, como prefiera. —No —dijo Órtel—, es que está realmente enamorada de usted. También lo estuvo de mí. Y entonces fue igual. Confío, sin embargo, en que no crea, como yo tampoco aquella vez, que eso significa algo. —¿Qué va a significar? —Pues lo que significaría en el caso de todas las otras mujeres o al menos de la mayoría. Ella, en cambio, está ahora sentada arriba en su habitación, convirtiendo su corazón en una cueva de asesinos. —Una... ¿En qué convierte su corazón? —No sé si está usted al tanto de que ha estado casada dos veces —dijo Órtel. —Sí, me lo contó. —Pues sí, lo cuenta a menudo. Me parece que lo explica tan solo para que no se crea lo contrario. —¿Lo contrario de qué? —A ver, ¿cómo expresarlo de la manera más bonita posible? —preguntó Órtel—. Eran matrimonios de conveniencia. —De conveniencia... —Así es. Y tampoco creo que alguno de los numerosos hombres que se enamoraron de ella sin llegar nunca a casarse tuviera más suerte con ella que sus dos llamados esposos. —¡Imposible! —exclamó Wallmoden—. ¿Y usted cómo lo sabe? —Vamos, es bastante conocido —señaló Órtel—, y ella misma se ve a veces en el trance de tener que admitirlo. —A mí me contó que se divorció de su primer marido porque discutió con él por un cepillo y que el segundo falleció por ser tan delgado que no pudo soportar el clima europeo. —Pues sí, en efecto —dijo Órtel con una mueca—, nunca le han gustado mucho los hombres delgados. Como si quisiera hacer olvidar la flaqueza de su propia alma exagerando en cierta medida sus ideales... Pero ¡quién puede permitirse realmente burlarse de ella! El alma de esta mujer, que, de hecho, es una muchacha, es de una actitud no menos bella quizá que, admitámoslo, su portentosa figura. A lo mejor lleva, sobre sus esbeltas piernas, los botones de sus pechos o los labios sin florecer en busca de alguien que no vendrá nunca a cogerlos. A lo mejor todas esas menudencias con que defiende su estado no son menos grandiosas que el orgullo de un alma en general. A lo mejor un defecto físico es de verdad la única oportunidad para percibir un alma. »En cualquier caso, ninguna mujer se cubre de gloria siendo tan tibia como la mayoría. No poder amar, en cambio, es casi tanto como amar infinitamente. ¡Y qué gloria sería no poder amar y amar a pesar de todo! Tal vez sea el destino de esta mujer que nadie le deshebille como, un cinturón el hechizo que la tiene cautiva. Cuando dos personas, que casi siempre se encuentran por alguna casualidad, se aman, todo su amor, por grande que sea, no se debe más que a la casualidad. Es probable, sin embargo, que el amor de esta mujer no esté destinado a ser una casualidad. Es probable que no se contente con la superficialidad de un encuentro fortuito como hacen los demás, que luego ponen todo su corazón en ese azar. Es probable que espere, siempre en vano, un encuentro que no sea casual. Es probable incluso que su destino consista en no experimentar nunca ese encuentro. Hay gente, por supuesto, que niega la existencia del destino. Pero eso no significa nada. Bien es cierto que por un instante parece muy cómodo negarlo. Si uno lo niega, sin embargo, todo se vuelve aún más incomprensible... Wallmoden lo escuchaba con el pie ya en el estribo. Y a partir de un determinado momento dejó de prestarle atención. Se dio la vuelta y de repente lo dejó allí plantado. Volvió con unas cuantas zancadas a la casa y subió volando las escaleras. Los pasillos estaban cubiertos de alfombras, no se oían sus pasos. Apretó la manilla de la puerta que daba al cuarto de Cuba; la puerta cedió enseguida; la abrió de par en par. Cuba estaba en el centro de la habitación y se volvió hacia él. Lo miró un solo instante, y su mirada dio a entender que sabía que él lo sabía todo. Tenía los ojos muy abiertos, mas no expresaban temor, sino tan solo la certeza de que el momento había llegado, su momento. Así como alguien teme la muerte, pero sonríe en el instante de morir porque entonces casi todo ha pasado ya, un atisbo de sonrisa se esbozó en torno a su boca. Wallmoden se le acercó y, sin pronunciar palabra, la cogió entre sus brazos y la besó. Ella lo abrazó con brazos que lo rechazaban, y entornó ante él los labios al tiempo que los abría para él. Era el movimiento más propio de esa mujer, cuya entrega era resistencia. —Ven mañana —le suplicó— ¡No te quedes hoy conmigo! Mañana quiero volver a la ciudad. ¡Ve entonces a verme! ¡Pasa por la tarde! Te amo. Quiero esperarte. Y aquel tono, aquella vibración de su voz contenía la convicción, es más, la plena certeza de que cuanto había de acontecer no podía ocurrir hoy de ninguna manera y de que ahora mismo el instante que era para ese acontecer no existía, sino que había de caer en otro tiempo, como si toda su vida no hubiese sido más que un aplazamiento hasta un momento que estaba siempre por llegar y nunca llegaba. En el camino de regreso, Wallmoden hubo de

tomar un desvío casi hasta Viena y conducir unas dos horas en total. En la oscuridad del coche lo inundó por completo el sentimiento de su esperanza y de su felicidad. Las carreteras, antes animadas, se habían vaciado; la vastedad del territorio emitía un resplandor, apenas visible, en el reflejo del polvo de diamantes esparcido por el cielo. El follaje de los bosques pendía como nubes. A la izquierda brillaba Marte, cuya luz entraba por la ventanilla del coche. Estaba en el cénit como una punta de lanza candente. Por el lado de oriente, Saturno había emergido del horizonte con la mirada vidriosa de un loco. Las lámparas de arco de la ciudad donde se hallaba el cuartel iluminaban calles y plazas desiertas. Doradas miraban las aureolas y los haces de rayos de una columna conmemorativa. Los relojes de los campanarios doblaban con metálica resonancia en lo alto de la oscuridad. Cuando Wallmoden entró en el campamento —era poco después de medianoche— encontró, sin embargo, la puerta abierta de par en par y vio grandes sombras formadas en filas junto a los edificios. Eran los vehículos de los escuadrones. Se le comunicó que el regimiento se pondría en marcha en tres cuartos de hora.

Capítulo 7

Se había dado la alarma treinta horas antes, el sábado por la tarde; en concreto, poco después de que Wallmoden abandonara el campamento. Lo habían buscado en Viena para avisarle, pero no lo habían encontrado. En el poco tiempo que le quedaba no le resultó fácil disponer lo más necesario. Sobre todo no sabía claramente adonde debía dirigirse el regimiento. Al campo de batalla, afirmó Rosthorn, que le hacía compañía, perfectamente preparado. Pero ¿a qué campo de batalla?, preguntó Wallmoden, que no le creía. ¿Es que había uno? Por lo visto sí, respondió Rosthorn, que, pertrechado ya con sus cosas desde hacía horas, no parecía vislumbrar la posibilidad una vuelta atrás. Y si no existía un campo de batalla, pues ya lo habría próximamente. Allí estaba el alférez mayor, con el casco sobre la cabeza, bajo la lámpara en el centro de la habitación, y el casco proyectaba una sombra sobre su rostro y su boca, de la que salían oscuras profecías como de la cueva de Cumas. Wallmoden se despojó de su ropa de paisano y se puso el uniforme, el único que tenía. O sea, que había pedido el segundo par de botas demasiado tarde. Debería haberlo hecho justo después de que se lo sugiriera Órtel. Este había acertado, como siempre. Apareció el mozo de Wallmoden y le entregó una ración de reserva, una máscara de gas y unas tabletas de losantina. Estas tabletas le resultaban nuevas a Wallmoden. Quiso saber qué eran. Algo contra las intoxicaciones por inhalación de gases, explico Rosthorn. Además, también repartirían unas llamadas capas antigás. Wallmoden agarró cuanto pudo con las dos manos y lo metió en dos bolsos, cogió la manta de lana de la cama y la añadió. El mozo llenó la bolsa de los víveres. Wallmoden poseía dos abrigos, pero se dio cuenta de que le faltaba uno para viajar. Los armarios estaban abiertos, la lámpara iluminaba un revoltijo de menudencias que cubrían la mesa, la silla y la cama. Wallmoden guardó sus pertenencias de civil en una maleta. Qué había de hacer con ellos, preguntó. La maleta podía quedarse allí, le contestó Rosthorn, que, erguido en actitud de reproche como el dios de la guerra ante el rezagado, evitaba tocar esos pacíficos objetos. Aun así seguía habiendo un montón de trastos dispersos. Minima non curat praetor, sentenció Rosthorn. Wallmoden lo metió todo en el armario y lo cerró después de agregar también la maleta. Acto seguido condujo el coche hasta uno de los cobertizos y lo estacionó allí. Entretanto, el mozo cogió las otras cosas y las lanzó sobre el vehículo de la sección de Wallmoden. El aire estaba cargado ya con el estruendo de los motores; la oscuridad retumbaba como el interior de un instrumento de cuerda al que hubiera ido a parar una multitud de abejorros. El quinto y el sexto escuadrón se habían puesto ya en marcha. Wallmoden intentó hacerse una idea de todo el proceso, pero no acabó de aclararse. Solo era capaz de retomar el hilo de los pensamientos allí donde lo había dejado hacía una hora. Pensaba que todo seguiría igual que hasta ese momento. Sin embargo, hacía cosas muy diferentes de las que pensaba. Atravesaba la oscuridad y pensaba en Cuba. Veía ante sí la Salesianergasse y al mismo tiempo se iba ciñendo el cinturón con la pistola. Una vez más, tenía la sensación de haberse escindido en dos personas que actuaban de manera completamente distinta. Una no había regresado aún, por así decirlo; no había tenido siquiera la intención de volver sino de forma provisional, porque, de hecho, se había quedado con la mujer a la que acababa de ver y a la que volvería a ver, tal como creyera hasta hacía poco. Todavía urdía planes para el mañana. La otra persona, en cambio, quedó atrapada por los acontecimientos, que la arrastraban. No proyectaba ya nada. De pronto tuvo a sensación de recordar un aire matutino que el tiempo se llevara hacía mucho. El futuro volvía a estar cargado de peligros. El séptimo escuadrón se había presentado en su punto de reunión. —¡Vaya —dijo Kaufmann al ver aparecer a Wallmoden—, muerte que ha vuelto! Y le dio la mano. Entretanto se puso en movimiento también el octavo escuadrón (pesado). Las piezas de artillería de la caballería y los cañones antitanque rodaban tras sus armones. El séptimo se montó entonces igualmente. Era el último. Abandonó el campamento por la Porta Praetoria. En la ciudad, las calles resonaron a su paso. También allí había gente saludando. Quedaron atrás como sombras. La columna tomó la carretera. Al regimiento se había sumado otro. La fila era gigantesca. Las luces traseras brillaban hasta perderse de vista como una procesión de peregrinos que avanzaran a pares sujetando unas velas rojas. Los escuadrones se dirigían al este. Wallmoden estaba sentado junto a su conductor, también rumbo al este. Volvía por el mismo camino por el que había conducido hacía una hora hacia el oeste. Su coche era entonces casi el único en la carretera. Venía de ver a la mujer a la que amaba. En aquel momento estaba segurísimo de que solo recorrería otra vez esa carretera para volver a verla. Ahora, el camino retumbaba por los vehículos. Antes, cuando los escuadrones se ponían en marcha, se oía el estruendo de innumerables cascos de caballos, como si el viento levantara montones de hojas marchitas o como si se precipitaran témpanos de hielo. Ahora zumbaban los motores. Antes, cuando uno estaba en las líneas o se avanzaba un poco a ellas, creía ver el paisaje cubierto de regimientos como de inamovibles figuras geométricas, en las que, cual si fuesen constelaciones, se sabía con exactitud, en todo momento y en todas partes, en qué punto se hallaba cada uno, los abanderados, los cornetas, los oficiales, y cuyo hermético orden incluso hubiera mantenido erguido a un muerto; y ahora también se notaba la ensambladura de la comunidad, la más terrible de las que jamás hayan existido, y se percibía que uno no solo avanzaba rumbo al peligro con la gente, sino en la comunidad de la gente, de la que no había escapatoria. ¿Rumbo a qué peligro? No se sabía. Nunca se sabe. Curiosamente, Wallmoden no estaba seguro de no estar volviendo, a pesar de todo, a la casa de Cuba Pistohlkors. Por algún motivo, no creía que el camino condujera a un sitio que no fuera el de ella. Al mismo tiempo se decía, lógicamente, que resultaba del todo ridículo continuar sin creer en la realidad. Al fin y al cabo, llevaba ya media hora en el coche. Los regimientos —no solo el suyo, sino también otros— estaban en marcha. Aun así, el camino solamente podía conducir a ella. Los vehículos de combate avanzaban uniformemente. La tropa dormía. Algunos coches civiles,

que volvían tarde del campo, adelantaron la columna. Es decir, aún quedaba gente que regresaba a la ciudad con ramos de flores recién recogidas en las manos, como si no hubiera ocurrido nada ni tuviera que ocurrir nada en el futuro; y había otros que, apoyados sobre sus armas, viajaban hacia la incertidumbre. La yuxtaposición era lo más extraño. Sin embargo, únicamente existía esa yuxtaposición, siempre. Los coches de mando pasaban a toda velocidad junto a la columna. Se tomó un desvío hacia el noreste. Unas motos esperaban con estruendo bajo los focos en el cruce. Llegaron a carreteras sin pavimentar. La columna empezó a quedar envuelta en nubes de polvo. En las aldeas que atravesaban, las ventanas cerradas de las casas les lanzaban ciegas miradas. Hacia las tres cruzaron el Danubio. Las sombras de los sauces se inclinaban sobre las charcas junto al río, como muertos que sumergieran el cabello en la triste corriente. Las aguas reflejaban el puente que las cruzaba. Luego empezaron a extinguirse las estrellas en el cielo. La oscuridad desapareció de las alturas como si arriba hubieran corrido lentamente una cortina. Solo Saturno brillaba aún. Estaba ahora en el cénit azulado. Los rostros y los cuerpos de la tropa durmiente se presentaban cubiertos de una pálida capa de polvo, como cadáveres congelados que yacieran en la nieve. Entre las cinco y las seis llegaron a la carretera del Reich, que conducía de Viena al norte. Descansaron durante dos horas más o menos. La carretera se llenó de vehículos de campesinos. Al sur se veía formarse la bruma de la ciudad, de la que sobresalían las montañas. Salió el sol. ¿No sigue siendo el mismo día que fue ayer?, pensó Wallmoden. Hacia las siete continuaron la marcha. Doblaron a la derecha. Los caminos que recorrían eran estrechos, las ruedas molían el polvo. Este se levantaba en altas nubes y se marchaba por aquella tierra ondulada. Empezaba el reino del polvo: desde allí, pasando por Hungría, adentrándose en Polonia y recorriendo la infinita Rusia hasta alcanzar el otro lado de Asia, donde la tierra volvía a precipitarse al mar. El polvo lindaba con lo ilimitado. Pero era allí donde principiaba. El calor comenzó a apretar por la mañana, el sol picaba. El viento siseaba entre los arbustos que bordeaban los caminos. Las colinas se mecían sin árboles. En la zona cercana al río Morava, los escuadrones empezaron a ocupar, uno por uno, sus acuartelamientos. Hacia las diez llegaron a Jedenspeigen. El pueblo se hallaba en una hondonada sobre la que el cielo parecía una campana de vidrio candente. Hundido en el polvo, el escuadrón se detuvo ante el castillo. Allí se a alojaron los oficiales, mientras que la tropa lo hizo en la aldea. Wallmoden se acostó en la cama y durmió hasta las tres de la tarde. Después de levantó, se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Reinaba el silencio, solo se oía a lo lejos el trabajo de una trilladora, y un gallo cantó una o dos veces. Se apoyaba uno en el alféizar como en un parapeto. Las laderas de la colina situada frente a la ventana estaban sembradas de remolacha. El país se extendía con un triste brillo azul hacia la lejanía. Sobre la entrada había visto un letrero con el nombre de un tal Kollonitz. Un reloj de sol adornaba el muro de la granja; los pasajes pintados representaban extrañas constelaciones. Delante de la casa había un asilvestrado jardín triangular. Unos ciruelos se alzaban cerca de los muros. Wallmoden empezó a pensar sobre lo que había de suceder y sobre lo que él debía hacer. Eran las tres y cuarto. A las cinco o las cinco y media a más tardar debía llegar a la casa de Cuba en Viena. La distancia debía de ser, según sus cálculos, de unos cincuenta a sesenta kilómetros. La ciudad, sin embargo, le parecía más lejana que la luna. Y, en efecto, Kaufmann le explicó luego que la posibilidad de viajar a Viena quedaba completamente excluida. Era muy probable que el regimiento avanzara hasta entrar en Eslovaquia. Podía ocurrir muy pronto, o quizá al cabo de un tiempo. Y preguntó a Wallmoden cómo pretendía viajar a Viena si su coche se había quedado en el campamento. ¿Con un carro de combate tal vez? Lo propio habría sido telefonear a Viena. Sin embargo, Wallmoden seguía sin saber el número de teléfono de Cuba. Tampoco conocía el nombre de la mujer con la que estuvo a punto de pasar una deliciosa tarde y a la que a buen seguro pertenecía el teléfono. He ahí el resultado de que la gente insistiera en convencerle a uno de que los nombres no importan. Por consiguiente, decidió despachar un telegrama y se dirigió a la oficina de correos. Para ello tuvo que atravesar la aldea. Esta consistía en una única calle sumida en el sofocante calor de la tarde. Un sucio arroyo se arrastraba por el centro de la calle. Las casas eran de una sola planta. Todo recordaba ya un poco a Hungría. Luego se supo, sin embargo, que los habitantes no hablaban húngaro, sino checo. En su telegrama, Wallmoden decía que no podía ir y pedía que lo llamara por teléfono a las once de la mañana del día siguiente. Y anunciaba el envío de una carta. La escribió tras regresar al castillo. No era larga, pero prolongó su redacción hasta el anochecer. Sentado a la mesa, miraba aquella hoja que tenía delante con una tristeza que a él mismo le resultaba incomprensible. Se puso el sol y refrescó un poco, y en poniente apareció una media luna que apenas brillaba y que no tardó en seguir los pasos del sol, entrando con pies argénteos en un mar lejano. Cenaron en el jardín de un restaurante situado en el cruce de la calle del pueblo con la carretera que llevaba a Dürnkrut. A propuesta de Kaufmann, pidieron pollos, que primero hubo que capturar, pues dormían en los árboles. Bebieron bastante. Regresaron a casa entre las diez y las once, a través de una mezcla entre la luz de las estrellas y el polvo que levantaban los pasos. Uno no sabía exactamente qué pisaba. La sensación de hollar lo incierto tampoco abandonó a Wallmoden mientras dormía. Esa noche tuvo un extraño sueño. Era peculiar porque no se distinguía en nada, o en casi nada, de la vigilia, o al menos porque se transformaba en sueño sin diferenciarse de la vigilia. Soñó Wallmoden que yacía despierto en la cama en la que, de hecho, dormía. Creyó oír que se acercaban a la puerta de la habitación unos pasos, que parecían proceder de la sala contigua, en la que dormían los mozos. Los pasos avanzaron con la inseguridad de una persona en la oscuridad y, en efecto, la sala solo debía de estar iluminada por el brillo de las estrellas. Se detuvieron un momento ante la puerta, que luego se abrió muy poco a poco. Wallmoden se incorporó en la cama para preguntar qué pasaba, y una voz le respondió algo que no entendió. En la luz estelar que irrumpió por la puerta, Wallmoden creyó

reconocer los contornos de una figura femenina. La persona entró y avanzó en la oscuridad hacia la estufa, donde pronto empezó a manipular diversos enseres. «¿Qué pasa?, ¡caramba!», gritó Wallmoden, a lo cual la mujer interrumpió su actividad, se dirigió hasta la puerta a tientas y salió del cuarto. La oyó atravesar la sala y abrir otra puerta. Además, había dejado abierta la de la habitación. Durante un rato, Wallmoden no oyó nada más, reinaba un silencio absoluto, y estaba a punto de levantarse para cerrarla cuando volvió a oír pasos. En esta ocasión, de dos personas. Al mismo tiempo, un rayo de luz entró por la puerta. Los pasos volvieron a acercarse y acto seguido entraron dos mujeres. La una traía una vela, la otra dos cubos de agua. Parecían sirvientas del castillo. La una era morena, la otra rubia. Una debía de ser aquella que ya había estado allí en la oscuridad, porque las dos volvieron a acercarse a la estufa sin considerar necesario dar explicación alguna. Allí sacaron una tina de madera poco profunda que se encontraba detrás de la estufa, así como un biombo. Después, Wallmoden oyó que vertían el agua de los cubos a la tina. La vela estaba detrás del biombo, y Wallmoden vio por las sombras que se formaban sobre él que las muchachas empezaban a desvestirse. ¡Vaya, qué bien!, pensó Wallmoden. Las dos se disponían a tomar un baño. Estaba acostumbrado, por la guerra, a que la gente en cuya casa se alojaba entrara a menudo a las horas más inverosímiles a buscar un objeto o a trajinar con esto o lo otro. No obstante, jamás le había ocurrido que alguien se bañase en su propia habitación. Nada, pensó riéndose; los tiempos cambian, y en esto reside, probablemente, el progreso. «¡No se molesten las señoras!», dijo, y, en efecto, las damas no parecían tener la intención de molestarse. Entretanto se habían despojado ya de su ropa, se habían metido en la tina y se echaban mutuamente agua sobre los hombros. Wallmoden no había prestado atención a si las muchachas eran guapas o no, pero sus sombras parecían bastante atractivas. Desde luego, no cabía la menor duda de que se convertiría en la leyenda del regimiento si lo descubrieran con las dos chicas. Se levantó de la cama como impulsado por un resorte y sujetó la puerta que, empujada desde el otro lado, estaba a punto de abrirse. Oyó la voz de Kaufmann, que, mientras llamaba a la puerta, preguntaba por qué no abría. En ese momento no podía ser, respondió Wallmoden. ¿Por qué no?, quiso saber Kaufmann. Al mismo tiempo golpeaba la puerta con más insistencia y se apoyaba contra ella para forzarla. Wallmoden tanteó en busca de la llave para girarla, pero no la encontró, y a todo esto no debió de apretar con fuerza suficiente, porque la puerta se abrió de par en par y Kaufmann apareció en el umbral. Traía dos botellas grandes de vino y dos barajas bajo el brazo, miró a Wallmoden al tiempo que meneaba la cabeza, dio luego dos pasos para entrar en la habitación y encendió la luz. Wallmoden estaba convencido de que Kaufmann lo vería todo, o al menos el biombo y las sombras, y que seguramente apartaría el biombo y encontraría a las muchachas. Pero el rostro de Kaufmann no reflejó nada que sugiriera algo parecido, de modo que Wallmoden se dio la vuelta y miró hacia la estufa. Para su gran asombro, las muchachas con su ropa y sus zapatos, el biombo, la tina, los cubos y la luz de la vela, todo había desaparecido. En ese momento, el sueño de Wallmoden corrió grave riesgo de interrumpirse. Wallmoden empezó a tener la sensación de que lo había soñado. Por tanto, lo más conveniente era despertarse. Sin embargo, continuó soñando tal vez porque existía una probabilidad —eso sí, mínima— de que las muchachas se hubieran marchado a toda prisa mientras él discutía con Kaufmann. O bien no se despertó porque Kaufmann le decía algo. Le decía, concretamente: —¿Por qué mantenía cerrada la puerta? ¿Por qué se hace usted el misterioso? Venga, vamos a jugar a las cartas. Es que no puedo dormir. Me agobian las preocupaciones. —¿Qué preocupaciones? —preguntó Wallmoden mientras Kaufmann ponía las botellas de vino sobre la mesa y arrojaba allí las dos barajas, que se desplegaron. Eran cartas de whist. No respondió, sino que regresó a su habitación, por lo visto con el propósito de ir a buscar también al subteniente Rex y al alférez mayor Rosthorn, que dormían en el cuarto subsiguiente. Cuando Wallmoden se encontró solo, se acercó a la estufa, la tina de madera en la que se habían bañado las dos muchachas estaba guardada, en efecto, detrás de la estufa, con la parte interior apoyada contra la pared. Junto a ella estaba, plegado, el biombo. No pudo comprobar, sin embargo, si los objetos habían sido utilizados; pues si bien no dio con rastro alguno de los dos cubos o de posibles gotas de cera procedentes de la vela, descubrió algo que lo sorprendió. Vio las huellas húmedas de un par de pies descalzos que iban del lugar donde había estado la tina hasta la puerta que desembocaba en la sala. Las huellas eran bastante grandes, de modo que se podía dudar incluso si pertenecían realmente a una mujer o tal vez a un hombre de estatura más bien baja. Pero lo más extraño era que se trataba de las huellas de una sola persona. ¿Cómo había salido la otra de la habitación? ¿Se había puesto los zapatos, o había tenido tiempo aún para secarse los pies —cosa del todo improbable—, o había sido aupada por la otra muchacha para salir? Sí, ¿se encontraba quizá aún en el cuarto? Parecía que no, pues no estaba ni detrás de la estufa, donde miró Wallmoden, ni debajo de la cama, donde tampoco la encontró tras agacharse para comprobar si se hallaba allí. En cambio, se dio cuenta de que Kaufmann volvía a estar en la habitación, acompañado ya por Rosthorn y el subteniente Rex. No los había oído entrar. En general, a partir de entonces empezó a tener la impresión de que su facultad perceptiva desconectaba brevemente a intervalos bastantes regulares; siempre dejaba fuera un compás, piafaba, por así decirlo; y cuando la recuperaba, todo había avanzado un trecho como por un impulso. Los tres se rieron al verlo arrastrándose por el suelo. Todos tuvieron que sentarse a la mesa, incluido Wallmoden, que odiaba el whist, y bebieron, jugaron y fumaron hasta que empezó a dolerle la cabeza, pues el humo llenaba el cuarto como una niebla. Kaufmann. sin embargo, no quería irse a la cama. Servía una y otra vez el vino en las copas, de modo que Wallmoden acabó completamente borracho y tuvo la sensación de que la mesa, con todos cuantos la rodeaban, giraba a una velocidad vertiginosa, hasta que el alférez mayor Rosthorn se levantó y gritó con voz de trueno: Ultra posse nemo tenetur!, tras lo cual todo se hundió en medio de un alboroto

generalizado.

Capítulo 8

Wallmoden se despertó con dolor de cabeza. Le retumbaba. Era ya de día. La sensación de mareo no lo abandonó tampoco cuando se espabiló por completo; se le antojaba que todo a su alrededor giraba a pesar de que no se tambaleaba al andar. Aun así, enseguida echó un vistazo detrás de la estufa, por segunda vez, como quien dice. Allí estaba la tina, con la parte interior apoyada contra la pared. La examinó por dentro, pero la encontró más seca que un ripio. Daba la impresión de llevar varios días sin ser utilizada. Tampoco vio las huellas de pies, por supuesto. No obstante, le costó tomar conciencia de que solo había soñado, y durante un rato estuvo a punto de cubrir a Kaufmann de reproches por la juerga. La sensación de mareo duró más o menos hasta las once, cuando se dirigió a la oficina de correos para esperar la llamada de Cuba. Sin embargo, esperó en vano hasta el mediodía. Al final supuso que a lo mejor ella no había vuelto todavía a Viena, sino que se había quedado en Badén, de modo que tampoco había podido recibir el telegrama. Por tanto, envió otro telegrama, esta vez a Badén. Pedía una respuesta telegráfica urgente. De hecho, sin embargo, le pareció impensable o, más bien, le habría parecido impensable que no hubiera regresado a Viena. Si el regimiento no hubiera partido, él habría viajado a Viena y, probablemente, no la habría encontrado. ¿Debería haberla ido a buscar otra vez a Badén? Creo que sobrevalora usted estos asuntos, le habría vuelto a decir ella a buen seguro. Y él habría contestado: no hace mucho alguien consideró que sobrevaloro la muerte; ahora usted piensa que sobrevaloro la vida. Pues sobrevalora usted ambas, le habría respondido ella. Es lo mismo. Al cabo de un rato tomó conciencia, con cierta sensación de malestar, de que continuaba hilando esta conservación que ni siquiera se producía. Le parecía tenerla todo el tiempo en el oído, las afirmaciones de ella y sus propias respuestas. Intentó distraer se, pero no cesó de escuchar con insistencia aquellas voces. Después del almuerzo se presentaron los dos médicos de la unidad para vacunar al escuadrón. El procedimiento se llevó a cabo en un jardín o, más bien, en el patio de una casa salpicado de árboles frutales. Los instrumentos se esterilizaron en la cocina. La tropa se presentaba con el torso desnudo y recibía la vacuna en el pecho. Una vez practicadas las inoculaciones, Wallmoden se dirigió al mayor de los dos médicos, que en realidad tenía un rango inferior, y le comentó lo que le sucedía. El doctor lo escuchó un rato, apoyado en la mesa sobre la que yacían los instrumentos en cubetas con líquidos antisépticos. Luego le preguntó si había padecido esas molestias con anterioridad. Wallmoden respondió que sí, pero que los ataques eran tan indefinidos que no quería interpretarlos como algo serio. Solo tenía presente, hasta cierto grado al menos, un incidente que se había producido durante unos ejercicios realizados unos días antes. Y entonces comenzó a describir lo que le ocurrió mientras el escuadrón atacaba la aldea de Würmla. Mejor dicho, trató de ofrecer una descripción, pero después de unas palabras se dio cuenta de que le costaba muchísimo, es más, que, de hecho, le resultaba imposible. Quería describirle al otro lo esencial del episodio, pero fue incapaz. Para expresarse con precisión, lo explicaba todo varias veces, pero notaba que solamente se repetía. Su incapacidad para ofrecer un relato razonable le dio apuro, notó que las gotas de sudor afloraban en su frente, hasta que acabó callando tras farfullar, más que pronunciar, una serie de frases que desembocaron en meras generalidades. El médico lo escuchó con atención o, mejor dicho, al final se limitó a observarlo. Y luego dijo: —¿No le parece extraño que la naturaleza, para provocar el mareo o todo lo relacionado con él, eligiera el principio del círculo o, si se quiere, el de girar y remolinear? —No, no me parece tan extraño —respondió Wallmoden, al tiempo que se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo que acababa de sacar del bolsillo. —La naturaleza también podría haber elegido —dijo el médico— la sensación de una caída en línea más o menos recta desde una gran altura o la idea de estar volando, como ocurre, por ejemplo, en algunos sueños. ¿Nunca ha soñado con que se precipitaba desde una torre alta? Sus sensaciones deben de haber sido entonces extraordinarias, pero tendrá que admitir que el verdadero mareo, incluso uno relativamente ligero, es muchísimo más impresionante que la percepción de volar o caer. La naturaleza provoca las impresiones más intensas precisamente a través de la sensación de rotación. Incluso cuando sentimos vértigo al borde de un abismo, por ejemplo, la sensación de precipitarse al vacío se convierte finalmente en la idea de encontrarse en medio de un remolino. Nada transporta al hombre tan fuera de sí como la rotación, sea porque está realmente mareado o borracho, sea porque provoca de forma voluntaria ese estado, como sucede, por ejemplo, en la danza, cuando da vueltas en círculo o gira alrededor de sí mismo y a la vez en círculo. La sensación de mareo ocupa entre las impresiones el mismo rango elevado que la existencia de la rueda en la mecánica. —De acuerdo, muy bien —dijo Wallmoden—, pero ¿adónde quiere ir a parar con todo esto? —El círculo —respondió el médico— es precisamente la figura perfecta, y la sensación de dar vueltas es la sensación perfecta. —Es posible —señaló Wallmoden—. Se puede considerar perfecta sobre todo cuando uno mismo no tiene precisamente la sensación de marearse. —Por Dios —dijo el médico—, también hay personas, los llamados drogadictos, a quienes les encanta marearse, al margen del hecho de que, generalmente, desde siempre se ha concedido cierto valor a ese tipo de estados. Es de suponer, por ejemplo, que los primeros actos religiosos del hombre fueron danzas y que solo se bailaba con el objeto de entrar en éxtasis. Mucho antes de cualquier idea concreta sobre determinados dioses o seres superiores, mucho antes de la aparición de Baal o de Júpiter o de Yavé, debió de estar muy generalizada la tendencia a producir la divinidad a partir de uno mismo, como quien dice. Buscarla fuera de la propia persona es siempre un mero síntoma de debilidad. Lo mejor es generarla desde uno mismo.

—¿Le parece? —preguntó Wallmoden. —Sin duda. Y se conseguía alcanzando mediante danzas algo así como un estado de embriaguez, en el que uno se creía convertido en un ser superior o, en todo caso, era más receptivo para lo demoníaco, de tal manera que podía ser capaz incluso de practicar la hechicería o ver espíritus. —Es posible —dijo Wallmoden—. Por el momento, sin embargo, no me importa ni lo uno ni lo otro. Me siento bastante mal, incluso enfermo. —Aun así, dudo que lo esté. Solo se encuentra usted, con toda probabilidad, en un estado de exaltación. —No veo la diferencia. —La enfermedad reduce a las personas —explicó el médico—. La exaltación, como su nombre indica, las eleva. Ahora bien, no veo que haya que curar un estado así a cualquier precio. ¿Por qué habría que disuadir de él a alguien que por fin ha conseguido ser un poco diferente de los demás? —No acabo de entenderlo. —Entonces habría que curar también a un artista de su capacidad para crear obras de arte o a un funámbulo de su don para danzar sobre la cuerda. —Pero yo no soy ni un artista ni un funámbulo —aseguró Wallmoden—, así que le ruego me recete algún medicamento para sentirme mejor. El médico, sin embargo, le confesó que no conocía ninguno. —Esos estados —dijo—, si bien son bastante infrecuentes, no por ello son innaturales, como usted cree. Además, carecen de peligro, al menos en su caso. Ahora bien, si yo decidiera intentar librarlo de él, usted acabaría probablemente enfermo de verdad. No puedo quitarle esa especie de salud, para usted incómoda desde luego, tratándolo como a un enfermo. Lo mejor será, pues, que lo deje en manos de la naturaleza. Al final se arreglará por sí solo, como tantas otras cosas. En pocas palabras, no existen remedios contra esos estados suyos, al margen de que, en definitiva, tampoco existen contra las enfermedades reales... Esta frase convenció a Wallmoden de que se hallaba, efectivamente, ante un buen médico. Al día siguiente tampoco recibió respuesta de Cuba. Por la tarde se presentó Sodoma, que iba a visitar a los señores del escuadrón, y anunció como siempre a Wallmoden que aparecía en carne y hueso y no como espíritu. Wallmoden estuvo a punto de confiarle que no sabía nada de Cuba, pero al final optó por callar. Por la noche telegrafió a Órtel y a Drska y les pidió información. Sin embargo, el día siguiente transcurrió sin contestación alguna. Al mediodía, el regimiento recibió la orden de ponerse en marcha a las siete de la tarde. Esa tarde volvieron a presentarse los dos médicos para administrar otra vacuna. El mayor, al que se había dirigido Wallmoden y que quizá se quedó con la impresión de haberlo despachado con cierta rapidez, volvió a entablar una conversación bastante extensa con él. Una vez más, no obstante, apenas se refirió a la propensión de Wallmoden a los mareos e insistió más en consideraciones sobre otros temas, en particular sobre los cultos antiguos. Realmente, no parecía tomarse en serio los estados de Wallmoden. Expuso una teoría un tanto confusa sobre las religiones en las que se danzaba con fines cultuales y afirmó que originariamente solo podía haber existido una religión de ese tipo, de carácter internacional como quien dice, extendida entre las naciones de la prehistoria, que debían de haber sucumbido hacía tiempo y cuyos nombres ni siquiera conocíamos. Por tanto, en su día debió de existir un verdadero internacionalismo, que superaba con creces el del presente. Ciertas huellas de esa religión primigenia podían encontrarse en todas partes entre Escandinavia y Africa, entre Perú y Mongolia, fuese en forma de espacios de danza llanos, marcados por círculos de piedras o por dibujos laberínticos, fuese en forma de montículos artificiales a los que se subía bailando, y la fe en las danzas nocturnas de hechiceras desnudas e incluso las procesiones a los llamados calvarios no eran, en el fondo, más que restos de todo ello. Wallmoden, sin embargo, apenas prestaba atención. Tenía otras preocupaciones. Al final dejó al médico y regresó al castillo para recoger sus pertenencias. A las seis, el escuadrón estaba preparado para marchar. A las seis y media formaron en la carretera a Dürnkrut, pero hubo que esperar hasta las ocho. Anochecía, y la luna que descendía hacia occidente empezó a brillar. Una bruma plateada se extendía por los pantanos a orillas del Morava. Una especie particularmente repugnante de mosquitos se abalanzó sobre la columna y dejó el rostro de los hombres plagado de picaduras. Hacia las ocho y media, cruzaron los brazos del río sobre pontones. Luego avanzaron durante toda la noche, envueltos en polvo y tiniebla. Atravesaron aldeas en las que la gente apostada en la calle observaba la columna como corzos cuyos ojos brillaban, mientras que las parejas de amantes se escondían en la oscuridad ante la luz de los faros; pasaron por una montaña en que las inmensas nubes de polvo levantadas cubrieron el bosque como una niebla; y después volvieron a bajar finalmente a la llanura. Al alba descansaron en una aldea eslovaca. Los objetos emergían irreales del amanecer. Volvieron a acercarse montañas a la carretera: los Cárpatos. Hacia las once se acantonaron a dos horas de marcha de Zilina, ya muy en el interior de Eslovaquia. No estaban lejos de la frontera polaca. Wallmoden y Rex intentaron dormir unas horas en una granja, pero no lo consiguieron, sobre todo por culpa de las moscas. Además, columnas enteras pasaban sin parar delante de las ventanas. Todo el ejército parecía en movimiento. Wallmoden tampoco halló descanso tras la casa, sobre la hierba ensuciada por patos y demás aves, donde extendió su manta. Para colmo, hacía un calor espantoso. Al final se lavó y se afeitó con el único objeto de hacer algo. Una mujer con unas pantorrillas increíblemente gordas le llevó agua. Hacia el atardecer se presentó el oficial en servicio de la unidad con la orden de continuar la marcha. Kaufmann insinuó que posiblemente cruzarían la frontera polaca esa misma noche. Se aprovisionó a la tropa de munición de guerra, y a las seis el regimiento inició la marcha, que transcurriría durante la noche. Pasaron por un valle de montaña que se estrechaba cada vez más. A la luz de las estrellas aparecían ruinas de fantasmagóricos edificios en las alturas que acompañaban la carretera. Hacia la una se ordenó descanso. Acto seguido llegó la orden de cargar con bala y poner viseras a los focos. Ocurrió en la noche del 25 al 26 de agosto en Podzámok, una aldea que se hallaba por lo visto al pie de un castillo. Reinaba un silencio absoluto. La tropa dormía en los vehículos. A las dos, sin embargo, se oyó a alguien gritar a lo largo de la columna la orden de descargar las

armas y quitar las viseras. Hacia las cuatro de la madrugada, Wallmoden dormía en un cobertizo. A la mañana siguiente se acantonaron en la aldea de Sedliacka Dubová.

Capítulo 9

Era un pueblo de unas cien casas. Había también varios restaurantes, que más bien merecían el nombre de fondas. Un río recorría el valle: el Orava. El tren circulaba bordeando el río. En ese momento, aún iban y venían trenes a y de Polonia. Poco después, sin embargo, el tráfico se cortó. Una de las colinas que dominaban el pueblo estaba coronada por las ruinas de una iglesia. Eran uno de esos restos de una época antigua que sellaba las cumbres de la zona con edificaciones como con un anillo de sello. Wallmoden no sabía si estaban destinadas a defender el país contra los turcos, contra los polacos o si estaban allí por otro motivo. Se sentaba a menudo a los pies de aquellas murallas que se desmoronaban y recorría con la mirada el valle que rodeaba la colina como si esta fuese un cabo. Hacía un tiempo de nubosidad variable, con ocasionales lluvias. Después, el sol volvía a salir, el viento peinaba la hierba rozada por los rebaños, y las abejas zumbaban. La carretera serpenteaba en lo hondo, desde donde ascendían los ruidos, rumor de vehículos, de voces humanas y de ladridos caninos. Wallmoden compró huevos, pollos y cigarrillos eslovacos en la localidad. El vino se acabó pronto. Se bañó una o dos veces en el río. Gélido, como si viniese desde muy lejos en el norte, y muy turbio, era de aguas barrosas o, más bien, arenosas. Wallmoden pensó en los muchos ríos que había cruzado ya. Todos fluían con tristeza, cual si surgiesen de una enorme profundidad. Una vez, mientras caminaba a lo largo de las vías del ferrocarril, vio pasar un tren expreso. Al parecer, provenía de Budapest o de Bratislava y se dirigía a Cracovia o a Varsovia. Llevaba un coche restaurante y coches cama. No obstante, iba tan rápido que Wallmoden no pudo distinguir con precisión el semblante de los viajeros. Era como si pasaran volando rostros de fantasmas. Le dio la impresión de que el tren, procedente de un mundo totalmente distinto, se dirigía a un mundo totalmente distinto. El lugar en que se encontraba, sin embargo, no era un mundo. Era algo así como un interregno. No se hallaban lejos de Zakopane. Desde la cima sellada con las ruinas de la iglesia se distinguían los Tatras. En su día acudía gente a esa zona a cazar gamuzas, por ejemplo; entre ellos, un tío de Wallmoden que luego le hablaría a menudo sobre los «ojos de mar», los pequeños y profundos lagos de los Tatras. A Wallmoden, sin embargo, se le antojaba que, de hecho, esos ojos de mar no se hallaban allí, sino solo en aquella región tan diferente de la que le hablara su tío. Había estado allí en los años noventa del siglo XIX. Esa época, no obstante, le daba la sensación de algo infinitamente lejano, y ahora todo parecía desierto como si nunca más hubieran de regresar, ni él ni su clase de personas, y como si toda aquella tierra hubiera desaparecido. El día 27, el teniente Rex recibió la orden de regresar en automóvil a Viena, resolver allí algunos asuntos oficiales, que no especificó, y reincorporarse luego al regimiento. —Escuche —dijo Wallmoden a Rex, mientras este se preparaba para el viaje en su cuarto—, he de pedirle un favor. —Dígame —lo animó Rex. —Le estaría muy agradecido —continuó Wallmoden— si llevara usted un recado a cierta persona que se encuentra en Viena. —Encantado —dijo Rex. —Se trata de una tal baronesa Pistohlkors —explicó Wallmoden—. Vive en la Salesianergasse número tanto. Intenté en vano que me llamara por teléfono a Jedenspeigen. Y quedaría aún más en deuda con usted, aunque no es en absoluto mi deseo robarle tiempo, si la visitara y le transmitiera saludos de mi parte. —Saludos —dijo Rex al cabo de un momento—. Encantado. Al menos confío en poder hacerlo. —Yo también confío en ello —repitió Wallmoden—. Resulta que la situación es la siguiente: me proponía visitarla el lunes, mas no pude, porque nos pusimos en marcha el domingo por la noche. Ahora bien, no sé cuánto tiempo nos quedaremos aquí, aunque supongo que no mucho... —Pues sí —dijo Rex—, lo mismo supongo yo. —Creo que muy pronto retirarán de aquí nuestra división. —¿Sí? ¿Y por qué motivo cree usted eso? —quiso saber Rex. —Es que no tendría ningún sentido seguir manteniéndonos aquí. Rex, al cabo de un instante, se encogió de hombros. —Puede que tenga usted razón. —Yo debo servir durante un mes en total —dijo Wallmoden—. Y como llegué al regimiento el 15 de agosto, mi plazo se acaba el 15 de septiembre. Considero probable que para esa fecha ya hará tiempo que habremos regresado... —¿Regresado adonde? —inquirió Rex—. ¿Y de dónde? —Pues de aquí —respondió Wallmoden—. Pero si no volviéramos, yo podría emprender solo el viaje de regreso el 15 de septiembre por la noche, ¿no le parece? Entonces llegaría el 16 a Viena, y le ruego, por tanto, que anuncie ya ahora a la baronesa que la visitaré el día 16 por la tarde. Rex se lo quedó mirando: —¿El día 16 de por la tarde? ¿A la baronesa? —Así es. A las cinco, digamos, o a las diecisiete horas, si lo prefiere. —El día 16 a las diecisiete horas —dijo Rex—. Perfecto. Desde luego, no me costará nada comunicarle eso. —Entiéndame usted bien —señaló Wallmoden—. Quizá se haya dado cuenta de que esa mujer me interesa. Por tanto, me resultaría, lógicamente, muy desagradable llegar por fin a Viena y encontrarme con que ella, por ejemplo, no está. Podrá usted hacerle comprender eso, ¿verdad? Por favor, pídale expresamente que me espere. —Sin duda —dijo Rex —. Entiendo. Sin embargo, le rogaría que no me responsabilizara si, por ejemplo, no consiguiera contactar con la baronesa o si ella no estuviera allí ese día y a esa hora. —Por eso mismo le pido que se lo anuncie ya ahora. Al fin y al cabo, tres semanas son un tiempo suficiente. Y si regresáramos con antelación, todo este acuerdo quedaría de todos modos en agua de borrajas, porque entonces podría ponerme en contacto con ella antes. —Así es. No obstante, a lo mejor ella tiene la intención de marcharse o pueden producirse otros acontecimientos imprevistos... Al margen de que usted no sabe si realmente lo dejarán irse el día 15. —Escuche —dijo Wallmoden—, me recuerda usted a aquel hombre al que otro quiere invitar y siempre encuentra una excusa.

«Mañana», dice, «ya estoy invitado, pasado mañana tengo muchas cosas que hacer y después emprenderé un viaje de varios días de duración». «¿Y la semana que viene?», le pregunta el otro. La semana que viene», responde, «no habré regresado aún». «¿Y la siguiente?» «La siguiente tendré que ir a un entierro.» Y entonces ambos se rieron. Rex prometió transmitir el recado, se sentó en su coche y se marchó. En los días siguientes Wallmoden pensó a menudo en él y se preguntó si transmitiría correctamente el recado. El escuadrón permaneció hasta el 29 por la mañana en Sedliacka Dubová. Luego se puso en marcha y se acantonó en Trstená. Ese avance dio que pensar a Wallmoden. La localidad se hallaba a escasos kilómetros de la frontera, y no solo estaban allí el escuadrón y el regimiento, sino prácticamente toda la división en un espacio reducido. Habían salido por la noche de la ciudad donde estaba emplazado el cuartel. Atravesaron Eslovaquia en dos fatigosas e incluso agotadoras marchas nocturnas. En Trstená, en cambio, entraron en plena mañana. Hicieron, por llamarlo así, una entrada triunfal. La banda del regimiento tocó su sonora y estridente música, los motores zumbaron y el valle se llenó entero del polvo que se levantó. El coronel pasó revista a la columna que entraba. Ocurrió, como hemos dicho, en la mañana del 29 de agosto. Fueron esos dos o tres días realmente —no solo aparentemente— críticos en que se decidía el destino de Europa. Allí, sin embargo, no se percibía nada de todo ello, aunque se hallaran en pleno despliegue. Es más, las cosas podían interpretarse incluso de manera completamente distinta. Wallmoden al menos lo hizo. Cualquier reflexión es, en el fondo, de carácter instintivo. En consecuencia, debería ser absolutamente acertada; porque no existe un instinto falso. El intelecto, por el contrario, interviene de manera permanente y lo interpreta todo de manera errónea. Casi siempre conduce a conclusiones falsas. No resulta ni mucho menos tan difícil tener una intuición exacta como interpretarla de manera más o menos precisa. No existe nada más acertado y, no obstante, más humilde que la intuición humana, y nada más pretencioso y deficiente que el intelecto. Quizá sirva para sumar y restar, pero ante cualquier exigencia de verdad fracasa. Como las cosas que allí ocurrían no encajaban con la idea que de ellas se hacía Wallmoden, les dio una interpretación equivocada. No vio, o no quiso ver, que el curso del destino, también el del suyo propio, se había puesto ya en marcha. Cerca de Trstená, el valle del Orava se abría, como la puerta de salida de una fortificación, dando a un amplio paisaje que se adentraba en Polonia. A la derecha, allende el terreno ondulado, los Altos Tatras dominaban la región. La montaña se levantaba como un castillo. Se alzaba, desnuda, de los bosques que se mecían a sus pies. Sus cimas pétreas y peladas refulgían. La vista llegaba increíblemente lejos hacia el norte. El tiempo era radiante y hermoso, hacía directamente calor, las blancas nubes se disolvían en el azul del cielo como si velos de mujer desprendidos de algún barco se deshicieran en un mar de zafiro. El escuadrón de Wallmoden había asumido el control de la localidad. Instalaron un puesto de guardia y un cañón antitanque a medio camino en la carretera que conducía a la frontera. Mil pasos más adelante se colocó a un grupo (de unos doce hombres) al que también se asignó un cañón del mismo tipo. A partir de allí, la carretera cruzaba un arroyo y avanzaba por un bosque de píceas. Al otro lado del bosque había un prado atravesado por un río, el Jelesna Voda. Este río era la frontera. (Medio año antes, sin embargo, la frontera transcurría mucho más al norte. Y hacía dos o tres décadas, toda la región pertenecía al más profundo interior de un país.) El Jelesna Voda desembocaba, más al oeste, en el Orava Negro o Arva. En el linde del bosque, justo al lado de la carretera, se instalaron dos puestos de vigilancia o de escucha, y otros dos a unos mil pasos de distancia hacia la derecha. Un puente cruzaba el río. Al otro lado, una elevación boscosa bloqueaba la vista. Allí se encontraba el edificio de la aduana polaca. A trescientos pasos a la derecha, había un molino a la orilla del río. Todo parecía desierto allí, solo en la aduana se observaba un poco de vida. Los polacos habían levantado la calzada delante del edificio y la habían transformado en una llamada trampa antitanque. A este lado, a su vez, la carretera había sido cegada con una alta pantalla de ramas de abeto. Desde el puesto de guardia, que se encontraba en un punto más elevado, se veía la blanca torre de la aldea de Chyzne. El primer día, el sargento Gasparek ocupó el puesto de guardia con sus hombres. E informó de que sus centinelas habían visto un ciervo a la hora del amanecer. Además, trajo unos cangrejos que había pescado en el arroyo, que fluía perezosamente delante del bosque. Rosthorn, que se encargó del puesto de guardia a partir del siguiente mediodía, recibió de Kaufmann el encargo de traer más cangrejos. Al día siguiente, fue sustituido por Wallmoden y su sección. Mientras Wallmoden mandaba dejar sus vehículos en una hondonada situada a cierta distancia de la carretera, Rosthorn le mostró las posiciones de los centinelas. Y enseguida le comunicó, además, que no había manera de pescar tranquilamente los cangrejos. Siempre ocurría algo. A cada instante aparecía algún comandante que se hacía llevar hasta el linde del bosque para examinar desde allí la otra orilla del río, donde, sin embargo, no se veía nada de nada. Al principio, Rosthorn supuso que los comandantes solo se presentaban precisamente porque no ocurría nada. Al final, no obstante, cuando también se personó un general con su plana mayor, cambió de opinión. Por lo visto, algo se estaba gestando. Pero ¿qué?, preguntó Wallmoden, al tiempo que caminaban por el arroyo del que también había de traer cangrejos, tal como le había sugerido Kaufmann. ¿Y por qué motivo había de estar preparándose algo? Rosthorn, sin embargo, no respondió; se limitó a encogerse de hombros, se acercó a la barandilla del puente y contempló el agua. Wallmoden, que también se había acercado, le ofreció un cigarrillo, se apoyó igualmente en el pretil y se quedó mirando el arroyo. El serpenteante cauce, de dos o tres pies de ancho, estaba tallado en un suelo de arena amarilla parecida al loess. El arroyo no era profundo, pero sí de un oscuro verde esmeralda. Un sol de justicia caía sobre él. A la izquierda estaba el linde del bosque. Ante el bosque se extendía una franja de tierra cenagosa, cubierta con manchas de brezo y pinos mutilados y también, de vez en cuando, con arbustos y algunos abedules aislados. A lo lejos, los Tatras se alzaban por

encima de la región como el sonido de claras trompetas en una pieza musical donde predominan la cuerda y la madera. —No creo que haya muchos cangrejos por aquí —dijo Wallmoden después de contemplar un rato el arroyo—. Yo al menos no los veo. —Estas aguas deben de haber sido esquilmadas ya —señaló Rosthorn. —¿Sus hombres no han pescado algo? —Sí —respondió Rosthorn—, pero poca cosa. —En casa —explicó Wallmoden— ya no quedan cangrejos en absoluto. Dicen que antes había gran cantidad. Pero se extinguieron. Los afectó una plaga, y el resto, dicen, emigró. Según cuentan, recorrieron largos trechos por tierra, pero siempre en marchas nocturnas, igual que nosotros; durante el día, en cambio, se refugiaban en algún sitio. La gente mayor afirmaba saber dónde habían descansado los cangrejos. En casa de mi tío Ortenburg, sin embargo, aún se los podía pescar. Asabas una rana, la atabas a un palo y la metías en el agua. Enseguida aparecían los cangrejos para devorarla, y los pescabas con la ayuda de una red. Nosotros al menos los pescábamos así cuando éramos niños. —Vaya —dijo Rosthorn—. ¿Eso dónde? —En Carintia —respondió Wallmoden—. Hay allí zonas que se parecen mucho a esta. Por aquel entonces pescaba generalmente en compañía de un primo lejano de mi misma edad y de un viejo jardinero. Íbamos de noche al arroyo, con una linterna, y siempre disfrutábamos de lo lindo. El jardinero nos contaba muchas historias. Nos la contaba durante todo el verano. Debe de haber muerto hace tiempo. Mi primo también falleció. Cayó en la guerra. Murió por causa de una herida que se le complicó. Rosthorn arrojó su cigarrillo al agua y luego se dio la vuelta para marcharse; Wallmoden le siguió. Caminaban entre los bordes del bosque, que se había acercado a la carretera por ambos lados. La pantalla de ramas menudas obstruía la vista. La carretera era blanca y resplandeciente. A Wallmoden le recordaba de alguna manera las de su tierra. Es decir, le recordaba las carreteras de antaño. Por aquel entonces se decía que eran tan buenas que hasta se podía dibujar encima. Eso sí, solo las recorría de vez en cuando algún carro tirado por caballos. Por aquel entonces, decían, hasta se podía dejar un reloj durante semanas sobre el alféizar sin que nadie se lo llevara. Y Wallmoden, mientras iba caminando, veía el reloj sobre el alféizar iluminado por el sol y las vides que crecían alrededor. El reloj era de plata y tenía una correa de metal tipo oruga de tanque, de la que colgaba una moneda llamada «florín del ciervo». La plata del reloj, de la cadena y del florín estaba totalmente deslustrada por el uso. Al llegar a la pantalla, se apartaron hacia el lado derecho de la carretera y entraron en el bosque. Espeso, tenía el suelo cubierto de arándanos, y unos arbustos llenos de hojas proliferaban entre las píceas. La carretera resplandecía a la izquierda. Habían pasado días sin que nadie recorriera ese tramo, pero Wallmoden imaginó, curiosamente, que alguien podría transitar por ella de repente. Es más, incluso creyó oír voces de personas sentadas en un coche. Sin embargo, ningún vehículo circulaba por esa carretera, por supuesto. Al cabo de un tiempo llegaron a una especie de claro, un tanto pantanoso y cubierto de hierba alta. Daba la impresión de que esta se había introducido entre los árboles como un líquido, tan plano era aquel prado rodeado por el bosque que penetraba en él como con pequeñas lenguas de tierra. Sobre la hierba se inclinaban arbustos de grandes hojas, que uno podía imaginar con flores similares a bolas de nieve, en junio por ejemplo. Un pájaro empezó a cantar, volvió a callar y levantó el vuelo. Wallmoden sintió de pronto el deseo de permanecer un rato en el claro; había allí algo sobre lo que creía necesario reflexionar. No sabía qué, pero estaba convencido de que se le ocurriría en unos instantes. Había algo en la oscilación de la rama que acababa de abandonar volando el pájaro, había algo en ese aire de una peculiar tibieza, algo que parecía acercarse flotando. Sin embargo, no pudo descubrir qué era. Rosthorn continuó y atravesó el prado. Volvió a entrar en el bosque, los arbustos se cerraron tras él, y por un momento Wallmoden se quedó solo en el claro. Poco después, sin embargo, él también alcanzó el bosque y se adentró bajo los árboles como su compañero. No faltaba mucho para llegar otra vez al linde del bosque, a su parte anterior. La hondonada por la que discurría el río pronto resplandeció entre los troncos, como un reflejo de oro. Los centinelas apostados en el linde observaban el edificio de la aduana, y el suboficial que estaba al mando contemplaba la ladera del otro lado a través de sus binoculares. Uno de los centinelas comunicó en un susurro que la gente de la aduana parecía ocupada en trasladar muebles de un cuarto al otro; no se podía adivinar con qué fin, tal vez para bloquear las puertas. Y en una ventana determinada aparecía de vez en cuando una cara. Un rostro rojizo, bastante grande y redondo miraba hacia ellos, explicó el soldado de guardia. Wallmoden no consiguió distinguir la cara, pero consideró en cierto sentido fantasmagórica la descripción. Era, por así decirlo, una fantasía animal. Wallmoden se acordó de las ranas que había matado cuando pescaba cangrejos, algunas de las cuales, antes de ser muertas, permanecían sentadas, inmóviles, como si estuviesen en posesión de la razón. Y de alguna manera la seguían teniendo incluso muertas. Era simplemente la masa que anchamente se asentaba en el mundo. Wallmoden miró al otro lado a través de sus binoculares, pero no distinguió nada. Sin embargo, aunque no vio nada, o precisamente por ello, la visión lo obsesionó durante las semanas siguientes. Polonia parecía mirarlo de hito en hito como esa cara que él ni siquiera había visto; no hacía más que mirar fijamente, no se sabía lo que pasaba en su interior ni qué miraba, y si alguien la tocase —esa era la impresión—, acabaría estallando. La mayoría de las demás ventanas del edificio estaban tapadas. Con edredones, imaginó Wallmoden. Algunos pollos correteaban alrededor del edificio. La tierra removida para la trampa antitanque se secaba al sol. Una gran pícea talada yacía sobre ella. Pluetsuper eos laqueos, dijo Rosthorn. «Hará llover nudos corredizos sobre ellos.» El molino, situado a unos trescientos pasos a la derecha sobre la orilla del río, estaba hundido y completamente abandonado. El bosque cubría la ladera. Era más o menos todo cuanto se veía. Resultaba incómodo no poder determinar si la ladera estaba ocupada ni con cuántos efectivos. Llevaban días observándola, mas sin percibir nada. Decían que por la noche se había oído traqueteo de carros de combate

polacos a una hora de camino hacia el este. Sin embargo, todos los informes que traían los espías se contradecían. Wallmoden y Rosthorn permanecieron alrededor de un cuarto de hora tumbados en el linde del bosque. Durante todo ese tiempo no se movió nada, o casi nada. A juicio de Wallmoden, en ese silencio absoluto había de oír al menos el agua del río. No obstante, tampoco escuchó ese ruido. Finalmente se levantó, al igual que Rosthorn; se volvieron hacia la izquierda y cruzaron la carretera. Wallmoden se preguntó qué podía ocurrir si les disparaban mientras la atravesaban. Sin embargo, no les dispararon, naturalmente. Se adentraron en la parte occidental del bosque y, bordeándolo, empezaron a recorrer la frontera. La distancia entre el linde del bosque y el río era de unos ciento cincuenta pasos como término medio. Todo permanecía en silencio en la otra ribera; no vieron a nadie. El bosque era allí alto y regular. Una montaña miraba desde una gran distancia: el Babia Góra. Debía de tener unos cinco mil pies de altura. Según se decía, sobre esa montaña estaban los observadores de la artillería polaca. Al cabo de un tiempo el suelo se volvió cenagoso, y ambos iban sacando a cada paso las botas del chirriante barro. No obstante, continuaron andando hasta llegar al final de aquella isla que era el bosque. Allí también, todo estaba desierto. A unos cuantos cientos de pasos empezaba otro bosque. Al suroeste, muy lejos, se vislumbraban las casas de la aldea de Ustien. Un camino venía desde el otro lado del río más o menos en dirección al puesto de guardia. Procedía del bosque alto. Atravesaba el río por un vado. El camino estaba grabado en el suelo de loess igual que el cauce del arroyo en el que se pescaban los cangrejos. Aunque no se veían ya huellas de ruedas, se antojaba que innumerables tiros y yuntas habían pasado por ahí con suma lentitud y entre tormentos. Esa imagen de la tortura de los caballos y bueyes y de las ruedas que trituraban la arena daba la impresión de algo asiático. El camino provenía casi exactamente del norte y conducía al sur. Aun así, de hecho, parecía venir del este y llevar al oeste. La hierba había sido rozada por el ganado a la derecha y a la izquierda, pero no se divisaban rebaños. Aquí y allí aparecían enebros. Wallmoden y Rosthorn se sentaron a la sombra de uno de ellos y pusieron los pies en un surco del camino. Sus botas mojadas silbaban cuando movían los pies dentro. Hacía mucho calor y el enebro exhalaba su perfume. El cielo se abombaba como una cúpula de vapor ardiente. Al cabo de un rato empezaron a seguir por el camino rumbo al sur. Sin embargo, como los alejaba hacia la derecha, se volvieron hacia aquella isla que era el bosque del que habían venido. Fueron a parar entre píceas mutiladas y arbustos, y tuvieron que salvar más de una zanja llena de agua y de hojas de lirio. Finalmente, alcanzaron el bosque. Era su lengua meridional. La atravesaron y luego siguieron caminando por los campos. En la lejanía vieron grupos de campesinos que cosechaban patatas y también empezaron a divisarse nubes alrededor en el horizonte. Los campos que recorrían consistían en franjas largas y estrechas cuyo lomo estaba abombado para que el agua pudiese escurrirse. Una y otra vez había que subir a esos lomos y después bajar, lo que resultaba agotador. El suelo estaba reseco. Había sembrados de avena aquí y allí. Tampoco han cosechado todavía, pensó Wallmoden. Aún no se ha cosechado. Desde lejos vieron entonces numerosos vehículos en torno al puesto de guardia, donde normalmente solo había unos cuantos hombres cocinando patatas. —Ya está— dijo Rosthorn. Al llegar, comprobaron que el puesto de guardia bullía de comandantes y de sus planas mayores.

Capítulo 10

Los jefes y sus ayudantes formaban un grupo y habían desplegado los mapas. El coronel de Wallmoden discutía precisamente con un comandante de la artillería. Al lado del coronel estaba el señor von Kaufmann. —¿Qué pasa? —susurró Wallmoden. Kaufmann respondió que se preparaba un ataque, pero que aún no era seguro. El coronel hablaba con el comandante de la artillería sobre el bombardeo de la localidad de Chyzne. El jefe de Wallmoden preguntó al comandante cuánto se precisaba para, dado el caso, reducir Chyzne a escombros. —Para dejarlo hecho tabaco —respondió, literalmente, el comandante— necesito ocho minutos... El regimiento, se decía, atacaría a ambos lados de la carretera, acompañado a derecha e izquierda por sendos regimientos. El jefe de Wallmoden le dibujó en el mapa al comandante de la artillería las líneas de ataque de cada uno de los escuadrones. Entretanto apareció allí el coronel, que, tal como se sabría más tarde, no estaba en absoluto entusiasmado con la operación, y miró alrededor. —¿Qué? —preguntó a Wallmoden—. ¿Ha pescado ya cangrejos? —Todavía no, señor coronel —respondió Wallmoden.

Poco después, el coronel manifestó el deseo de avanzar hasta el puesto de escucha. —¡Venga con nosotros! —ordenó a Wallmoden. El grupo se puso en movimiento y avanzó en fila india por la cuneta. En el camino, Wallmoden pidió a Kaufmann que le explicara cuanto estaba sucediendo. Esperarían hasta las seis de la tarde la decisión sobre si la división había de prepararse efectivamente para el ataque. Si se tomaba esa determinación y se decidía que había de producirse la puesta a punto, los regimientos debían partir a las once de la noche de Trstená y de las localidades en que se hallaban acuartelados y tomar posiciones a lo largo de la frontera. Luego, antes de las dos de la madrugada, se debía informar de que el movimiento se había ejecutado. Sin embargo, el ataque no debía iniciarse aún, sino que había que esperar la orden expresa en ese sentido. Entretanto, habían avanzado y Wallmoden atravesó por segunda vez el arroyo de los cangrejos y el bosque. Este parecía diferente, seguramente por la cantidad de personas que de pronto lo llenaban. Se mostraba como alguien que a esas alturas ya prefiere callar. Todos se instalaron junto a los puestos de escucha para observar la ladera del otro lado. Allí, sin embargo, no había cambiado nada. Todo seguía igual, y el sol iluminaba el prado y la ladera. Los ayudantes contemplaban la aduana a través de sus binoculares; reinaba el silencio. Al

cabo de un rato volvieron a levantarse y emprendieron el camino de regreso. Regresaron en pequeños grupos que iban discutiendo la situación mientras atravesaban el bosque y pasaban por la carretera. Una vez en el puesto de guardia, todos se subieron a los vehículos y se marcharon. Kaufmann prometió enviar después de las seis a un mensajero con la noticia de si se había dado o no la orden de prepararse, y también Rosthorn se puso el casco y se dirigió con su sección de vuelta a Trstená. Wallmoden se quedó solo en la carretera; mientras permanecía allí, creía estar pensando en las cosas más diversas, pero en realidad no tenía ningún pensamiento; tan solo se le quedó grabado en la mente el gesto con que Rosthorn acababa de ponerse el casco. Fue lo último que vio, un gesto extrañamente definitivo. Más tarde casi le dio la sensación de que el casco llevaba incluso una joya. Y recordó un pasaje de Shakespeare: ...ese casco que en su día asustó al aire de Agincourt... Las nubes se habían alzado sobre el horizonte. El sol se había escondido. Eran las cuatro y media. Wallmoden mandó montar una tienda junto a la carretera. La tienda se instaló sobre el lomo abombado de una franja de tierra. Pusieron paja en su interior. Wallmoden hurgó un rato entre sus cosas, preparó una vela para la noche y por último intentó conciliar el sueño. Pronto, sin embargo, la paja empezó a moverse en un determinado punto. Un ratón de campo parecía haber penetrado en la tienda, probablemente desde abajo, a través de una de las galerías que construyen esos roedores. Wallmoden pisó con el tacón de la bota el lugar en que se oía el crujido, reinó entonces el silencio por unos instantes, pero luego el ratón volvió a moverse. Las paredes de la tienda empezaron a oscilar. Se había levantado viento. El aire silbaba en torno a la tienda. Parecía «asustado», como el aire de Agincourt. Wallmoden miró fuera, es decir, sacó la cabeza de la tienda; el viento empujaba las nubes por todo el cielo, pero enseguida las desgarraba. Volaba el polvo; anochecía. Las nubes eran grises, los Tatras parecían sumergidos en tintas de color violeta. El inquieto viento seguía sacudiendo las paredes de la tienda, pequeña, de color gris verdoso, semejante al interior de una grieta en la montaña. Dentro hacía aún calor, pero fuera había refrescado considerablemente debido al viento. Las nubes aparecían y se deshacían. Un sidecar trajo la comida. Luego reinó el silencio durante un rato. Más tarde, Wallmoden volvió a oír la llegada de una motocicleta, y una voz preguntó por él. Era el mensajero de Kaufmann. Se acercó a la tienda con la noticia de que había llegado la orden de prepararse. El puesto de guardia debía permanecer en su sitio hasta que se acercaran los escuadrones. Wallmoden mandó desmontar la tienda, se dirigió a la hondonada en que habían camuflado los vehículos y mandó a la tropa preparar sus enseres. Los hombres empezaron a meter sus cosas en las mochilas; entretanto, se había hecho de noche. Una media luna apareció en el cielo entre nubes fugaces, enviando una luz violeta casi enfermiza. Los alrededores centelleaban como una superficie de plata negruzca. Los Tatras solo se intuían en la lejanía, semejaban una sombra en los confines del mundo. Wallmoden se quedó un rato sentado en su coche y después regresó a la carretera. Permaneció allí unos instantes y se dirigió luego hacia el bosque. Había de andar unos diez minutos hasta llegar al grupo avanzado. La carretera descendía primero y después subía. El viento había dejado de soplar. El grupo se hallaba a la derecha en la cuneta. Los hombres hablaban entre sí o dormían, dos montaban guardia. Desde allí faltaban unos quinientos pasos para alcanzar el bosque. Wallmoden prosiguió el camino lentamente. La carretera yacía polvorienta a la luz de la luna; el linde del bosque apareció entonces como un muro. Delante estaba el puente que cruzaba el arroyo. Antes del puente, sin embargo, una franja oscura, que Wallmoden no había percibido hasta entonces, atravesaba la carretera. Mejor dicho, la franja o cinta trazaba sobre ella una línea ligeramente oblicua. No se podía distinguir qué era realmente. Daba la impresión de moverse y, aunque se trataba de algo negruzco, centelleaba un poco de vez en cuando. Wallmoden se detuvo, volvía a reinar el silencio por doquier, solo en lo alto el viento perseguía las nubes. En esa quietud, sin embargo, Wallmoden oyó un ruido tan suave que tardó unos instantes en convencerse de que realmente lo estaba oyendo. A decir verdad, no era suave sino más bien impreciso, algo integrado por innumerables ruidos minúsculos. Era un permanente arrastrar, raspar, frotar. Y procedía de aquella cinta que atravesaba la carretera. Wallmoden se acercó unos pasos, volvió a detenerse, dio de nuevo unos pasos y descubrió que, en efecto, aquella cinta se movía. Sin embargo, solo tomó conciencia de lo que era cuando se acercó del todo. La cinta tenía un ancho de dos o tres pies y no solamente se movía por la carretera saliendo de la cuneta derecha e introduciéndose en la izquierda, sino que se movía también en su interior. Continuamente subía y bajaba un poquito, raspaba y crujía y hasta daba la sensación de soltar de vez en cuando un ligero sonido metálico. Pasaba reptando como si por la carretera se deslizara un haz o, mejor dicho, una banda de cadenas yuxtapuestas. No obstante, las cadenas no estaban formadas por eslabones, sino por animales que avanzaban arrastrándose. Concretamente, eran cangrejos. Y los cangrejos migraban. Lo lógico habría sido reírse del espectáculo, o llamar a los hombres de la tropa y mandar recoger cuantos cangrejos fuese posible, o hacer ambas cosas a la vez. Mas Wallmoden no reaccionó ni de una ni de otra manera, sino que se asustó. Se asustó sobre todo porque enseguida le vino a la mente (y quizá empezó a venirle a la mente incluso antes de comprender con toda certeza qué era aquello que se deslizaba allí delante de él), se asustó porque enseguida recordó que, inclinado con Rosthorn sobre el pretil del puente, había mencionado que los cangrejos también pueden migrar. Y le dio la sensación, que se le antojó ridícula, de haber provocado él mismo esa migración. Resultaba absurdo creer que a los cangrejos instalados en el arroyo se les ocurriera, como quien dice, la idea de migrar por haber sido testigos de la conversación. Sin embargo, no le abandonaba la sensación de que existía allí un nexo. A lo mejor sucedía a la inversa: había entablado la conversación solo porque los cangrejos estaban ya decididos a migrar. Se asustó al pensar que había llegado tan lejos como para sentir eso. Y se asustó, en suma, por el hecho de que migraran. No habría sido capaz de explicar por qué. Para empezar, él no creía realmente que pudieran migrar. En ese momento, no obstante, lo

estaba viendo con sus propios ojos. Sin embargo, no comprendía con qué objeto se desplazaban por la tierra. Se movían hacia el oeste, es decir, en dirección al Arva Negro. Habría entendido que los cangrejos marcharan por tierra para pasar de una zona fluvial a otra, entre dos vertientes por ejemplo. Ellos, empero, no querían llegar al ámbito de otro río; eso parecía al menos. Les habría resultado considerablemente más cómodo bajar nadando por su arroyo hasta llegar al punto en que desembocaba en el Jelesna Voda. Y, efectivamente, el arroyo desembocaba en el Jelesna Voda; es decir, de hecho, se perdía en aquella zona pantanosa de la frontera que Wallmoden y Rosthorn recorrieran por la tarde. Los cangrejos habrían pasado fácilmente de la zona pantanosa al río y podrían haber continuado su camino por agua, sin más, hasta el Arva Negro. Desde luego, eran poco claros los motivos por los que, en vez de desplazarse por el agua, desfilaban por tierra... Y, además, ¿por qué desfilaban? ¿Para qué, ya que no eran soldados, asumían las pejigueras de una marcha nocturna que, a todas luces, bastante ardua les resultaba? Avanzaban muy despacio. Wallmoden recordaba haber poseído en su infancia un juguete, un oso, al que se le podía dar cuerda y que entonces avanzaba paso a paso, volvía la cabeza a derecha e izquierda y hacía con la boca el gesto de morder. Antes de cada paso, se oía un zumbido esforzado y preparatorio procedente del mecanismo de relojería, hasta que al final, después de mucho dudar, el oso se ponía en movimiento, mientras sonaba el ruido breve y seco de la tarascada de las fauces que se volvían hacia uno y otro lado. De manera muy similar progresaban los cangrejos. Está extendida la idea de que los cangrejos solo avanzan a paso de cangrejo, como dicen; o sea, a reculones. Sin embargo, un cangrejo muy pocas veces se desplaza retrocediendo. Normalmente se mueve hacia adelante, aunque con suma lentitud. En cambio, es capaz de nadar muy rápido hacia atrás, moviendo la cola... Los cangrejos, alzando las pesadas pinzas, se arrastraban por la carretera a una velocidad no superior a la de los caracoles, movían con enorme dificultad el aparato de sus numerosas patas, levantaban el cuerpo a cada paso y volvían a bajarlo como rompehielos en su labor y entonces permanecían tumbados un instante en el suelo hasta dar el siguiente paso. El ruido de las patas al arrastrarse era suave, pero múltiple, y de vez en cuando los cuerpos chocaban y se frotaban; es más, algunos cangrejos habían enganchado las pinzas a las colas de quienes los precedían y se dejaban arrastrar, hasta cierto punto al menos. Wallmoden no podía ver hasta dónde llegaba aquella columna de cangrejos. ¡Eran miles! ¿Quién habría imaginado que hubiera tantos en el arroyo? Salían de la tiniebla del campo de la derecha y desfilaban hasta el campo de la izquierda, hacia otra tiniebla. Migraban del este al oeste. Había entre ellos ejemplares grandes y pequeños, enormes y diminutos, hasta algunos gigantescos de un tipo que no se veía ni se capturaba nunca; por lo visto, se situaban en puntos de los arroyos a los que no se podía acceder o incluso en algunos brazos subterráneos del riachuelo. La columna, frotando y raspando el suelo, chirriando y rechinando como un escuadrón de hombres acorazados, progresaba, una suma de innumerables movimientos, y parecía imparable; semejaba un solo animal que se arrastraba por la carretera, las antenas palpaban, los ojos miraban y los caparazones resplandecían a la luz de la luna. Mientras Wallmoden se inclinaba sobre los cangrejos y los observaba, le vinieron a la mente unas palabras que conocía de memoria, y si bien era él quien las tenía en el oído, se le antojó que Rosthorn se las iba recitando: ... Et apertus est puteum abyssi, et exierunt in terram. Et data est eis potestas, sicut habent potestantem scorpiones terrae. Et similitudines eorum, símiles equis paratis in pro— elium: et super capita eorum tamquam coranae símiles auro: et facies eorum tamquan facies hominum: et dentes eurum, sicut dentes leonum erant: et habebant loricas sicut loricas ferreas, et voz alarum eorum sicut voz curruum equorum multorum currentium in bellum: et habebant caudas simi— les scorpionum, et aculei erant in caudis eorum. Ec ita vidi equos in visiones: et qui sedebant super eos, habebant lori— cas Ígneas, et hyacinthinas, et suplhureas, et capita equorum erant tamquam capita leonum: et de ore eorum procebit ignis, et fumus, et sulphur. Et ab his tribus plagis occisa est teria pars hominum de igne, et de fumo, et suplhure, quae procedebant de ore ipsorum. Potestas enim equorum in ore eorum est, et in caudis eorum. Nam caudae eorum símiles serpentibus, habentes capita: et in his nocent. Procedente del sur, se oía desde hacía un rato el zumbido de una motocicleta que se acercaba. Se detuvo junto al puesto de guardia, pero después volvió a ponerse en movimiento y se paró junto al grupo avanzado. Wallmoden no podía verla, pues se desplazaba sin luz, pero se dio cuenta, por la irregularidad de las explosiones, de que se había detenido. Al parecer, el conductor preguntaba dónde se hallaba Wallmoden. Luego volvió a ponerse en marcha. Se adueñó entonces de Wallmoden la idea de que el conductor no lo vería al acercarse, no frenaría a tiempo y pasaría por encima de los cangrejos. Sin embargo, tal vez no le preocupaban tanto los cangrejos en sí como que el conductor los viera. No habría sabido explicar por qué no deseaba que otro los viera ni tenía tiempo para reflexionar sobre ello. La motocicleta se aproximaba a una velocidad creciente; por lo visto, suponían a Wallmoden más lejos de lo que estaba. Wallmoden corrió por tanto a su encuentro por el centro de la calzada, gesticulando con los brazos para detenerlo. El hombre frenó derrapando y haciendo chirriar los neumáticos. Era, una vez más, uno de los mensajeros de Kaufmann: —Orden del jefe —dijo—. El señor teniente debe levantar el puesto de guardia a medianoche y esperar con su sección al escuadrón junto a la carretera. Los vehículos deben detenerse. Wallmoden estuvo a punto de contestar, pero de pronto le pareció superfluo. Consideró sobre todo que no quería que el otro oyera su voz. Por tanto, se limitó a llevarse dos dedos a la visera de la gorra. El mensajero esperó un instante, luego trazó un pequeño semicírculo con la motocicleta, la puso nuevamente en marcha y se alejó. Wallmoden lo siguió con la mirada. Vio la luz de la luna centellear sobre el casco. El mensajero desapareció entre el polvo y la bruma de la noche iluminada por el satélite de la tierra. Al cabo de un rato, Wallmoden se dio la vuelta. Los cangrejos ya no estaban. Al principio pensó que habrían desfilado por la

carretera más lejos. No recordaba exactamente qué distancia había recorrido para acercarse al mensajero. Sin embargo, aun retrocediendo un buen trecho por la carretera, no encontró a los cangrejos. Se habían esfumado. Le pareció improbable que desaparecieran tan rápido de la carretera. Por lo que había visto, a la columna le faltaba todavía mucho para acabar, siempre se le sumaban más y más cangrejos. En ese momento, sin embargo, habían desaparecido. Tal vez oyeron el zumbido de la motocicleta e interrumpieron el desfile. Quiso revisar los campos o la hierba a ambos lados de la calzada, pero no recordaba ya los puntos exactos. Recorrió la carretera unas cuantas veces, pero no vio nada. Tampoco encontró huellas, las líneas de las ligeras marcas que quizá dejaban. Ni empezó de nuevo el desfile. Según los indicios, no había ni un solo cangrejo en las proximidades. Wallmoden no estaba del todo seguro de no haber soñado. Permaneció un rato en la carretera y se preguntó si había de avanzar hasta los puestos de escucha o regresar. Al final, sin embargo, decidió volver. Lo hizo tal vez porque, a pesar de todo, no estaba muy convencido de que el desfile no pudiera volver a empezar detrás de él. En ese caso, Wallmoden se habría quedado, por decirlo de algún modo, cortado. Por tanto, volvió por la carretera y dobló al cabo de un rato a la izquierda para llegar a los vehículos. Una vez allí, empezó a revisar el equipaje de los hombres, al tiempo que pensaba en cosas completamente ajenas a lo que hacía. Al final comunicó que podían dormir hasta las once y media. El mismo se acostó en uno de los vehículos, pero no pudo conciliar el sueño y se quedó meditando. La luna iluminaba el interior del coche, pero luego desapareció hacia el oeste entre las nubes. Reinaba un silencio absoluto. Hacia las nueve y media, sin embargo, empezó a acercarse por la carretera el ruido de los motores. Eran vehículos provistos de camuflaje nocturno, no se los veía en absoluto. A partir de ese momento, generaron ruido de forma incesante. Se oían columnas apartarse de la carretera y meterse en las hondonadas; debía de ser la artillería que tomaba posición, o carros de combate u otros automóviles. Toda la zona se llenó de un rumor creciente que se extendía de sur a norte, y los vehículos se concentraban en las depresiones del terreno. Aunque no se veía nada, la región rebosaba de vehículos y de hombres. El aire vibraba. Tras permanecer un tiempo tumbado en el coche, Wallmoden se levantó. También la tropa se preparó antes del horario previsto. Permanecieron alrededor de media hora esperando y revisando esto y aquello. Después Wallmoden condujo a los hombres hasta la carretera. El aire se había calentado durante la noche y era húmedo y pesado. Por la carretera seguían avanzando vehículos. Desfilaba un sinnúmero de objetos y artefactos tapados con lonas: pontones, municiones y material de reserva. La tierra temblaba bajo su peso. El polvo revoloteaba en la oscuridad. Hacia las doce y media llegaron los escuadrones. Iban a pie. Cargados hasta los topes de pertrechos, armas de fuego, cañones de repuesto para estos y municiones. Sodoma avanzaba a la cabeza de sus hombres. —Vaya —dijo al ver allí a Wallmoden—. Está oscuro, pero así y todo no somos fantasmas. Delante del séptimo escuadrón venían Kaufmann y Rosthorn. Wallmoden hizo que su sección se incorporase a la columna. Acto seguido todo se detuvo, y los hombres se echaron con su carga en las cunetas. Al cabo de un cuarto de hora continuaron. Llegaron, más o menos, al punto en que los cangrejos habían cruzado la carretera. Por supuesto, aún eran menos visibles que antes. En el bosque, envuelto en una espesa tiniebla, no tardaron en perder el rumbo de las zonas de despliegue. Además, las filas se fueron rompiendo. El claro aún se destacaba bajo el cielo. Más tarde, ya solo buscaban el camino en grupos. Para colmo, fueron a parar a la ciénaga. Los escuadrones se empujaban mutuamente hacia un lado y hacia el otro en el linde del bosque. En eso, se ordenó un desplazamiento lateral en medio del despliegue. El séptimo escuadrón había de quedarse a unos cien pasos a la derecha de la carretera. Allí, el bosque, con grupos de árboles que parecían islas, daba paso al prado, que era cenagoso. Solo bajo algunos árboles se veían ciertos puntos elevados y secos, en los que se reunieron los hombres. Hacia las tres había concluido la operación de tomar posiciones. Los hombres dejaron los pertrechos y se sentaron en el suelo. Apoyaron la espalda en los troncos. Al cabo de un rato, la mayoría dormía. Empezó a amanecer a las cuatro. Los durmientes se habían deslizado hacia abajo, quedando con las espaldas apoyadas en el suelo; sus cabezas yacían en los cascos como en cuencos. El prado permanecía en silencio; a la luz del amanecer, empezó a perfilarse la ladera del otro lado. Era la madrugada del 1 de septiembre. El día en que el ciervo entra en brama. De repente refrescó. Y se volvió también todo más claro. El escuadrón estaba más o menos frente al molino. Wallmoden, tiritando, departía con Rosthorn sobre las posibilidades de un ataque. Hablaban entre susurros. Rosthorn estaba convencido de que atacarían. Wallmoden, en cambio, dijo que no había llegado todavía la orden de atacar. A las cuatro y media, sin embargo, el mensajero enviado a la plana mayor de la unidad apareció, salpicando agua cenagosa a su paso, con la orden de atacar a las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos.

Capítulo 11

En el cuarto de hora que le quedaba, Wallmoden no fue capaz de pensar al principio en nada en absoluto, pero luego acudió a su mente una multitud de pensamientos. Pensó en la última guerra, pero no como alguien que piensa sin más en algo, sino como si hubiera olvidado todo lo ocurrido desde aquellos hechos. Vio con absoluta nitidez los rostros de entonces, oyó sus voces. Se le antojó que sus hombres de entonces yacían junto a él, vio los uniformes de entonces, sobre todo los cuellos desgastados de los abrigos de piel, más claros que lo demás. Parecía que algo fugaz y transparente se hubiera instalado a su lado de un salto, como si fuese un grupo de conejos fantasmales. Y solo cuando empezó a pensar a partir de ese punto recordó lo sucedido desde aquella época. Se acordó de su regreso de la guerra. De repente fue como si hubiese ocurrido ayer, vio con

total claridad las calles que recorrió y el aspecto que tenían y se vio a sí mismo franqueando la puerta de su domicilio. Recordó la primera vez que volvió a salir vestido de paisano. Todo había cambiado. Había infinitud de cosas nuevas, cada momento era distinto. Vio revueltas, fiestas, vagones de tren con los cristales rotos, mujeres maquilladas. Vio automóviles, gente hambrienta, calles decoradas de rojo, salas de grandes teatros, países remotos, aventuras. Vio a comerciantes, barrios marginales, el azul de los lagos y de los veranos infinitos. Vio salas de juego, interminables noches invernales, avenidas y a personas a las que había querido. ¡Qué largo era aquel tiempo que solo duró veintiún años, qué infinitamente largo! Como si se desplegara a cámara lenta una flor de innumerables pétalos. Se vio a sí mismo poniéndose otra vez el uniforme, vio a Cuba, vio el cuarto en que la contempló por última vez, la vio subirse al coche... Vio a un grupo de tiradores salir a hurtadillas a la izquierda de la carretera; los vio, grises como sombras, atravesar corriendo el verde plateado de la mañana. Corrían sin ruido, como si del bosque hubiese salido una manada de ciervos, solo visibles de medio cuerpo para arriba en la hierba alta. Ya se encontraban junto al puente. El interludio había concluido. Volvía la guerra. No eran todavía las cinco menos cuarto, según el reloj de Wallmoden. Seguía acostumbrado al desencadenamiento preciso de los ataques, preparados con fuego graneado. Esperaba a cada instante ver a los hombres que se avanzaban barridos por los disparos de las ametralladoras. Pero no sucedió nada similar. Su escuadrón también se levantó entonces y corrió por el prado rumbo al río, traqueteando con sus armas y pertrechos, que sonaban de múltiples formas. Wallmoden corrió lo más rápido que pudo, convencido de que a lo largo de la ladera situada enfrente empezarían a responder con fragoroso fuego. Sin embargo, no se produjo ni un solo disparo. Wallmoden saltó al cauce del río, el agua le llegaba a los tobillos. El fondo era de guijarros. Vadeó el río, subió a la otra orilla y, entre unos pinos aislados, corrió hacia arriba por la ladera que antes tan misteriosa le resultara. Una vez en lo alto, vio tierras de labor en un amplio terreno que continuaba ascendiendo ligeramente. Estaba todo desierto. No divisó absolutamente a nadie. Todo transcurrió de manera diferente de como lo había esperado. Empezaba la época en que todo transcurriría de manera distinta. El escuadrón ya se hallaba allí, y Wallmoden oyó, a gran altura en el aire, un silbido que se desplazaba hacia adelante. Sobre los campos que tenían enfrente apareció en el cielo una nube redonda y negruzca. Vaya, pensó, las nubes de los shrapnels1 ahora son negras, antes eran blancas o del color de la flor del melocotón. Le explicaron que los shrapnels ya no existían. Aquello era un disparo de prueba. Ya solo había granadas. Y, en efecto, la nube tenía una forma ligeramente distinta. No escupía hacia delante algo que no se veía, como un humo casi líquido, sino que el humo se dispersaba desde un punto hacia todos lados. Los escuadrones avanzaron por las tierras de labor. Al llegar al lomo de la elevación, divisaron al otro lado de una hondonada la aldea de Chyzne. Se extendía a lo largo del borde de un barranco. A mano izquierda, la cumbre del Babia Góra estaba envuelta en humo. Según Wallmoden, se estaba disparando con cañones largos. De hecho, unos aviones la enmascaraban con niebla. Echaba humo como un volcán de varias fumarolas. Reinaba ya una claridad absoluta. Wallmoden vio unas granadas impactar en Chyzne; una casa empezó a arder. El regimiento avanzó por una amplia dehesa. El sol irrumpió entre las nubes. La hierba adoptó un color verde esmeralda. Las llamas que salían de la casa incendiada lamían el aire con lenguas entre rojas y doradas. Ante el pueblo, unos patos iban y venían por la hierba parpando suavemente. Una vez en Chyzne, se detuvieron un rato. Luego continuaron rumbo a Piekielnik. La carretera quedaba a la izquierda. Se llenó de vehículos, que comenzaron a sumarse al grupo. Continuos zumbidos y traqueteos llenaban el aire. Flotaban velos de polvo. Al cabo de un tiempo, sin embargo, se percataron de que la columna se había cortado. El puente situado ante la aduana había volado por los aires después de que lo cruzara una parte de los vehículos. El resto llegó más tarde, cuando los zapadores lo habían reparado. Más adelante, a la izquierda, la localidad de Jabionka comenzó a arder. El humo flotaba como la niebla. Se oían también disparos de armas cortas. Algunos polacos, dijeron más tarde, se habían defendido allí. El sol desapareció y poco después empezó a llover. Era una llovizna, un calabobos. Se acercaron a un bosque por campos que, una vez más, se distinguían por la espantosa característica de tener el lomo abombado. La avena no estaba exuberante; tampoco aquí habían cosechado aún. Una liebre salió de estampida. Ante el bosque volvió a aparecer la ciénaga, y tanto esta como el suelo del bosque estaban cubiertos de brezo. Resultaba difícil avanzar trasladando, además, una carga. El aire era húmedo y pegajoso. Si sigue lloviendo, pensó Wallmoden, los vehículos no podrán progresar. Eso se sabía de antes. El suelo podía llegar a perder el fondo. Después de dos horas alcanzaron una colina. Desde allí se divisaban las casas de Piekielnik. No obstante, se hallaban a gran distancia. Se tardará mucho en peinar toda Polonia con estas formaciones dispersas, pensó Wallmoden. Sin embargo, había dejado de llover. Volvió a salir el sol. Y, salvo de noche, el sol no desapareció del cielo hasta que concluyó la campaña de Polonia. Debían de ser las once más o menos. Hacía calor. Bajaron de la colina. Primero atravesaron, una vez más, una zona pantanosa y después de nuevo los lomos abombados de los campos. El paisaje era interminable. Los Tatras fulgían a mano derecha, habiendo quedado un poco atrás. Piekielnik seguía lejos sobre la ladera de una colina. Cuando finalmente llegaron, eran ya las dos. Los vehículos propios llevaban un buen rato en la localidad. Wallmoden durmió alrededor de dos horas en una casa de campesinos. Había mandado poner cortinas en las ventanas. Así no lo estorbaban las moscas. A las cuatro se levantó y se afeitó. Los vehículos seguían atravesando el pueblo, el polvo se extendía desde la carretera, los prados parecían espolvoreados con harina. Hacia las seis, el regimiento continuó la marcha montado en automóviles. Se dirigieron al este y luego hacia el noreste. El polvo se levantaba en forma de nubes neblinosas. Atravesaron varias aldeas fantasmalmente envueltas en nubarrones de polvo. Con las últimas luces del crepúsculo llegaron a un puente

que había sido dinamitado. Después de dar primero media vuelta y de ir y venir un rato por la carretera, se dio la orden a los zapadores de que repararan el puente. Mientras la tropa se cobijaba a un costado en campo abierto, los zapadores se dirigieron hacia adelante. Pernoctaron al raso. El paso por el puente se restableció a las tres y media de la madrugada, y entonces continuaron el camino. Llegaron a una zona ondulada, que poco a poco se convirtió en montañosa. Al amanecer, el regimiento se reunió en diversas aldeas no lejos de NowyTarg. Los pueblos eran muy peculiares. Las casas, construidas con una madera oscura, casi negra, y con tejados de caña, recordaban a los pabellones de caza del norte, pero estaban casi pegadas la una a la otra. Se levantaban sobre las colinas y entre ellas serpenteaban caminos estrechos y arenosos sobre los que asomaban las ramas de frondosos fresnos y arces. Wallmoden estaba a punto de comprar cigarrillos, pues decían que podían conseguirse en algún sitio, cuando se reemprendió la marcha. Los caminos iban cuesta arriba y cuesta abajo, el enemigo no se veía por ninguna parte. Bien es cierto que llegaron a una posición recién instalada, con una alambrada delante, pero la posición estaba abandonada y parecía que ni siquiera habían llegado a ocuparla. A las nueve se detuvieron en un valle angosto, similar a un desfiladero, cerca de Sieniawa. Estaba junto a la línea del ferrocarril. Los trenes, lógicamente, ya no circulaban. Los carros de combate avanzaron traqueteando, se produjeron algunos disparos, no se sabía aún ni de quién ni contra quién. Los escuadrones se apearon y peinaron el terreno en las mismas formaciones dispersas que el día anterior. Esta vez, sin embargo, atravesaron un bosque espeso y sumamente empinado. Apenas eran capaces de transportar las cargas cuesta arriba. Una vez en la cumbre —era el monte Jamne—, oyeron fragor de combate. La división se había topado con resistencia. Al otro lado todo el valle bullía de fuego. El fuego, sin embargo, era mucho más moderado de lo que Wallmoden estaba acostumbrado. Las ametralladoras se expresaban de forma parca y con escasa frecuencia; cuando hablaban, las polacas lo hacían con lentitud y las propias con prisa. De vez en cuando se veían granadas impactando en las fortificaciones enemigas que se extendían por las elevaciones del otro lado, formando una única y prolongada línea. Un humo blanquecino flotaba en el aire. Algunas casas ardían. Después de que los escuadrones se empujaran mutuamente durante un rato entre bosques, prados y desmontes y buscaran emplazamientos para atacar, llegaron a un linde desde el que se podía divisar claramente la posición polaca allende el valle. Se demostró que estaba camuflada con torpeza y tenía ante sí una única hilera de alambre, como si fuese una cerca para el ganado. Los polacos iban y venían por su trinchera. Se les veía medio cuerpo. Tras la posición había una iglesia de madera escondida entre árboles. El monte se llamaba Rozowka. La distancia hasta allí debía de ser de unos mil quinientos pasos. Una de las ametralladoras propias disparó hacia el otro lado. Los polacos desaparecieron en las trincheras. Una ametralladora polaca respondió. La ráfaga impactó a unos diez pasos de Wallmoden. Vio que, desde el lugar en que había dado, un objeto centelleante volaba hacia él. Lo percibió con absoluta nitidez, brillaba como un chorro de mercurio. Y lo alcanzó, a través del guante, en la mano derecha. Lo sintió como un bastonazo, y por un momento se le nubló la vista. Se quitó el guante, la herida sangraba abundantemente. No le habían herido durante toda la guerra anterior y ahora llevaba minuto y medio de combate y una bala lo había alcanzado. Rodó por el suelo desde el linde del bosque, algunos hombres se juntaron a su alrededor y lo vendaron. Podía mover los dedos; parecía que el disparo no le había atravesado la mano. Le enjugaron la sangre. Rosthorn también se presentó. Qui fortiter emungit elicit sanguinem, dijo. Wallmoden yacía boca arriba, le habían quitado el casco, contemplaba las copas de los árboles que se mecían suavemente ante el cielo azul. Mientras tanto, seguían disparando contra la posición polaca; las ráfagas de las ametralladoras levantaban polvo al otro lado. Un lanzagranadas pesado había tomado posición tras el escuadrón, y sus proyectiles comenzaron a impactar en la zona de la trinchera enemiga. Los polacos ya no respondieron al fuego. Al cabo de unos momentos, la primera oleada del escuadrón avanzó. Wallmoden se levantó y, tambaleándose ligeramente, siguió a la segunda. Ahora el fuego polaco empezaría a descargar con intensidad, pensó. Sin embargo, no ocurrió nada. La primera oleada alcanzó la trinchera, lanzó dos o tres granadas a uno de los refugios donde se guarecían algunos hombres y los hizo prisioneros. Salieron completamente trastornados. Los demás se habían marchado hacía un buen rato. Wallmoden pasó la noche en su vehículo; los dolores y la fiebre le impidieron conciliar el sueño. La luna brillaba y algunos perros aullaban. De vez en cuando se producían disparos en los bosques. Las aldeas ardían en la lejanía. Wallmoden tenía sed y mandó a buscar agua, pero le informaron de que no se podía beber porque las fuentes probablemente estaban envenenadas. A la mañana siguiente se sumaron los vehículos de los escuadrones; pasaron por el lugar en el que se había realizado el ataque. Hacía mucho calor, el polvo flotaba en el aire en forma de altos nubarrones semejantes a los de tormenta; se enfilaba hacia lo alto y se esparcía sobre los campos. Hacia el mediodía llegaron a Rabka, un balneario abandonado por la población en el que reinaba un caos absoluto. En las calles solo vagaban perros y mendigos. Entre estos abundaban los mutilados. Saltaban como ranas sobre el suelo. Las puertas vomitaban trastos de todo tipo. Las tuberías de agua y la electricidad ya no funcionaban. Las instalaciones, alcanzadas por los aviones, estaban destruidas. Ya entonces, no había ni agua corriente ni luz en toda Polonia. La artillería disparó durante todo el día. Lanzaba sus proyectiles hacia el noreste. Al atardecer se reemprendió la marcha rumbo a Lubia. Los civiles que habían disparado contra las tropas en su avance eran llevados al encuentro de la columna. Iban a ser ejecutados. La mayoría se había enroscado un rosario alrededor de la mano y rezaba. Wallmoden se preguntó cómo se comportaría Dios con ellos en esos instantes. Con toda probabilidad, seguiría indemostrable como siempre. Prosiguieron a pesar de los continuos parones, avanzando en ocasiones solo unos metros y luego, de nuevo, largos trechos. Otro regimiento se hallaba a la cabeza. La artillería se adelantó. Se hizo de noche, el valle

entero ardía. A la luz de los incendios podían leerse los carteles polacos que llamaban a filas y que estaban pegados a los muros por doquier. Era evidente que Polonia no se había movilizado aún... La columna permanecía a veces un buen rato en los pueblos que ardían. Reinaba entonces un silencio absoluto, solo interrumpido por el chisporroteo del fuego. El vehículo de Wallmoden se detuvo ante una casa rodeada por un muro; su puerta había sido forzada; las ventanas también estaban abiertas, los batientes se mecían al viento nocturno que avivaba los incendios. Wallmoden pensó que se trataba de una escuela. Sin embargo, al apearse del coche y entrar, se dio cuenta de que debía de tratarse de un edificio administrativo. Las puertas estaban abiertas; los cuartos que atravesó eran oficinas, pero al final alcanzó una habitación que parecía la vivienda de un funcionario. Reinaba un enorme desorden, un mueble alto había caído. Era una biblioteca, los libros yacían en el suelo. Wallmoden recogió uno. Estaba, como la mayoría, encuadernado en piel de color rojo y llevaba estampada la flor de lis, ese peculiar símbolo que procede del tridente de un dios marino. Wallmoden se sorprendió; se podía suponer que se trataba de parte de la biblioteca de una finca, tal vez incluso de los restos de la célebre biblioteca que la esposa del rey Estanislao Lesczynski trajera en su día de Francia. Ya no se podía saber cómo habían ido a parar allí los libros. Wallmoden tenía en la mano una obra italiana que abrió en una «Canción veneciana»; él, el insomne, la leyó a la luz del fuego que se proyectaba a través de la ventana: Duerme; las olas golpean la orilla de la Riva degli Schiavoni, y la cúpula de Santa Maria della Salute y la luna llena se alzan sobre la ciudad como dos pompas de jabón, una de las cuales todavía se está formando encima de la iglesia, mientras que la otra ha volado ya hacia el cielo. Duerme; la noche es de un azul pastel; los palacios son de plata. Duerme; en sus góndolas, negras como la barca de Caronte, los amantes se dirigen hacia la laguna. Vestidas con telas argénteas y rojas como las rosas, las mujeres permanecen sentadas en las oscuras embarcaciones. La combinación de los colores es tan audaz que solo puede ser fruto de un pueblo tan osado como el veneciano. El cuello y las mejillas de las bellas están velados como en las monjas, y llevan tocados triangulares sobre la cabeza. Duerme; no te preocupes. Es la noche de los cumplimientos. El mar y la ciudad, la luna y las estrellas siguen allí como han estado siempre y estarán también en el futuro, pues nunca florece el mundo tanto como en el sueño. Nadie que permanezca en vela cambia el mundo. Duerme; en tu cómoda de madera dorada se hallan las delicadas bagatelas con que solías adornarte: cintas de seda, abanicos de encaje negro y marfil calado y pintado; y un frasco alargado de aceite de rosas en una vaina de plata. Duerme; eres más bella que tus joyas. Tu ropa ha resbalado de la silla dispuesta junto a tu cama. La luz de la vela juguetea sobre ti, con un humo color miel. Tu denso cabello es como ámbar hilado. Tu boca es como una joven flor. Tu piel parece nacarada y bajo tus párpados flotan las estrellas. Duerme; la luna no ha avanzado ni la distancia de una constelación desde que eras una doncella. Desde que te has convertido en mujer, las estrellas que se alzaban sobre las salas de Palladio no han desaparecido aún tras las cúpulas de San Marco. Sin embargo, solo desde entonces es mundo el mundo.

Capítulo 12

El 5 de septiembre al atardecer, el regimiento llegó a Nowy Sacz. Allí encontraron ya infantería propia que había llegado desde el sur, procedente de los Cárpatos, y había entablado combate con los polacos que defendían la localidad. El regimiento se instaló detrás de la infantería. Los escuadrones se guarnecieron a la derecha y a la izquierda de la carretera. Se había hecho de noche y el rancho se repartió en la oscuridad. Los hombres se apiñaban como sombras en torno a la cocina de campaña. Wallmoden, sentado en los escalones de la entrada de una casa, tomó su cena en un plato de estaño, y le costó bastante debido a la herida en la mano; también bebió algo del vaso de su cantimplora, una extraña mezcla de té, café y cacao preparada por el cocinero. Como las fuentes se consideraban envenenadas, se utilizaban una y otra vez los restos de líquido del caldero. En estas cenas que se tomaban en las tinieblas, lo normal era derramarse la comida y la bebida sobre el uniforme, que al día siguiente aparecía lleno de manchas. De pronto, Wallmoden creyó reconocer al subteniente Rex en alguien que pasaba a tientas por la oscuridad. Llamó a aquella figura. Era, en efecto, Rex, que se acercó. Se saludaron. —¿Y? —preguntó Wallmoden. —¿Y? —respondió Rex. —¿Otra vez aquí? —preguntó Wallmoden. —Otra vez aquí. —¿Desde cuándo? —inquirió Wallmoden. —Desde hace una hora más o menos. Me he enterado de que está usted herido, ¿es así? Parecía una sombra ante Wallmoden y, situado delante y por encima de él, hablaba como si se dirigiera a ciegas a la oscuridad, por así decirlo. —¿Ha tenido un viaje agradable? —preguntó Wallmoden. —Sí —respondió Rex—. Bastante agradable. —¿Y qué tal en Viena? —En Viena —contestó Rex— fue bastante llevadero. Pero allí han oscurecido la ciudad igual que aquí, ¿sabe? Y luego estuve también donde usted me indicó que fuera... —Vaya —dijo Wallmoden—, en casa de... ¿En la Salesianergasse? ¿Tuvo usted tiempo para eso? —Por supuesto. Y le transmití sus saludos. —¿De verdad? —inquirió Wallmoden. —Pues sí, y recibí el encargo de devolverle a usted los saludos más cordiales. Mientras, encendió un cigarrillo, y la llama le iluminó la cara. —Gracias —dijo Wallmoden—. ¿Y entonces qué? Rex no respondió en el acto, sino que se inclinó hacia adelante en la oscuridad, buscando el sitio donde estaba sentado Wallmoden. Era la entrada de una de las casas del lugar. Los dueños permanecían en el interior y no se atrevían a salir, aunque los disparos habían cesado por la noche. Wallmoden se apartó un poco. —Tome usted asiento —invitó a Rex—. ¿Y qué dijo ella, pues..., la baronesa? Rex se sentó junto a Wallmoden en los escalones. —Primero llamé por teléfono... —dijo. —¿Adónde llamó? —preguntó Wallmoden asombrado. —A casa de la señora von Pistohlkors. —¿Llamó usted por teléfono? —Sí. —¿Y cómo sabía usted el número? —

¿El número de teléfono? —Claro. —Ah, sí —dijo Rex—. Me lo dieron. —¿Quién se lo dio? A mí no me lo dio nadie. —Vamos a ver, era —explicó Rex— aquella mujer..., he olvidado cómo se llama... Ella me lo dio. —¿Qué mujer? —La mujer en cuya casa vivía. Es que la cosa fue así: primero no llamé por teléfono, sino que fui directamente. Pero la baronesa no se encontraba, y la mujer me dijo que telefoneara, que entonces quizá sí estaría en casa, la baronesa..., y en ese momento me dio el número. Después telefoneé, la baronesa estaba, y luego me acerqué. Era la segunda vez que iba. —¿Y qué aspecto tenía? —preguntó Wallmoden. —Muy bueno —respondió Rex. —No —dijo Wallmoden—. Yo me refiero a la mujer. La otra. —Ah, ¡la otra! Pues era más o menos así... Y se la describió. Wallmoden, sin embargo, no recordaba su aspecto con exactitud. Aun así, solo podía tratarse de aquella persona. —¿Y el número de teléfono? —preguntó Wallmoden. —¿Cómo dice? —¿Qué número era? —Espere —dijo Rex—, no sé dónde lo apunté. Y empezó a hurgar en sus bolsillos. Extrajo diversos papeles, que alumbró con su linterna, y al final hasta Wallmoden acabó recurriendo a su linterna, pero no pudieron encontrar el número. —Nada, da igual —concluyó Wallmoden—. Mejor será que me cuente lo que le dijo. —¿La señora von Pistohlkors? —Sí. —Pues preguntó primero cómo se encontraba usted y le respondí que se encontraba bien. —¿No mencionó por qué no contestó a mis telegramas: —¿Qué telegramas? —Los que le envié. —Pensé que la había llamado por teléfono. ——No. No sabía su número. Pero le telegrafié en dos ocasiones. ¿No recibió ella los telegramas? Quizá ni siquiera sabía que nos habíamos puesto en marcha. —No se refirió a ello —dijo—. Nos pusimos a hablar de otras cosas. Eso sí, le dije que usted preveía volver pronto... Pero por entonces todo el mundo estaba convencido de que la guerra tenía que llegar... —¿Ah sí? —dijo Wallmoden—. ¿Cuándo fue eso? —A final de mes —respondió Rex—. El día treinta, si no me equivoco. —¿Cómo es que el día treinta se preveía ya la guerra? Aquí no la preveía nadie en ese momento. —Pues sí —dijo Rex—. Pero ahora ha llegado finalmente— —Ni siquiera de eso estoy del todo convencido... —sentenció Wallmoden. —¿En qué sentido lo dice? —Creo que también puede acabar en cualquier momento. —¿La guerra? —Sí. —¿Le parece? —Sin duda. Los polacos llevan días limitándose a correr delante de nosotros. Dicen que las comunicaciones están interrumpidas en todo el país, la electricidad y el agua no funcionan, los aviones lo han bombardeado todo... Vamos, que es una situación catastrófica. ¿Cuánto más puede durar esto? —No lo sé —contestó Rex—. Ahora bien, seguro que más de lo que usted cree. Y en todo caso, más allá del 16 de septiembre, la verdadera resistencia aún puede empezar. Por supuesto, le dije a la baronesa que usted le rogaba que lo esperase el día 16; pero yo en su lugar no estaría tan seguro de poder cumplir con esa cita. Porque supongamos incluso que para entonces se produce un alto al fuego: no imaginará usted que lo dejarán volver enseguida a casa... —¿Y ella, en concreto, qué dijo cuando usted le explicó eso? —preguntó Wallmoden al cabo de unos momentos. —¿Cuándo le expliqué qué? —Que yo le rogaba que contara con mi presencia ese día. —Dijo que estaba dispuesta a esperarlo. —¿Eso dijo? —Sí. —O sea, no le dio a entender que, en su opinión, no me sería posible acudir. —No. Aunque no puede descartarse que ella compartiera esa opinión. —¿Por qué? ¿Dijo algo al respecto? —No lo dijo, pero tal vez lo pensara. A lo mejor se limitó a pensar que no había de ser precisamente el 16 de septiembre el día en que usted regresara... A lo mejor supuso que podía ocurrir incluso en octubre o también más tarde. —¿Tuvo usted esa impresión? —Sí —dijo Rex—. Sea como fuere, ella lo espera a la hora azul. —¿A la... qué? —preguntó Wallmoden sorprendido. —A la hora azul. ¿No se dice así? —¿Usó ella esas palabras? Rex se mostró inseguro: —Ya no me acuerdo. Le dije que usted quería ir a verla esa tarde y ella respondió que sí. Ya no recuerdo qué palabras utilizó puede que ahora solo esté imaginando eso de la hora azul. En cualquier caso, dijo que estaría. Por lo visto, Rex había leído la expresión en algún sitio. Wallmoden permaneció unos instantes en silencio, y como el otro tampoco dijo nada, le preguntó: —¿Y qué le pareció? —Guapa —contestó Rex. —¿Cómo iba vestida? —Muy bien. Me da la impresión de que lo ha olvidado, pensó Wallmoden. Vio la cabeza de Cuba perfilarse contra la luz rosada de la lámpara detrás del biombo. —¿Le ofreció a usted una taza de té? —preguntó. —¿Té? No... Creo que fue una copa de aguardiente. —¿Una copa de aguardiente? —Sí. O incluso dos. —No me resulta usted un buen narrador —observó Wallmoden al cabo de un momento—. De todos modos, le agradezco que se tomara la molestia y fuese a verla. —Por favor, no hay de qué —dijo Rex—. Lo hice encantado. —Y ya se verá cuándo podré regresar realmente —sentenció Wallmoden. —Así es —corroboró Rex—. Además, a lo mejor lo envían de vuelta antes, por su herida, ¿no le parece? —dijo, y se incorporó. —Pues sí, es posible —contestó Wallmoden. —Confiemos en ello —concluyó Rex y le dio la mano, la izquierda. Luego se fue a ver qué tal estaba su sección. A la mañana siguiente, los polacos se habían marchado de Nowy Sacz. Dejaron algunos muertos, cuyos semblantes presentaban el mismo color amarillo verdoso de sus uniformes, y gran cantidad de sifones extrañamente craquelados que marcaban su paso por doquier. El regimiento cruzó el Dunajec. Dejó atrás la infantería y prosiguió su avance rumbo a Tarnów. La primera unidad iba a la cabeza. Hacia el mediodía se toparon con la primera resistencia seria de los polacos. Ocurrió cerca de Wroblowice. Poco antes habían pasado por Zakliczyn, una localidad más o menos grande que había quedado desierta. Parecía peculiarmente enrejada: en los cristales de las ventanas habían pegado en diagonal unas tiras de papel que formaban una cruz, para protegerlos contra la presión atmosférica generada por los bombardeos aéreos. En Wroblowice, la columna se detuvo de pronto, pues se oyeron disparos aislados. Los escuadrones se apearon de los vehículos y se desplegaron para atacar. El ataque se dirigió contra una cadena montañosa, el Val o Wal, que cerraba el valle. Como se descubriría más tarde, el Wal estaba ocupado por todo un regimiento de infantería polaco, que se había atrincherado. Ya en 1915 se habían producido allí combates contra los rusos, que defendían la cadena. En aquel entonces atacó toda una división de infantería, y las refriegas no duraron

semanas, pero sí varios días. Ese 6 de septiembre, en cambio, el asalto se iba a decidir en veinticuatro horas. Al comienzo del combate ya se vio que algunos grupos de polacos abandonaban sus posiciones y se retiraban cruzando las cimas de las colinas. Por lo visto, no aguantaron el fuego de la artillería, y eso que esta ni siquiera había llegado a desplegar todo su potencial. Por ejemplo, no fue posible disparar a tiempo contra quienes huían. El escuadrón de Wallmoden, que se encontraba a la cabeza, atacó primero en solitario, pero al cabo de aproximadamente dos horas no pudo seguir avanzando. Ocurrió entre campos y granjas aisladas, en el linde del bosque que tapaba la mitad derecha del Wal. El escuadrón se ocultó en casas y graneros y disparó hacia el bosque, y los polacos respondieron con un montón de ametralladoras fijas desde una distancia de no más de cien pasos. Se produjeron algunas bajas; los proyectiles polacos dejaban como coladores los muros de casas y establos, y de uno de estos salió corriendo un cerdo que había sido alcanzado en el vientre. Le colgaban las tripas, pero no gritaba. Se quedó aturdido en el patio de la granja, gruñendo, hasta que Wallmoden dio la orden de sacrificarlo. Acto seguido, la sección de Wallmoden, que en gran parte se hallaba en un granero, de pronto recibió fuego de ametralladoras desde muy cerca; no debían de ser más de cincuenta pasos, los disparos zumbaban de la manera más repulsiva y las astillas del granero volaban por todas partes. A los polacos, sin embargo, no se los veía; estaban perfectamente escondidos. Desde luego, uno no habría comprendido que no dispararan si no hubiera sabido que normalmente permanecían agazapados en sus agujeros, encogían la cabeza entre los hombros, y solo luchaban cuando aparecía alguno de sus oficiales —excelentes soldados, en general—, para luego volver a encoger la cabeza de inmediato. De manera similar, aunque con más razón, se comportaban también los campesinos. Se ocultaban bajo los graneros; había allí un espacio entre la tierra y la edificación, que se alzaba sobre unos pilotes de piedra, allí se quedaban boca abajo y se hacían los muertos, incluso cuando alguien intentaba sacarlos con la culata. Al parecer, temían ser ahorcados por espionaje. Cuando el ataque se atascó, Wallmoden regresó a campo traviesa; todo el Wal cobró entonces vida, una gran cantidad de ametralladoras (probablemente unas sesenta, el número asignado a un regimiento polaco según las normas) comenzó a disparar, el aire trinaba por los proyectiles. Para colmo, Wallmoden a punto estuvo de ir a parar a las ráfagas de los carros de combate propios que, a cubierto entre arbustos, descargaban contra el Wal. Era un día extraordinariamente caluroso y correr por los campos no suponía ningún placer. Además, no podía moverse con la libertad deseada debido a su herida. Al final, no obstante, alcanzó la carretera y avanzó, siguiendo los vehículos parados, hasta llegar al puesto de mando del comandante de la unidad, donde dio parte de lo ocurrido. La plana mayor estaba en la cuneta, dando órdenes a la artillería en ese preciso momento. Dos escuadrones, un tanto rezagados, permanecían en reserva. Los polacos poseían dos cañones, que provocaban bastante daño. Por su parte, la artillería propia castigaba todo el Wal con sus granadas. La tierra se estremecía una y otra vez y el polvo formaba altas nubes. Se veía a los polacos huir aún por las cimas de las colinas, pero otros oponían resistencia al fuego de artillería, y sobre todo barrían con su fuego el puesto de mando desde nidos de ametralladoras aislados, e incluso lograron flanquear la cuneta. Era horrible. Debían de ser las tres de la tarde. La artillería buscó los nidos hasta las cinco, pero no los encontró, lógicamente, pues habría necesitado días para ello. Los polacos, con sus dos cañones, destruyeron algún que otro vehículo, y un suboficial de los cañones antitanque cayó muerto por una granada. En el crepúsculo vespertino, cuando todo estaba envuelto en polvo y en una bruma violeta, los carros de combate emprendieron un ataque que parecía pintoresco y sirvió para hundir el ala izquierda polaca, cerca de la casa señorial de Lubienka. Al mismo tiempo, la artillería disparaba todo lo que podía. El Wal escupía nubes de polvo y humo. Sin embargo, los tanques no consiguieron alcanzar la posición principal de los polacos, por causa de las profundas zanjas. A su vez, los dos escuadrones que habían permanecido en reserva avanzaron hacia los montes, pero al cabo de quinientos pasos se quedaron atascados en los campos de patatas debido al potente fuego de las ametralladoras. Pronto se hizo de noche. Los polacos se retiraron en la oscuridad. Los escuadrones alcanzaron las cimas hacia la medianoche. Por la mañana, los polacos habían desaparecido. Y habían dejado los cañones. Se llegó a Tarnów al día siguiente al anochecer. El séptimo escuadrón pernoctó en la zona de la estación. Esta había sido bombardeada por los aviones, quedando muy dañada; había edificios reventados aquí y allá, y los raíles estaban inutilizados. Una locomotora que había estallado escupía acres vapores que parecían humo de salitre. En los raíles esperaban largas hileras de convoyes encajados los unos en los otros, los cristales de las ventanillas habían volado de sus marcos. El caos reinaba por doquier, y algunos muertos yacían en el suelo. El escuadrón se abasteció de bebidas, cigarrillos y bombones gracias a las reservas del restaurante de la estación. Dado el gran esfuerzo realizado, probablemente los hombres sentían verdadera ansia de cosas dulces. A pesar de que no paraban de comer, empezaron a adelgazar a causa del continuo movimiento en medio del calor y de las escasas horas de sueño; las cañas de las botas les quedaban anchas. Por la mañana, Wallmoden inspeccionó los andenes en compañía de otros oficiales. —Desde aquí —dijo de repente, al tiempo que se detenía en un punto determinado—, desde aquí partí por primera vez hacia el campo de batalla. Permanecimos varios meses acuartelados en la ciudad. Aquí fue donde nos subimos al tren, en este punto. Yo tenía entonces dieciocho años o un poco más. Éramos cuatro y teníamos, además, un vagón con nuestros caballos. Todavía recuerdo exactamente los nombres de quienes nos despidieron. Me acuerdo de sus rostros. Y también de casi todas las palabras que dijeron. Tengo la impresión de que ocurrió ayer. En realidad, no fue hace tanto tiempo. Hace veintitrés años más o menos.

Capítulo 13

Una migración enorme, de millones de personas, se arrastraba por Polonia. Se dirigía del oeste hacia el este. Estaba formada por ejércitos, perseguidos y perseguidores, por tropas en plena huida con la impedimenta, por tropas de apoyo que los seguían con sus bagajes, por trenes que escapaban hasta toparse con agujas o puentes destruidos por los bombardeos aéreos —miles de vagones permanecían inmóviles en las vías—, por carros cuyos animales de tiro se morían de hambre, por los innumerables vehículos de las columnas que iban traqueteando atrás, por carros de combate, por jinetes, por caminantes uniformados y otros de paisano, que llevaban semanas andando y se alejaban cada vez más de los depósitos adonde habían ido a parar hacía tiempo los uniformes y el equipamiento que deberían haber recibido, ahora en manos de quienes los perseguían; por los disueltos regimientos de los polacos, por desertores y merodeadores, por hombres a los que les dolían los pies por las botas y por otros que las habían tirado y seguían corriendo descalzos, con las plantas llagadas, por vencidos, heridos y enfermos, por habitantes urbanos y por habitantes rurales, impulsados y arrastrados cada vez más hacia el este por los ejércitos que huían, todos trasnochados, sucios, hambrientos, insomnes, tanto los perseguidores como los perseguidos. Pronto no circuló ya ningún tren en todo el país, ningún caballo recibió alimento, ninguna vaca fue ordeñada, el ganado deambulaba gritando en torno a las granjas que escupían humo. No existía ya ninguna conexión, las divisiones del enemigo habían perdido todo contacto con sus ejércitos, y los regimientos con sus divisiones. Al final, solo grupos aislados ofrecían resistencia. Sin embargo, una y otra vez eran derrotados y obligados a huir, caían prisioneros, se pasaban al bando contrario, o perdían a los hombres que desertaban, a docenas, a cientos, a miles. Ambos lados de la carretera estaban enteramente cuajados de armas y municiones abandonadas, de cañones y automóviles volcados. Caballos muertos con los vientres hinchados apestaban el aire; en la zona de Rzeszów se encontró incluso un elefante muerto en una cuneta. No quedaba ni una sola ventana intacta, ni un solo hombre afeitado, ni una sola mujer peinada, al ganado se le fracturaban las patas en la huida como si tuviesen huesos de mantequilla, las aldeas se incendiaban y parecía que lo hicieran por sí solas, no había comida, ni cigarrillos, ni bebidas. Ni siquiera se encontraban sifones craquelados en ninguna parte. Los edificios o estaban vacíos o atestados de refugiados, ningún regimiento recibía ya la manutención, los prisioneros declaraban haber vivido durante días de lo que mendigaban a los campesinos. Tampoco estos poseían ya nada. Todas las cunetas estaban llenas de porquería, todo el país parecía haber pasado a un estado de putrefacción en vida, de cien soldados no había diez siquiera que continuaran en sus puestos; era el mayor descalabro o, cuando menos, el más repentino de todos los tiempos. Y ese caos era contemplado, en las calles y plazas de las ciudades, con mirada rígida por los monumentos dedicados a políticos y artistas del pasado. Todos habían abandonado sus casas y viviendas, el pueblo entero, millones de personas, se arrastraba hacia el este, sin equipaje, sin los alimentos más necesarios, obedeciendo a inciertas órdenes o esperanzas. Así ocurrió hasta mediados de septiembre. Luego, toda la huida se desplazó hacia el oeste, ya que entretanto los rusos también habían entrado en la guerra. Todo fluyó de vuelta, se detuvo y se quedó comprimido más o menos entre los ríos Bug y San. Allí, los polacos realizaron actos de auténtica valentía. Hubo quienes se defendieron hasta el último momento, sobre todo oficiales. Sin embargo, no sabían que hacía tiempo que estaban perdidos. Llevaban semanas sin noticia alguna y creían que, más al norte, sus ejércitos habían llegado ya a Berlín. No intuían nada del avance de los rusos, no sabían nada de nada. Creían haber vencido en todos los frentes, y dos horas más tarde caían prisioneros. Algunos prefirieron la muerte al cautiverio, y centenares de oficiales que toparon con el enemigo también en el este se suicidaron. La catástrofe se produjo bajo un calor sofocante. Hubo días calurosos como los de julio o incluso más, parecía que el sol hubiese estallado como un volcán y devorara la tierra con su fuego. No cayó ni una gota de aquella lluvia en la que tanto confiaban los polacos y que habría desfondado el suelo, de manera que las columnas motorizadas se habrían hundido. En cambio, no quedaba más que polvo: amarillento en los caminos y entre blanco y azulado en las carreteras y de un olor o de un hedor dulzón, sobre todo por las noches. Uno se hundía en él hasta los tobillos o incluso hasta las rodillas. Después de cruzar el San —o, en realidad, al acercarse a él—, el polvo se volvió ya monstruoso. Había regiones, por ejemplo rumbo a Volinia, donde aparecía un mar de polvo que semejaba un líquido entre colinas pedregosas que se iban blanqueando al sol como un montón de esqueletos. Y donde la piedra era de color violeta, daba la impresión de que encima se iban pudriendo los tendones. El polvo lo cubría todo, se posaba en gruesas capas sobre los rostros y los uniformes como si los rociara, penetraba en minúsculas partículas por doquier como transportado por capilares, se introducía en los relojes, en los cerrojos de las armas de fuego y en los carburadores de los vehículos, de manera que había que limpiar los filtros de aire cada dos horas más o menos. La tropa llevaba las armas envueltas en trapos y se había atado paños a la cara, los ojos se inflamaban, todos yacían como cadáveres bajo la capa de polvo. Este se acumulaba en los automóviles cual si las olas del mar lo hubieran dejado allí como la arena. Se alzaba en gigantescas nubes, se levantaba como torres, se fraguaba como una tempestad. Todo el país yacía bajo los velos en los que se disolvía y de los que iba cayendo una especie de llovizna. No se podía comer nada sin que crujiera entre los dientes, no se podía tocar nada sin introducir la mano en el polvo, era como si se tratase de advertir a los hombres que ellos mismos eran solo polvo, nada más que polvo. El día 14, el regimiento alcanzó Hrubieszów; el 15, a primera hora de la mañana, la segunda unidad avanzó hacia el Bug. La carretera estaba pavimentada. Un velo de niebla tapaba el sol. En el camino hicieron un prisionero. Era un soldado bajito y muy, muy joven, al que encontraron en un avión. Este se había quedado sin alas. Estaba en la cuneta como una libélula a la que se las hubieran arrancado. Sin embargo, no las había tenido nunca. Era un avión completamente nuevo que no

había llegado siquiera a utilizarse. El soldadito, contrariamente a la mayoría de los polacos, no se mostró feliz por haber escapado al peligro y haber caído prisionero. Es más, cuando se dio cuenta de que se reanudaba la marcha, manifestó cierto miedo e inquietud. Lloraba y farfullaba palabras incomprensibles. Ese comportamiento debería haber dado pie a sospechar algo. Iban, como era habitual, sin carros blindados de reconocimiento y sin tanques, ya que el avance se volvía cada vez más rápido y ya no se preveía una resistencia importante. Los escuadrones sexto, octavo y quinto iban casi pegados al séptimo, que se movía a la cabeza. Al cabo de un rato vieron la aldea de Ustilug sobre una colina a la orilla del Bug. Era un pueblo bastante grande. Justo antes, la carretera doblaba en ángulo recto a la derecha y se dirigía luego hacia la localidad pasando por un largo puente de madera. El séptimo escuadrón se acercaba ya al puente cuando se detuvo de golpe. Creyeron ver soldados polacos en Ustilug. Acto seguido se oyó el chisporroteo de armas de fuego que disparaban desde toda la aldea. La tropa y los oficiales bajaron de un salto de los vehículos y se refugiaron en la cuneta. El fuego era de enorme intensidad, una aullante lluvia de proyectiles barría la calzada, y también la artillería polaca empezó a intervenir. Aunque se trataba, una vez más, de unos pocos cañones tan solo, destruyeron varios vehículos e hirieron y mataron a unos cuantos. Los disparos de armas cortas tampoco cejaban, tanto menos cuanto que no recibían respuesta. No la recibían porque no se veían objetivos. Los polacos solo encogieron la cabeza cuando se les contestó disparando a bulto. A todo esto, habían pasado quince minutos o incluso media hora, y el séptimo escuadrón tenía que lamentar numerosas bajas. No obstante, cuando se acercó la artillería propia y golpeó Ustlug con sus granadas, los disparos de armas cortas cesaron casi por completo. Como Wallmoden descubriría más tarde, se hallaban ante un regimiento de ulanos que se había apeado. Se decidió atacar el pueblo; concretamente, dos escuadrones habían de pasar por el puente, mientras que el tercero cruzaría el Bug (o Lug, como lo llamaban allí) río arriba en balsas y flanquearía al enemigo. A este ataque se dedicó gran parte del día. Cuando el séptimo escuadrón atravesó el puente, Wallmoden creyó que vería a los hombres y el puente volar por los aires en cualquier momento. Además, supuso que las ametralladoras polacas los alcanzarían. Sin embargo, ni el puente voló ni hubo demasiadas bajas durante el avance. Los polacos habían evacuado esa parte de la ribera, y ya solo disparaban desde más a la izquierda. La decisión debió de producirse por el ataque flanqueante del quinto escuadrón. Este llegó felizmente al otro lado, a pesar de que las balsas de goma recibieron más de un impacto al pasar por el río, y envolvió el ala izquierda de los polacos. Capturó, además, uno de los cañones del enemigo, lo volvió contra este y descargó el resto de la munición. A todo esto, el soldadito polaco al que habían hecho prisionero, escoltado por un tirador y un vigilante, iba llorando por la carretera; ya sabían por qué se había mostrado tan inquieto. El ataque se ejecutó con brío y fortuna. De todas formas, los ulanos resistían aún en la localidad y hasta su artillería disparaba de vez en cuando. Wallmoden, como casi siempre cuando se combatía, permanecía en el puesto de mando de la unidad. Ese día, el puesto se hallaba junto a un grupo de casas no lejos de donde la carretera trazaba la curva. Con el curso de las horas se presentaron allí gran cantidad de hombres: el comandante del regimiento, los jefes de los zapadores, de la artillería y del regimiento hermano con sus ayudantes y planas mayores. Deliberaban, pero el ataque no conseguía avanzar. Además, se oía intenso fuego de cañones en el sur. Procedía de Wladimir-Wolinsk, donde pretendía irrumpir la primera unidad del regimiento, aunque también allí topaban con una fuerte resistencia. Cuando se hizo de noche, una pequeña unidad de los ulanos logró instalar, no se sabía cómo, un cañón de caballería cerca de la curva de la carretera (es decir, todavía en la ribera de este lado) y disparar varios proyectiles contra los vehículos que entretanto se habían resguardado. Por lo visto, los ulanos habían llegado desde algún lugar en el oeste. Sin embargo, no tardaron en desaparecer. Sea como fuere, ya no estaban cuando el regimiento hermano se acercó a la curva para reforzar las líneas del otro lado del río. Ustilug ardía en lo alto, inmensas nubes de humo flamante se desplazaban. A veces se oían disparos de armas cortas desde el interior del pueblo. Todo hervía como en una olla y recordaba un poco al fragor del combate en la Gran Guerra, pero era mucho más débil. La consigna en ambos bandos consistía ahora en disparar tan solo cuando los objetivos fueran visibles. De ahí que las bajas fuesen inferiores, también en ambos bandos. Wallmoden pernoctó con su comandante en la casa junto a la cual se hallaba el puesto de mando. Era de madera y contaba con varias habitaciones. Por la tarde, había visto entrar a dos mujeres (a las que parecía pertenecer la casa), una mujer mayor y una joven, probablemente madre e hija. La joven tenía una cara fea, pero piernas bonitas. Parecía, hasta cierto punto, una mujer de ciudad.

Wallmoden no volvió a verlas. En esos momentos se encontraban en la casa los comandantes y al mismo tiempo impactaron dos granadas muy cerca, lo que pudo acelerar la desaparición de las mujeres; en cualquier caso, a partir de entonces se tornaron invisibles. Wallmoden recorrió las habitaciones de la casa, pero no encontró a nadie. Vaya a saber dónde se habían escondido. Mandó poner una buena cantidad de paja en el vestíbulo, que era muy pequeño, y pernoctó allí con su comandante. En la casa no se movía nada, las mujeres procedían sin hacer el más mínimo ruido, o quizá se habían marchado. Hacia las dos de la madrugada llegó la noticia de que, probablemente, los escuadrones habrían de evacuar Ustilug. En aquel momento la medida no se entendió, puesto que la localidad acababa de ser ocupada con grandes esfuerzos. Sin embargo, no era sino el primer paso para abandonar la franja de tierra entre el Bug y el San. Esa misma noche, los rusos habían comenzado a penetrar en Polonia por el este. Las tropas, empero, aún no lo sabían. Y solo mucho más tarde, en octubre, se volvió a avanzar con cierta holgura hasta el Bug. El comandante, un excelente soldado, procuró

recibir cuanto antes la orden directa para evacuar el pueblo, a fin de que la retirada pudiera realizarse al amparo de la oscuridad. Sin embargo, la orden solo llegaría al amanecer. Tal vez hasta primera hora no estuviesen demasiado seguros de las decisiones de los rusos. Mientras, Wallmoden se puso en marcha para informar a las líneas del movimiento previsto. Recorrió la carretera y cruzó el puente de madera. Lo iluminaban los incendios. Encontró su escuadrón no lejos del puente, sobre la cresta de un montículo alto que dominaba la localidad como un fuerte o un reducto. Los polacos seguían escondidos en el pueblo. Sin embargo, a esa hora reinaba el silencio; la tropa, agotada, se había quedado traspuesta aquí y allá. Wallmoden, que era el mensajero de la noticia, primero se la comunicó a Kaufmann, y luego fue recorriendo las líneas; encontró a Rex tumbado junto a su sección y se echó a su lado. Como la novedad no se entendía, no surtió un efecto agradable. Rex habló de las bajas que habían sufrido. Luego ambos callaron. Los incendios se estaban apagando, ya solo se desplazaba el humo en la oscuridad, en el este apareció un resplandor al cabo de un rato, como si fuese el reflejo de los pies argénteos que la diosa posaba en el borde del mundo. —Esta —dijo Wallmoden señalando el fulgor—, esta es, pues, la mañana del 16 de septiembre. Rex no respondió, y Wallmoden añadió entonces: —Quiero decir: la mañana del día en el que, tal como acordó usted con Cuba Pistohlkors, yo tenía una cita con ella... o una hora azul, como usted dijo. Y llevaba usted razón. No me será posible acudir al encuentro. Estoy lejos, más lejos que nunca, a mil millas o más. Porque este es, si no me equivoco, el punto más oriental que hemos alcanzado hasta ahora. Rex seguía callado, hasta que al final dijo: —Sí, pero si la guerra acabara y usted volviera, tampoco creo que pudiera encontrar en realidad a la señora von Pistohlkors. —¿Por qué no? —preguntó Wallmoden y se lo quedó mirando—. Usted mismo me aseguró que ella me esperaba el día de hoy. —Aun así, no le esperará —dijo Rex. —¿Qué quiere decir? —Que no le dije la verdad —declaró Rex—. No quería decírsela. Pero a la larga no tendría sentido ocultarla. Usted acabaría sabiéndola. Yo no acordé nada con Cuba Pistohlkors, ni un encuentro ni una hora azul ni nada parecido. Nunca la vi y nunca hablé con ella. Cuando llegué, llevaba tiempo muerta.

Capítulo 14

—¿Qué quiere decir? —gritó Wallmoden—. ¡Imposible! —Dígame, ¿no le llamaron la atención algunos detalles en la historia que le conté? —preguntó Rex. —¿Qué debería haberme llamado la atención? —¿Realmente no se dio cuenta de nada? —No —balbuceó Wallmoden—. ¿De qué debería haberme dado cuenta? —Usted habló con el señor von Baumgarten sobre esa mujer, ¿no? —Así es... —Quiero decir —se corrigió Rex—, cuando el señor von Baumgarten me habló del asunto, me dijo que, de hecho, su intención era hablar con usted de algo muy distinto... —¿De algo muy distinto? Rex, que contemplaba el amanecer, se encendió un cigarrillo. —¡Hable! —gritó Wallmoden. —¿No tuvo usted por aquellas fechas —preguntó Rex— trato con un caballero que...? ¿Cómo se llamaba la calle?... —¿Qué caballero? ¿Qué calle? —Usted viajaba entonces a menudo a Viena. ¿Qué calle era aquella en la que usted...? No me refiero a la Salesianergasse... —¿La Stallburggasse? —No, allí vivía otro. —¿La Piaristengasse? —Sí. ¡Vaya nombres que tienen las calles en Viena! ¿No conocía usted a un caballero que vivía en la Piaristengasse? —¿Se refiere usted a un tal Órtel? —Así se llamaba, desde luego. Vieron su coche delante de su casa, ¿no es así? —En efecto. Kaufmann estuvo ese mismo día en Viena y... —No, no estuvo. —¿Cómo que no estuvo? —No estuvo en Viena. —¡Pero si él mismo me lo dijo! —Sin embargo, no estuvo. —¿Entonces? —¿Cómo dice? —¿Quién me vio entonces? —Otra persona. Pero quienquiera que fuese, el señor von Baumgarten se sintió obligado a interpelarlo a usted por ese asunto, por expresarlo de alguna manera... —No, no fue por eso, sino porque tenía algo que objetar contra la señora von Pistohlkors, no sé qué, pero... —Él no sabía nada de ella, nada de nada. —¿De quién no sabía nada? —De la tal Pistohlkors. —¿Cómo que no sabía nada de ella? —Pues que no sabía nada. Ni siquiera conocía su nombre, del que se enteró por usted. —¿Por mí? —Sí. Si usted no hubiera mencionado a esa mujer, él lo habría prevenido de Órtel. Pero como la mencionó, lo interrogó a usted. Supuso cierta conexión, lógicamente. —¿Qué conexión? —Pues alguna —dijo Rex—. Y, en efecto, luego se descubrió que era su esposa. —¿La esposa de quién? —La esposa de ese tal Órtel. —Su... —Así es. Eso sí, estaban divorciados. Pero, como he dicho, el dato solo se conoció después. Al principio había que considerarla sospechosa también a ella... —¿Cómo que sospechosa? —Porque él también lo era. Y por eso habló Baumgarten con usted. —¿Por eso? —Sí. —¡Pero si no me dijo ni una palabra! —Lógicamente. No sabía si usted se lo contaría a la señora von Pistohlkors... —A ver, ¿quién consideraba sospechoso a Órtel? —gritó Wallmoden—. ¿Y por qué motivo? —Vamos —dijo Rex—, ¡no grite tanto! Los polacos creerán que los queremos atacar. Usted se pone a gritar cada vez que atacamos. —¡Continúe! —insistió Wallmoden. —En resumen —dijo Rex—, Órtel era tenido por sospechoso y se confirmó que no se equivocaban. —¿En qué no se equivocaron? —Respecto a las hipótesis que se formularon sobre él o, más bien, respecto a las certezas que ya se tenían. El hecho de que no lo detuvieran de inmediato se debió, sin duda, a que querían asegurarse de la gente con la que trataba. Por ejemplo, se interesaron por mucha gente que frecuentaba la casa de uno de sus amigos, un tal Drska,... —¿La casa de Drska? —Sí. —A mí mismo me pareció extraña la gente que encontré allí. Había, por ejemplo, un príncipe Septinguerra, cuya familia seguramente es demasiado conocida como para que... —El, por lo visto, no tenía nada que ver con los demás. Era un simple huésped. —Huéspedes éramos todos. —Pues sí, pero algunos, como probablemente usted mismo, solo estaban allí de adorno y no sabían nada de cuanto ocurría. —Jugaban. —Pro forma—dijo Rex—. Solo pro forma. Pero también frecuentaban la casa personajes sumamente peculiares,

como cierto presidente Fulano de tal... —¿El presidente? Si ese hombre conocía a uno de mis primos... — Puede ser ——admitió Rex—. Pero, sin que pretenda ofender a su primo: eso no era ninguna distinción. Porque, de hecho, se lo tenía por muerto desde hacía tiempo... —¿A quién se tenía por muerto? ¿Al presidente? —Sí. Era algún gran emprendedor o banquero de antaño que tenía motivos para ser tenido por muerto, pero seguía viviendo bajo un nombre falso. Y se dice que el propio Drska, aun siendo realmente un barón, era en verdad un estafador de profesión, y había allí también diversas mujeres que ejercían la profesión de mujer de una manera particular o que sabían combinarla con otros tipos de negocios... —¿De dónde ha sacado usted todo eso? —exclamó Wallmoden. —De Viena —dijo Rex—. Aunque no acabo de entender todos los nexos..., lo cierto es que tampoco me interesé demasiado por ellos. Al fin y al cabo, soy oficial de carrera y no es mi tarea ocuparme de estos asuntos. Pero me enteré de muchas cosas cuando intenté transmitir su recado a la señora von Órtel, o señora von Pistohlkors, si usted lo prefiere... Se hizo un silencio. Chisporroteaban las brasas en el pueblo incendiado. La tropa, extenuada, se había dormido. Los hombres parecían muertos. Al final, Wallmoden preguntó: —¿Y qué hacía esa gente en realidad? —De todo — respondió Rex—. Eran personajes de un mundo completamente distinto del nuestro, con unos conceptos del honor muy diferentes, si se quiere definir así, y otras ideas... Pero ¿para qué quiere saberlo ahora? Además, todavía no se sabe con exactitud, porque cuando la historia salió a la luz, teníamos la guerra a las puertas y la mayoría se habían marchado ya... —¿Marchado? —Sí, Drska, por ejemplo, y Órtel... —¿Órtel también? Por algún motivo, no debido a la persona en sí, sino a la seguridad con que siempre afirmaba poder adivinar los acontecimientos futuros, a Wallmoden le habría extrañado que Órtel no se sustrajera precisamente a esos acontecimientos que estaban en marcha. —En efecto —dijo Rex—, Órtel también. La Pistohlkors, en cambio, seguía allí. Como he dicho, ni siquiera se llamaba así, quizá tampoco se llamase Órtel, había venido del extranjero. De hecho, Órtel también era extranjero, aunque puede que ella hubiera adoptado entretanto otro nombre, tal vez porque había vuelto a casarse... He olvidado el nombre... —¿No se llamaba Kouba? —Pues sí, así se llamaba. —Quiero decir, de apellido. —No, ese era su nombre de pila. Es que ya no me acuerdo del apellido. A decir verdad, da lo mismo. En resumen, que cuando quisieron detenerla, cometió la torpeza, o quizá tuvo la habilidad porque al fin y al cabo no le quedaba más remedio, de defenderse con una pequeña Browning plateada... Era el estilo de aquella mujer. Los hombres se habían marchado, Wallmoden no entendía por qué ella se había quedado, no quiso suponer que hubiera sido solo porque lo esperaba... Sea como fuere, se quedó, y su estilo siempre había sido defenderse hasta las últimas consecuencias... —Me enteré de gran parte de lo que le he dicho —añadió Rex— por la mujer en cuya casa se alojaba. Una persona extraña, por cierto... Me refiero a esa mujer. De una peculiar amabilidad, como quien dice. Debía de suponer que yo me sentía muy triste por toda la historia que me contaba, o sea, que mientras me la contaba, no paraba de toquetearme los botones de la camisa... Nosotros, cuando se trata de una persona de paisano, la llamamos una sobasolapas. En cualquier caso, parecía muy dispuesta a consolarme de mi abatimiento... Se interrumpió, pues se oyeron dos o tres disparos, y enseguida se produjo un alboroto de padre y muy señor mío. Clareaba, y los polacos aprovecharon la amanecida para atacar. Los ulanos, curiosamente a caballo, aparecieron a toda velocidad entre las casas, pero enseguida se dispersaron y dejaron lugar a otros grupos, que asediaron a pie el reducto sobre el montículo. En medio del fragoroso fuego y sobre todo debido al efecto de la artillería, que enseguida lanzó sus proyectiles por encima del reducto, el ataque se vino abajo al cabo de unos minutos. Los que quedaban en el bando enemigo parecían abrigar la intención de permanecer agazapados ante el montículo. Fueron expulsados mediante granadas de mano. La localidad había vuelto a incendiarse. Wallmoden ya no vio a Rex tumbado a su lado; seguramente había ido a ver a sus hombres. Wallmoden se levantó y abandonó el reducto. Volvió a la carretera por el puente. Le pareció estar pensando en una infinidad de cosas, pero no sabía en qué pensaba. Le extrañó, por ejemplo, que el puente no hubiera volado por los aires todavía, pues ese había de ser sin duda su final, pero lo que quería era, naturalmente, pensar en otra cosa. En su cabeza reinaba una confusión absoluta que le impedía albergar ni un solo pensamiento. Entretanto había llegado al mando de la unidad la orden de evacuar Ustilug. Los escuadrones debían retirarse a la otra ribera del río, alejarse incluso en ese lado hasta una distancia equivalente al alcance de una pieza de campaña más o menos y, una vez allí, tomar de nuevo posiciones. Uno de los escuadrones del regimiento vecino había de cubrir ese movimiento de retroceso. Debía ocupar las posiciones que se abandonaban en Ustilug y mantenerlas hasta las diecisiete horas. Luego tenía que cruzar el río, tras lo cual los zapadores debían hacer volar el puente. El comandante se disponía a subir a su automóvil para buscar la nueva posición, y se llevó con él a Wallmoden. Viajaron unos cinco minutos, luego se detuvieron y examinaron el terreno. Fijaron la posición a la derecha y a la izquierda de la carretera: en el lado izquierdo había de discurrir a lo largo de un camino para carretas por una colina de escasa pendiente; en el derecho, por una hondonada hacia el río. Atrás, a cierta distancia, un único escuadrón debía tomar una segunda posición. El comandante dio a Wallmoden la orden de detenerse en el cruce del camino para carretas para esperar a dicho escuadrón y señalar el lugar donde había de instalarse. Después volvió a subirse a su coche y prosiguió el camino. La separación de los polacos se realizó sin ningún hostigamiento enemigo, aunque ocurrió en plena mañana. El motivo era muy sencillo: los polacos también evacuaron Ustilug. Se retiraron hacia Wladimir-Wolinsk sin darse cuenta de que los escuadrones hacían otro tanto. Ustilug quedó desierta, salvo por un escuadrón que defendía las posiciones abandonadas. Debían de ser las siete de la mañana. Wallmoden estaba en la carretera mirando hacia Ustilug. Humeaba en la lejanía. Ya no se oía el fragor del combate, reinaba el silencio en la localidad, solo el humo se

desplazaba en forma de nubes. La colina había bebido sangre igual que veinticuatro años antes, como todas las colinas por las que se había luchado en el pasado, como las colinas sobre las que se alzaran las ciudadelas de Cartago y de Ilion y de todas las ciudades que habían sido destruidas. La tierra se había saciado. Estaba harta de la sangre que había absorbido. Era la sangre de los hombres que sostuviera sobre sí. Pues donde no se embebe de sangre, tampoco quiere ya sostener nada. Wallmoden permanecía allí, de pie, mientras los vehículos pasaban traqueteando ante él; no les prestaba atención; contemplaba el humo que subía desde la colina y creía pensar en los muertos que yacían sobre ella y en los muertos en general. Era el tiempo en que por doquier yacían muertos sobre la tierra. Tal vez había llegado ya el momento de la cosecha. Tal vez había llegado antes de hora. Un escuadrón se acercaba desde la lejanía, avanzaba por la carretera. Venía desde el sol; los hombres caminaban lentamente bajo el peso de las armas. Solo podía tratarse del escuadrón de Sodoma, puesto que Sodoma lo encabezaba unos doscientos o trescientos pasos por delante. Iba solo. Wallmoden no lo divisó enseguida, de modo que cuando lo vio estaba ya muy cerca. Llevaba colgados sus pertrechos; sobre su tórax se cruzaban una serie de correas de tal manera que parecía encadenado; como había adelgazado, se había ceñido con el cinturón la camisa, que le quedaba ancha, y el casco cubría con su sombra el rostro, también flaco y sin afeitar. Desde luego, la forma en que se acercaba, por algún motivo que Wallmoden ni examinó ni quiso examinar, era extraña. Sobre todo no le resultaba agradable verlo solo; era previsible que el capitán se detuviese, y Wallmoden no estaba de humor para escuchar por enésima vez que Sodoma no era un fantasma. Y, en efecto, Sodoma se detuvo. Pero ¿cómo iba a estar Wallmoden preparado para oír que Sodoma, esta vez, le decía todo lo contrario? Lo hizo con pocas palabras. Le dijo, después de quedarse mirándolo unos instantes: —Yo sabía, conde Wallmoden, que usted no se daría cuenta a pesar de haber afirmado que lo advertiría enseguida. Pero como lo he aburrido tan a menudo con declaraciones negativas, me satisface poder ofrecerle por una vez una de carácter afirmativo. Porque hoy se equivoca usted, conde Wallmoden. ¿Qué le parece? Ahora hemos llegado al punto en que realmente se equivoca. Miraba al vacío y sonreía de una manera ambigua. Era algo así como el esbozo de una sonrisa. Sus dientes, un tanto amarillentos y extrañamente al descubierto, brillaban en la sombra que se proyectaba sobre su rostro. A Wallmoden le costó concentrarse y entender lo que quería decir. —Señor von Sodoma —respondió—, creo que desde ayer son ya demasiados los que se encuentran en el estado al que usted alude como para que sea admisible la broma que, por lo visto para distraerse... Mientras Wallmoden hablaba, la expresión de Sodoma cambió por completo; Wallmoden no podía creer que un semblante cambiara con semejante rapidez: —¿A qué aludo yo...? —gritó cuando Wallmoden calló—. ¿Y qué no es admisible? ¿Y usted qué pretende allí, teniente Wallmoden? ¿Qué hace en mi camino? Wallmoden se enderezó: —Señor capitán —contestó, alzando igualmente la voz—, estoy aquí porque he recibido la orden de instalar los escuadrones en sus posiciones. Esta es la posición que debe ocuparse. —¡Entonces no se quede en la carretera! —le espetó Sodoma con una virulencia del todo incomprensible—. ¡Póngase donde se halla la posición! ¡Apártese de aquí! ¡Colóquese donde están esos árboles! Estirando el brazo, señaló una colina, donde, a una distancia de unos cincuenta pasos, se veía un grupo de árboles frutales ante una casa. Wallmoden no entendió por qué no podía quedarse ni qué había de hacer precisamente allí, pero siguió por un momento con la mirada la dirección que le indicaba el brazo extendido. Cuando se volvió, Sodoma había desaparecido. De hecho, Wallmoden no se dio cuenta enseguida de que se había esfumado, pero sí de que el escuadrón se hallaba ya muy cerca. Tenía a los primeros hombres casi el lado. Los encabezaba el teniente Hertzberg. Más tarde, Wallmoden creyó recordar que Hertzberg le había lanzado una mirada de asombro. No obstante, a lo mejor le fallaba la memoria. Sea como fuere, Hertzberg dijo: —El capitán Sodoma ha muerto. Cayó hacia las cuatro y media, cuando atacaron los polacos. —Y, como Wallmoden no consiguió pronunciar una palabra, añadió al cabo de un rato—: ¿Dónde se encuentra, de hecho, la posición? El escuadrón debe ocupar la segunda línea. ¿No era usted quién debía instalarnos? Wallmoden, incapaz todavía de dar una respuesta, alzó el brazo para señalar a sus espaldas. Al hacerlo, se volvió. En la dirección hacia la cual miraba y en la que había estado Sodoma, la carretera estaba completamente desierta. Wallmoden permaneció con el brazo extendido. Hertzberg saludó al cabo de un instante y pasó de largo. Le siguió, arrastrándose a paso lento, el escuadrón. Wallmoden dejó caer el brazo, pero se quedó inmóvil. Al final del escuadrón aparecieron dos hombres que llevaban un cadáver sobre una camilla. El cuerpo estaba cubierto con una lona de la que solo sobresalían las botas. Órtel las habría considerado de buena calidad. Así que esto era la muerte. Dicho de otro modo, también esto era la muerte. Tenía infinitas variantes, mas todas ellas poseían la violencia monstruosa de la naturaleza, que sepulta ovejas bajo rocas que se precipitan, cubre con capas de hielo de varias millas de altura la vida de estrellas enteras y prende fuego a mundos. Desde lejos aún resultaba tolerable, algo así como un fuego graneado en la distancia, pero de cerca era como un mazazo en la cabeza. Y nadie debía alegrarse por creer haber encontrado la prueba de que existía un más allá. El más allá era sin duda tan pavoroso como este mundo. En ese momento, Wallmoden percibió el estruendo de una fuerte explosión. Al mismo tiempo se oyó el fragor del fuego antiaéreo. Unos mil pasos más adelante, más allá de la curva, se levantó un humo negro. Algunos de los hombres del escuadrón empezaron a correr hacia los lados. También Wallmoden, después de dudar unos segundos, se dispuso a abandonar la carretera. Se dirigió rápidamente hacia los frutales. Optimi consiliarii mortui, pensó; los mejores consejeros son los muertos, como habría dicho Rosthorn. Sin embargo, no había alcanzado aún los árboles cuando los aviones se hallaban ya sobre él. Desde la altura se oyó un aullido cada vez más intenso. Un suboficial corría justo delante de Wallmoden y se tiró a una fosa rectangular de una

profundidad equivalente más o menos a la altura de una persona, hecha quizá para conservar verdura durante el invierno. A Wallmoden, empero, no le dio tiempo para seguirle. Los aviones arrojaron un total de cuatro bombas. Una impactó a una distancia de unos ochenta pasos, y la tierra salió disparada como de un surtidor, elevándose alta como una torre. Las dos siguientes no estallaron. El aullido alcanzó entonces un grado de máxima estridencia. Al mismo tiempo, toda la tierra voló alrededor de Wallmoden. O sea, que el consejo de Sodoma tampoco era tan bueno, llegó a pensar, pero luego perdió el conocimiento.

Capítulo 15

Sin embargo, no tuvo la impresión de perder el conocimiento; más bien, antes de volver en sí, soñó un rato, y el sueño enlazaba exactamente con el punto en que perdió la conciencia. Tal vez se produjo algo en su interior entre el cese de la conciencia y el comienzo del sueño. Esto, empero, ocurrió en un reino del que no somos capaces de dar razón aunque entremos en él a veces, igual que no podemos dar cuenta ni de una vida anterior ni de una vida posterior. De hecho, cuando nos quedamos sin conocimiento, no existe una pérdida de conciencia completa, sino que solamente nos trasladamos (como en la muerte) de un reino al otro, pero estos reinos carecen de embajadores, y solo muy de vez en cuando —en contadísimas ocasiones— se desprenden partículas de los otros reinos y, como madera flotante procedente de algún continente lejano, varan en las costas de nuestras percepciones; o, como pájaros que se han perdido, de tarde en tarde viene a parar entre nosotros el alma de algún fallecido o ángeles o dioses extraviados. Sea como fuere, cuando Wallmoden comenzó a soñar, le dio la sensación de que la tierra que salía disparada hacia arriba volvía a caer en forma de incesante lluvia de terrones y fragmentos, como si el chorro de un surtidor hubiese desfallecido y sus gotas tamborilearan sobre la hierba. El suboficial que se había tirado a la fosa se sacudió de encima la «porquería», como dijo, y señaló: «Ya ha pasado»; al mismo tiempo, salió de la fosa. Wallmoden trató de seguir los aviones con la mirada, pero solo pudo ver uno que, precisamente, volvía rumbo al este a cierta distancia de Ustilug hacia el sur. A cinco pasos de Wallmoden se veía el impacto de la bomba. Parecía el cráter de una granada pesada, tenía la profundidad equivalente al tamaño de una persona y un perímetro de unos quince o veinte pasos. Un montón de tierra rodeaba el borde. El interior del cráter seguía humeando un poco, y el humo permanecía flotando en el aire. No lejos de allí se divisaba una de las bombas que no había estallado. Parecía un torpedo corto y rechoncho, y estaba hundido hasta la mitad en el suelo. El escuadrón, que se había dispersado ruidosamente, volvió a reunirse en la carretera. Wallmoden se preguntaba adonde habría ido a parar la camilla sobre la que yacía Sodoma, pues ya no la veía. Se quedó un rato mirando hacia allí, mientras los hombres se iban juntando y hablaban entre sí en voz baja, dando la impresión de farfullar maldiciones. De pronto se le antojó más importante examinar el cráter con exactitud que buscar la camilla. Por algún motivo consideró que no tenía sentido que los hombres se congregaran en la carretera; habría sido preferible que se ocuparan del cráter. Quiso llamarlos, pero desistió, ni él mismo supo por qué. Tal vez porque creyó que no lo entenderían. Hizo un gesto en parte de enfado, en parte de desdén, y se metió en el cráter. La tierra cedió al pisarla; cayendo de rodillas, se deslizó hasta el fondo. Se quedó sentado allí, apoyándose en los talones. Al mismo tiempo se sintió hasta cierto punto resguardado. No podía ver por encima del borde del cráter o, mejor dicho, ya le venía bien no tener que ver nada. El talud que lo rodeaba olía a tierra mojada. Le parecía agradable observar el interior de la tierra desde tan cerca. Estaba formada por terrones sueltos, no más grandes que el puño de un niño. Estaba húmeda, la explosión de la bomba se había producido a una profundidad en que el agua impregnaba todavía la tierra. Además, estaba caliente. Su calor resultaba acogedor. Entre los terrones había cascos de granada. Agarró uno, una chapa torcida con los bordes recortados, y al recorrer el borde con la mano enguantada tuvo la sensación de estar pasando la lengua por los dientes. Tiró el trozo y se dispuso a coger otro. Por un momento pensó que, si alguien pasara, consideraría extraño verlo sentado allí en la tierra. Sin embargo, esa idea se desvaneció rápidamente. Mientras Wallmoden trataba de agarrar el segundo casco, más metido en el suelo que el primero, sus dedos se introdujeron en la tierra. Era extraordinariamente blanda, tan suelta y ligera que ni siquiera parecía consistir en terrones, sino en escoria completamente reducida a cenizas o en otro material sumamente ligero; es más, durante un instante se dejó llevar por la idea de que la tierra estaba formada por nidos de avispas vacíos. Justo debajo de la superficie ya había huecos en los que podía mover los dedos sin dificultad y hasta meter la mano entera; daba una sensación extraña palpar algo tan suelto. Los terrones crujían como una sustancia muy reseca; los apartó; se había olvidado del casco de granada, y en un santiamén cavó un pequeño hoyo. Este consistía en el mismo material blando, que parecía penetrar más y más en lo hondo, el suelo era completamente esponjoso, y de pronto tuvo la sensación de que desde los huecos le llegaba una especie de aliento. Algo, imaginó, debía de yacer allí bajo tierra y respirar, no sabía qué era, pero sintió la necesidad de excavar en el acto. Enseguida se puso manos a la obra y trabajó lo más rápido que pudo, ya parecía acercarse a ese ser sepultado, si es que se trataba de alguien sepultado y no de otra cosa que habitara desde hacía un tiempo el interior de la tierra... Cuando creía que solo le faltaba apartar unos terrones para destapar la cara de aquella criatura, la tierra se mostró de pronto extraordinariamente resistente y difícil de levantar; se dio cuenta de que, tal como uno imagina el aire en el reino de los muertos, la tierra estaba mezclada con telas de araña en las que sus manos se enredaban como entre cuerdas, ya no podía sacarlas de ahí, tiraba con todas sus fuerzas para librarse de aquellas ataduras... Y se despertó. Había dado con la mano izquierda en las vendas de gasa con las que tenía

atada la derecha y ambas manos se habían enredado en el ovillo del vendaje. Debía de estar estirado, pero, al tironear para desenredarse, se había incorporado en parte. Se hallaba sobre una camilla. Por un momento creyó que debía de estar muerto, puesto que yacía sobre unas angarillas, como Sodoma. Luego se dio cuenta de que estaba vivo. Se encontraba en una ambulancia. El vehículo viajaba por una carretera que parecía buena. De hecho, debía de ser la carretera pavimentada entre Hrubieszów y Ustilug. La ambulancia tenía cuatro camillas o literas. Wallmoden yacía en la camilla izquierda de abajo. Lógicamente, no podía ver a quién estaba encima de él. En las otras dos literas había, en primer lugar, abajo un hombre al que le faltaban los pies. Los muñones estaban cubiertos con paños empapados de sangre. No se movía, su cara estaba toda afilada; por lo visto estaba desmayado o muerto. En la camilla de arriba yacía un herido grave. Gemía. En el pasillo central del vehículo, un suboficial de la ambulancia, a quien Wallmoden no conocía y que le daba la espalda, le administraba una inyección al herido. Al principio, Wallmoden creyó estar igualmente herido. También él estaba lleno de sangre. Se estiró en la camilla y se quedó inmóvil, pensando. Recordó el ataque aéreo y la explosión de la bomba; es decir: tenía muy presentes ambas cosas, solo debía desconectar el sueño que había tenido entretanto. Sin embargo, no notaba dolor alguno. Ni siquiera cuando se movía. La única herida que pudo descubrir en su cuerpo era la de su mano. La venda que la cubría se había desprendido. Wallmoden miró la herida. Era la primera vez que la veía desde que la recibiera. No era grande y estaba casi curada. Al cabo de un rato se percató de que una gota caía sobre él. Le cayó sobre el pecho. Luego cayó otra gota. Alzó la vista y comprobó que la sangre goteaba sobre él desde la litera de arriba. En la lona de la camilla se dibujaba el cuerpo del herido que yacía encima de él, y allí donde estaba más aplastada se veía una mancha que iba soltando gotas. En general, todo el interior del vehículo estaba manchado de sangre. Wallmoden se incorporó. —¡Eh! —llamó al suboficial. Este, que acababa de poner una inyección, se dio la vuelta. —¿Qué pasa aquí? —inquirió Wallmoden. —¿Señor teniente? —preguntó el suboficial. —¿Qué pasa aquí? —insistió Wallmoden—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Me ocurre algo? Por lo visto, no tengo nada. —Sí —respondió el suboficial. —¿Qué quiere decir «sí»? —Que el señor teniente no tiene nada. He examinado al señor teniente. Únicamente presenta esta herida. Señaló la mano de Wallmoden y se dio cuenta de que la venda se había soltado. Echó un vistazo a la herida y hurgó luego en su maletín de cuero, probablemente buscando más vendaje. —¿Por qué me habéis traído, entonces? —exclamó Wallmoden. —El señor teniente ha sido trasladado hasta aquí —aclaró el suboficial—. El señor teniente se hallaba inconsciente. ¿Cómo se siente ahora? Wallmoden se encogió de hombros. —Seguramente creyeron que el señor teniente estaba herido. La única explicación plausible era que lo habían introducido en el vehículo debido al vendaje en la mano. —Me están cayendo gotas —dijo Wallmoden. —No he podido cambiar de camilla al hombre de arriba —señaló el suboficial. Wallmoden se sentó en el borde de la cama. Le dolía la cabeza. Se la apretó con las manos. El suboficial le cogió la mano herida, cortó la gasa que colgaba y empezó a vendarla de nuevo. Cuando hubo acabado, Wallmoden dijo: —¡Ordene usted que se detengan! El suboficial habló con el conductor por una especie de teléfono, y el vehículo se detuvo. Wallmoden empezó a buscar sus cosas, pero no las encontró. —¿Dónde están mis cosas? —preguntó. El suboficial respondió que a él no le habían dado nada. Según parecía, todo había quedado allá, incluso la gorra que, desde que había sido herido, llevaba en lugar del casco. Wallmoden farfulló algo y se levantó. El suboficial le ayudó y abrió luego la puerta. Sin embargo, cuando Wallmoden se sentó en el borde del coche y apoyó los pies en la carretera, vio una zona que le resultaba completamente desconocida. —¿Qué es esto? —inquirió—. ¿Dónde estamos? El suboficial dio la vuelta a la ambulancia y volvió a hablar con el conductor. Después regresó y nombró una localidad que Wallmoden no conocía. Wallmoden miró el reloj. Estaba parado. —¿Qué hora es? —preguntó. —Las dos —contestó el suboficial. Wallmoden debía de haber permanecido muchas horas inconsciente. —¿Por qué no me devolvisteis a mi escuadrón? —gritó. —No podíamos —respondió el suboficial—. Teníamos que transportar a los heridos. —¿Adónde los llevaban? —A Hrubieszów. Pero allí no había nada. No encontramos a nadie. Estaba todo desierto. Ahora vamos a Tyszowce o a Komarów. —¿A qué columna pertenecéis? El suboficial nombró el número de una columna de la división. Wallmoden concluyó que debía de tratarse del segundo coche en que viajaba. No se había dado cuenta de que había ido ya en otro vehículo y de que lo habían trasladado a este. En verdad, no entendía cómo había podido permanecer tanto tiempo sin conocimiento. La carretera en la que se hallaba estaba pavimentada, pero la zona, una región de colinas bajas, estaba completamente desierta. No se veía ni una sola aldea, ni siquiera campesinos trabajando el campo; por lo visto, todos habían huido. No tenía sentido apearse allí. De hecho, pensó que la división había perdido el contacto con la zaga y se había adelantado extraordinariamente a las propias tropas. Al cabo de unos instantes, Wallmoden volvió a subirse al coche. —¡Seguid! —ordenó. El suboficial cerró la puerta y el vehículo se puso en marcha. Sentado en el borde de su camilla, Wallmoden comenzó a observar al hombre que tenía frente a él y al que le faltaban los dos pies. La cara se le había puesto toda cérea, y el suboficial confirmó su muerte. Había fallecido hacía dos horas. En cuanto a los otros dos, el que yacía sobre el muerto estaba, en efecto, gravemente herido, pero aquel cuya sangre había goteado sobre Wallmoden no lo estaba tanto, si bien tenía todo el cuerpo vendado. Lo había alcanzado una infinidad de esquirlas y piedras pequeñas. Sin embargo, permanecía tumbado con toda tranquilidad. Además, había dejado de sangrar. Los tres habían sido heridos por las bombas que los polacos arrojaran más allá de la curva. El herido grave empezó a gemir de nuevo y recibió otra inyección, aunque el suboficial señaló que difícilmente sobreviviría. Al cabo de un rato, Wallmoden tomó conciencia de que sentía un hambre acuciante. El suboficial le dio una tableta de chocolate, y después de dar unos bocados, Wallmoden

notó que disminuía el dolor de cabeza. Mientras comía se preguntó si, aunque no tuviese lesiones externas, no le habrían quedado quizá lesiones internas. ¡Cómo se explicaba, si no, el hecho de permanecer inconsciente tanto tiempo! Sin embargo, el suboficial, al que interrogó al respecto, le explicó que en tal caso debería haberse presentado algún síntoma. De todos modos, resultaba difícil creer que Wallmoden hubiera salido totalmente ileso, pues los hombres que lo entregaron afirmaban que, según los enfermeros del regimiento, la explosión que había dejado aturdido a Wallmoden lo había catapultado hasta la altura de un poste telegráfico... Lo cual, desde luego, resultaba bastante dudoso. A Wallmoden le resultó extraño haber soñado que estaba en la tierra cuando, de hecho, se encontraba en el aire. Escuchó al suboficial y luego le preguntó si quedaba agua. Agua no, dijo el suboficial, pero sí un poco de té. Tras una pausa, Wallmoden le ordenó que intentara quitarle con el té las manchas de sangre del uniforme; y, en efecto, el suboficial consiguió eliminarlas al menos en parte con la ayuda de una esponja. Cuando aquel hubo concluido su trabajo, Wallmoden mandó detener de nuevo el vehículo, se apeó y volvió a subirse para sentarse junto al conductor. Entretanto eran ya las tres; llegaron a Tyszowce. Solamente quedaban una panadería y algunos talleres de campaña que, para colmo, estaban a punto de partir. Por tanto, siguieron hacia Komarów. Cuando estaban a punto de llegar, encontraron la carretera, que hasta entonces había permanecido desierta —o casi—, atestada de vehículos; eran zapadores que regresaban y otras columnas. Estaba todo atascado; nadie avanzaba. Para adelantar a las columnas, tomaron un camino de tierra. Este, no obstante, se alejaba más y más de la carretera; al intentar volver, fueron a parar a caminos aún peores y, para colmo, no lejos de un pueblo que, según el mapa del conductor, se llamaba Janowka, pero que bien podía llamarse de otra manera; el coche se quedó parado después de soltar un rato unos entrecortados y desagradables crujidos. El conductor se metió bajo el vehículo; después comunicó que se habían desprendido algunas de las cabezas de los tornillos que sujetaban la caja del diferencial; al fin y al cabo, el coche no estaba construido para ese tipo de caminos... Sea como fuere, no podía continuar. El suboficial confesó que no entendía nada de automóviles, y Wallmoden jamás había mostrado interés por diferenciales ni nada similar. No eran mucho más de las cuatro, pero flotaban ya, como oscuras telas de araña, indicios de crepúsculo en el aire vespertino. Se hallaban tan al este que el horario de verano no coincidía ya con la hora real. El sol salía antes de lo habitual y se ponía también antes. Tras una breve deliberación, decidieron buscar algún vehículo que pudiera remolcar la ambulancia hasta Komarów, y Wallmoden y el suboficial se dirigieron hacia el pueblo. El suboficial, a causa de los heridos, tenía prisa, se mostraba nervioso y corría por la arena. Wallmoden se quedó rezagado y al cabo de un rato dobló en dirección a unas casas que parecían las de una finca, donde, a su juicio, resultaría más fácil conseguir un vehículo que entre los campesinos. La finca no estaba lejos, pero el cuerpo comenzó a dolerle mientras andaba; quién sabe hasta qué altura lo había arrojado realmente la explosión; eso era lo que salía a la luz en ese momento. A decir verdad, el milagro consistía en no haberse fracturado nada. Hasta sus dientes le parecieron de repente extraños en la boca, le dolía el pómulo derecho, tal vez había caído sobre la cara. En cambio, el dolor de cabeza había cesado. La finca se encontraba en una especie de desierto de arena. Resultó ser sumamente grande, como las fincas de la zona en general. Los edificios de explotación conformaban por sí solos una aldea. Sin embargo, estaba todo desierto, solo unas cuantas vacas que sufrían por el trastesón deambulaban gritando entre los edificios. La gente, sin embargo, se había marchado. No se veía a nadie. La residencia se encontraba a la sombra de unos árboles que formaban parte de un gran jardín. El jardín estaba asilvestrado; también la casa parecía desatendida. La puerta se hallaba bajo un pórtico que sustentaba un balcón. Estaba abierta, y el viento la movía y la hacía chirriar suavemente. Una parra silvestre trepaba por el muro. La puerta, que se movía como el ala de un gran pájaro moribundo, le recordó algo a Wallmoden, pero no pudo precisar qué. Entró en el pórtico enlosado, que estaba por debajo del nivel del jardín, y luego, tras dudar unos instantes, en el vestíbulo. Allí lo encontró todo revuelto. Seguramente, tropas de perseguidores o de perseguidos se habrían alojado en la casa. Las puertas que daban a las habitaciones también estaban todas abiertas de par en par. Había llegado el tiempo en que nadie consideraba ya necesario cerrarlas. Una escalera conducía a la planta de arriba. La casa estaba ricamente amueblada y los suelos cubiertos de alfombras. Sin embargo, nada se hallaba en su sitio. El viento circulaba por las puertas y ventanas abiertas. Andaba con pies silenciosos, pero parecía llorar mientras atravesaba la casa. Era una residencia completamente desconocida que el viento recorría llorando, aunque a Wallmoden le dio la sensación de conocerla. Creemos conocer las casas en que ha vivido gente más o menos similar a nosotros. Wallmoden se quedó en el vestíbulo, no habría sabido decir qué buscaba; lo cierto era que quería encontrar un vehículo que remolcara la ambulancia, y allí no había ninguno, pero en vez de volver sobre sus pasos, empezó a mirar alrededor sin saber por qué. En las paredes colgaban cuadros, grandes pinturas oscurecidas por el paso del tiempo, y después de un rato se percató de que representaban las campañas de Alejandro Magno —los personajes llevaban algo así como vestimentas turcas—, y entremedio colgaban grabados en color, cornamentas, un armazón con bastones de paseo y fustas y una tabla tapizada de verde en la que pendían, engastados en plata, colmillos de jabalí y perlas de ciervo. Wallmoden lo miró todo con atención. Le pareció que llevaba ya mucho tiempo sin tener la oportunidad de contemplar nada, empezó a sumirse en la contemplación de las cosas, imaginó el tamaño de las presas de las que procedían las cornamentas, examinó los bastones y las fustas para ver si servían. Aunque en realidad todo aquello no le importaba incluso metió la mano entre los cristales rotos del aparador y revisó las porcelanas como si se hallara en su casa e inventariara sus pertenencias para ver qué se había de reponer. Luego, sin embargo, cuando cruzó las demás habitaciones y desembocó en la última, sumamente fea por el

desorden reinante, el caos de pronto le repugnó; sin poder precisar el vínculo, se acordó de Cuba justamente en ese cuarto, y la muerte de la mujer, el hundimiento y la destrucción se le antojaron de repente de una fealdad absoluta. Intentó pensar en otra cosa, salió rápidamente de la habitación y regresó al vestíbulo. Estuvo a punto de abandonar la casa, pero después de unos instantes de duda decidió subir la escalera. También la escalera estaba cubierta de alfombras, eso sí, llenas de polvo, como si por una gran sacudida se hubiera desprendido de los techos la cal que ahora las tapaba en forma de capas. Wallmoden llegó al descansillo de arriba, donde las alfombras estaban igualmente llenas de polvo, pero después de dos o tres pasos se detuvo. Vio ante sí, en el polvo que cubría una alfombra, las huellas húmedas de dos pies descalzos; procedían de una puerta que tenía a su izquierda y conducían a una puerta situada en el otro extremo del descansillo. Las huellas, muy recientes, se dibujaban con suma nitidez y estaban rodeadas de agua, como si la persona que había andado por ahí hubiera estado realmente empapada. Algunas gotas de agua mezcladas con polvo habían rodado, como mercurio, en forma de bolitas por la alfombra, donde quedaron o se deshicieron, aunque las huellas debían de ser de hacía no más de un minuto. Pertenecían a un hombre de estatura baja o a una mujer alta. Wallmodcn se las quedó mirando; por un momento creyó que debía reflexionar y preguntarse cómo habían ido a parar allí, pero al instante siguiente supo que ya las había visto. Sí, habría podido jurar que las estaba viendo de nuevo. Se trataba del mismo tipo de huellas que, soñando, había visto en su cuarto en el castillo de Jedenspeigen, aquella vez que creyó que dos mujeres habían entrado en su habitación, de la que solo una había salido. No podían ser, desde luego, las huellas de los mismos pies. ¡Cómo iba a llegar allí lo soñado! Sin embargo, eran la continuación de aquellas, que entonces llevaban a algún sitio y que ahora volvían desde algún lugar. No tenía sentido devanarse los sesos preguntándose por dónde habían andado entretanto aquellos pies, por dónde fluía el misterioso río cuya corriente los había mojado. De todos modos, no cabe la menor duda de que —¡cuán a menudo!— pasamos momentos, días, a veces mucho, muchísimo tiempo en otros reinos muy distintos aunque creamos estar aquí, y que allí llevamos una vida y hacemos cosas de las cuales nada sabemos. Sin embargo, llevamos esa vida, que a lo mejor es la real. Y lo que nos ocurre a nosotros, también les ocurre a otros. A veces desaparecemos los unos para los otros en aquellas regiones, a veces se cumple aquí lo que allí no puede suceder, y repetidamente hemos de pasar por esos ríos de sombras para cambiar. Porque no existe retorno sin transformación. Interminables parecen los tiempos del distanciamiento mientras duran; en los instantes de los reencuentros, sin embargo, esos períodos parece que no hayan sido nada. También para Wallmoden, el tiempo que transcurrió entre aquel sueño y el redescubrimiento de las huellas parecía no haber existido. ¿Por qué, pensó, no abrí entonces la puerta de la sala para seguir aquella pista? De todas maneras, no habría ido a parar sino a este lugar. Y ahora me encuentro aquí, y da igual dónde haya estado entretanto..., dónde hayamos estado. Siguió los pasos. La puerta tras la cual desaparecían solo estaba entornada. La empujó y entró en una pequeña antesala, una especie de vestíbulo privado. De allí, una segunda puerta daba a una habitación. Esta puerta estaba abierta. Debía de ser un dormitorio. Por la puerta vio un espejo entre dos ventanas. El espejo llegaba hasta el suelo, y delante había una mujer. Solo podía ser la misma de la que provenían las huellas. Estaba desnuda, y su piel brillaba por la humedad. Le daba la espalda, pero en el espejo la veía como si estuviera vuelta hacia él. Un torrente de cabello rubio, casi amarillo, le caía en largos mechones sobre la espalda, y en ese preciso momento ella se recogía el pelo con ambas manos y lo escurría. Era una mujer joven, alta, su figura resplandecía, en el reflejo difuminado del espejo daba la impresión de flotar ligeramente sobre el suelo. Los pezones de sus pechos parecían puntas de lanza sumergidas en una sangre rosada. Wallmoden no la conocía, no la había visto jamás. No era una de las criadas de Jedenspeigen, la rubia que en el sueño se le antojara sin rostro, igual, por cierto, que la morena, pues ambas iban como sonámbulas y con una expresión completamente desvaída; tampoco era ninguna de las otras mujeres que conocía. Le resultaba del todo extraña. Ella no lo veía en el espejo; contemplaba en él el cabello que se estaba secando, como si se secara en el reflejo. Lo más extraño era que, por mucho que la mirara, él no habría podido decir qué aspecto tenía; antes bien, aun viéndola perfectamente tanto en la realidad como en el espejo, le dio la impresión de que no la veía a ella, sino lo que sería una gran belleza por excelencia. Sin duda, el sentido de lo bello no reside en la objetividad de una cosa bella concreta o de un individuo hermoso. Su fin consiste más bien en hechizar el alma. No existe nada corpóreo que no esté creado con el único propósito de actuar sobre el alma y no existe alma que no posea el sentido de encantar todo lo corpóreo con sus sensaciones. Como si cada punto de su cuerpo disparara fúlgidas flechas que o bien lo alcanzaban directamente volando o bien le devolvía el espejo como cuando se refracta una radiación, cada rayo que partía de la superficie de aquella mujer acertaba como una flecha cuyas plumas, que parecían llevar enredados hilos dorados de su cabello, llevaban la belleza hasta él. Sin embargo, la suma de los suaves pesos portados por las flechas no daba como resultado la imagen de la mujer. A Wallmoden se le antojó no verla a ella, sino algo muy distinto. Fue como si ante él se extendiera de pronto el panorama inmenso de una resplandeciente amplitud o extensión, en donde al principio no se percibía lo que contenía. Eran cosas todas que no producían sensaciones, sino que eran producidas por estas. Daba la impresión de que un mar ondeaba en torno a islas que flotaban entre el azul del cielo y del agua y que tenían cuanto embriagaba el alma: fragancias y lujosos objetos, cascadas que se precipitaban por quebradas encantadas, majestuosidad de miembros maravillosos, espíritu que fulgía como hojas de acero, dioses, arcos iris y tronos de oro y de marfil. Sin embargo, la arquitectura de esas cosas era mucho más compleja que una mera yuxtaposición. Se compenetraban con total libertad. Los zócalos de los palacios descansaban sobre navíos flotantes y la idea

divina parecía anidar tanto en la boca humeante de los volcanes como en las joyas de las mujeres. Aquel que miraba inmóvil no atinaba a comprender cómo había podido encontrar una criatura cuya visión generara todo aquello en su mente, en ese país arrasado donde seres sucios y hambrientos se arrastraban a la vera de casas destruidas. Sin embargo, no era un presente lo que veía, sino, por lo visto, una aparición del futuro en cierto sentido. El porvenir nunca queda claro, pero jamás se encuentra tan cerca como cuando parece más lejos que nunca. ¿Qué tenía que ver, en el fondo, esa persona con el resplandor que provocaba en el alma? Nada. Ni siquiera intuía ese brillo suyo. Ninguna mujer lo intuye. Era una mujer completamente desconocida a la que había sorprendido ante el espejo. Eso era todo. Él había entrado allí por mera casualidad. Sin embargo, no sabemos qué misiones cumplimos en verdad, como tampoco sabemos lo que hacemos. Retrocedió sin hacer ruido, abandonó la antesala y volvió a entornar la puerta. Se detuvo un instante en el descansillo, luego se dio la vuelta y se dirigió a la escalera. Desde que descubriera las huellas, había estado lleno de enormes expectativas; ahora, en cambio, sonreía, aunque solo fuese por un momento. Lo único que había ocurrido era que había sorprendido a una mujer, al parecer después del baño. Bajó la escalera y atravesó el vestíbulo. A continuación se marchó de la casa. Había de andar unos diez minutos hasta llegar al punto en que había dejado el vehículo. Pero ya desde lejos vio que este no seguía en su sitio. Debían de haberlo remolcado, y habría sido inútil buscarlo en la aldea. A buen seguro que tampoco se encontraba allí. Sin duda, se hallaba ya camino de Komarów. Le pareció comprensible que el suboficial no lo esperara. Llevaba heridos y él, Wallmoden, desde luego no estaba herido. Habría transcurrido alrededor de una hora desde que se separara de él. Su reloj, al que había dado cuerda y que había puesto en hora tras consultar al suboficial, marcaba pocos minutos después de las cinco. Anochecía. No obstante, le resultaba extraño encontrarse en ese momento, al final de toda la historia, en medio del campo, sin equipaje, sin armas, incluso sin gorra. Aún podía aparecer alguna patrulla de ulanos por la cresta de una colina, bajar a toda velocidad y apuñalarlo. Se dio la vuelta, metió las manos en los bolsillos y regresó a la casa. Tenía una extraña sensación mientras caminaba por la arena: la de haberse desprendido de todo y ser solamente él mismo. Puede que más de un rey se hubiera marchado de algún lugar así, con las manos en los bolsillos, y acaso no fuesen sus peores momentos. Mientras caminaba, el talón izquierdo empezó a dolerle. Se detuvo y lo movió hacia un lado y hacia otro en la bota. Había algo allí dentro, probablemente se había desgarrado el cuero del forro, tal vez se había gastado con el roce. Pues sí, pensó, tenía las botas destrozadas, como corresponde a alguien a quien el tiempo ha tirado primero del caballo, y que luego, para colmo, ha perdido también sus vehículos. Ahora podía empezar el verdadero peregrinaje. En el fondo, debería haber tenido aquel otro par de botas en ese momento. Sin embargo, tampoco le habrían servido de nada. Sin duda, se habrían quedado en algún rincón de su coche. Resultaba extraño, pensó, que al final esas botas no le fueran de ninguna utilidad. Cuando llegó a la finca, el ganado seguía gritando. Las vacas miraban al vacío mugiendo, corrían unos pasos, se detenían y volvían a mugir. Entró en la casa, subió la escalera y atravesó el descansillo. Las huellas seguían dibujadas en el polvo acumulado sobre la alfombra, pero la humedad había sido absorbida ya, solo se veían los contornos. Volvió a seguir las huellas y abrió la puerta que ya había abierto una vez. La joven mujer estaba sentada en la cama, mirando hacia abajo. Llevaba el pelo envuelto en una tela. Al oír el ruido de la puerta, levantó la cabeza y al mismo tiempo se ajustó los faldones de la bata que le colgaba de los hombros. Wallmoden se acercó a la segunda puerta y se detuvo en el umbral. Creyó que ella se asustaría, pero se limitó a mirarlo con serenidad. Tenía unos ojos castaños que contrastaban curiosamente con su pelo. El cabello no se le veía, pero su reflejo estaba presente en el color de su piel. —Perdone que irrumpa aquí de esta manera —dijo Wallmoden en francés—. Sin embargo, las circunstancias tal vez justifiquen mi comportamiento. ¿Puede usted decirme que localidad es esta y dónde me encuentro en realidad?

Capítulo 16

Ella no respondió; se limitó a mirarlo y a esconder, sentada sobre la cama, los pies bajo la bata. Como supuso que no lo había entendido, él repitió sus palabras en inglés. —No lo sé —contestó ella en alemán— Mucho me temo que no sé más que usted. —¿No es usted de aquí? —preguntó él—. ¿No es usted polaca? Una vez más, la mujer solo respondió al cabo de unos instantes: —No —dijo—. Pero ¿de dónde viene usted? ¿Y cómo es que tampoco usted sabe dónde se encuentra? —Mis hombres —respondió él— afirmaban que esto era Janowka. Pero se han marchado, y de hecho ni siquiera eran mis hombres. —¿No eran sus hombres? —Solo me llevaban consigo —dijo él—. Veníamos de Tyszowce y nos dirigíamos a Komarów. ¿Cuánto falta para llegar a Komarów? Ella se encogió de hombros: —¿Cómo quiere que lo sepa? Ni siquiera sé que existe. No sé nada de nada. —¿Qué quiere decir con eso? —A mí me dejaron en algún lugar por aquí cerca —dijo ella—. Pero hoy al mediodía se marcharon todos, y yo me vine aquí al cabo de un rato, pensando que encontraría a gente. No había nadie en la casa, aunque de todas formas no habría podido comunicarme; o quizá sí, en inglés, pero tampoco estaban ya los dueños. —¿Y de dónde la trajeron, concretamente? —De Cracovia. —¿De Cracovia? —Así es. Cuando empezó la guerra, nos trasladaron a todos; primero en tren, pero el tren solo llegó a Dabicze; luego a mí me llevaron en coche y al final tuve que ir a pie, he andado hasta el día de hoy, en que han desaparecido todos. —Acláreme esto —dijo él después de una pausa, y se dejó caer en una silla—: ¿a quién trasladaron, y quién trasladó a quién, y de qué está usted hablando? —Yo estaba aquí de visita —explicó ella —. Tenía a un conocido en Cracovia, que trabajaba en el consulado estadounidense. Lo visité, estuve con él un

tiempo y luego emprendí el viaje de regreso. Cracovia dista solo unos kilómetros de la frontera, pero mi pasaporte desapareció. No creo haberlo perdido; lo único que pudo ocurrir es que me lo robaran. De repente no estaba; sucedió poco antes de llegar a la frontera. En vez de llamar, por ejemplo, al consulado, cometí la torpeza de empeñarme en cruzarla. Quería ir a ver a alguien en Wiesbaden. Me escondí en el tren. Pero me encontraron a pesar de que me oculté muy bien. Tenía incluso la impresión de que sabían que me había escondido, porque el tren permaneció parado mucho tiempo y me buscaron por todos los vagones. Cuando me encontraron, me detuvieron y me llevaron de vuelta a Cracovia. Me interrogaron, pero lo único que pude declarar era que me habían robado el pasaporte. Me retuvieron durante tres semanas y me interrogaron repetidas veces. Ni siquiera me permitieron llamar por teléfono al consulado, ni al estadounidense ni al alemán. Después estalló la guerra, y me trasladaron. Eso ocurrió hace unos diez días. Pero desde hace ocho ya solo nos hemos desplazado a pie. Ha sido terrible, ¡Mire usted mis zapatos! Y metió la mano bajo la cama, donde estaban sus zapatos junto a un montoncito de ropa. Levantó uno de ellos. Estaba completamente destrozado. Lo contempló unos momentos y lo dejó caer al suelo. —Y caminamos y caminamos —prosiguió ella—, día y noche, apenas me daban de comer, ni siquiera podía lavarme. Al llegar aquí, tuve por fin ocasión de hacerlo. Pero eso ha sido todo. Realmente no sé ni dónde estamos ni cómo marcharme de aquí. Los polacos se han ido, se lo han llevado todo, he mirado en los armarios. He encontrado esta bata y poca cosa más. Es usted la primera persona a la que veo aquí. Pero, dígame, ¿cómo ha llegado usted aquí y cómo es que tampoco sabe dónde estamos? —Esta mañana me trasladaron —contestó él—, porque me creían herido... —¿Es eso que tiene en la mano? —No, eso es de antes. Y entonces le contó su historia. Ella seguía en la cama y lo miraba; de hecho, estaba sentada en cuclillas sobre la cama y se cogía los pies con las manos. —¿Qué guerra es esta? —inquirió—. Los polacos, creo, opinan que la han perdido. —Eso parece, al menos por el momento —respondió él. —¿No tendrá usted un cigarrillo? —preguntó ella. Él se levantó, se acercó y le ofreció sus cigarrillos. —Es usted una persona peculiar —dijo, al tiempo que le daba fuego—. No la conozco, pero aun así me resulta bastante peculiar. ¿Cómo se le ocurrió intentar cruzar la frontera sin pasaporte? ¿Tanta prisa tenía? Decía que venía de ver a un amigo... —¿Eso he dicho? —preguntó ella y se sonrojó, bajando la vista. —Pues sí, más o menos. —Me interrogaron tantas veces que me he acostumbrado a cierta franqueza. De lo contrario no lo habría dicho. —¿Y en Wiesbaden también quería visitar a un amigo? —No —respondió ella riendo y alzó la vista—. La gente con la que estaba citada allí es muy distinta. Además, en Cracovia me quedé más tiempo de lo debido. Tenía unos ojos clarísimos, el blanco era de una pureza perfecta. Unas pestañas oscuras rodeaban, como rayos, su mirada. Sus labios tenían el color rojo de las rosas. —Cada ser humano tiene su propio destino —dijo él—. Bien es cierto que uno cree que el destino es casual, pero todo cuanto le sucede a uno encaja en realidad con uno mismo. Si no hubiera regresado de ver a un amigo y no hubiera tenido la intención de ir a ver a otra gente, como usted dice, o sea, si hubiera viajado por otro motivo de Cracovia a Wiesbaden, probablemente no le habría ocurrido todo esto. —¿Usted cree? ¿Por qué? Entretanto se había puesto el sol y la habitación estaba inundada por la luz azul y traslúcida del crepúsculo. Todo flotaba en una sustancia azul que se sumaba al aire, más transparente que el aire mismo. A través de los cristales entraba amortiguado el alboroto de la granja, donde el ganado seguía gritando. —Es así —contestó él y se reclinó en el respaldo al pie de la cama—. Y si, por ejemplo, no fuese mi destino estar ahora aquí, aquí y solamente aquí, aunque yo no lo comprenda, me hallaría junto a una mujer a la que he amado, me hallaría con ella en este preciso momento, a esta hora azul, como suelen llamar a estos instantes. La conocí hace solo unas semanas, pero ella ha muerto; y no volví a verla desde que ella accedió a este encuentro al que no hemos podido acudir ni ella ni yo... —¿Cómo sabe usted que realmente está muerta? —inquirió ella—. ¿O a raíz de qué cree usted saberlo? —Porque ella ya no vivía cuando me dio la cita. Porque..., pero usted no me entenderá. Fue otra persona la que me dijo que me daba la cita. Por supuesto, no me dijo la verdad. Aun así, tengo la sensación de que ella me la dio. No me encuentro en el lugar donde debería acudir a la cita, pero, créame usted, es el momento prometido y la hora prometida, y me resulta difícil admitir que ella no acudirá... solo porque ya no puede. En general, hay muchas cosas imposibles, pero al corazón le resulta sumamente difícil aceptar que algo sea imposible precisamente en estos asuntos —dijo él. Y, como ella callaba, después de una pausa añadió: —Pero ¿no le resulta extraño que nos encontremos aquí precisamente a esta hora? ¿Qué la halle aquí para no sentirme completamente solo o para que usted no se sienta completamente sola? Ahora conoce usted mi caso. Yo no conozco el suyo, pero ¡quién sabe en quién piensa usted en este preciso momento! —En nadie —contestó ella—. Lo escucho. —Entonces es usted muy olvidadiza —dijo él—. Pero tal vez es lo que uno realmente debería ser: olvidadizo. De hecho, no quiere decir nada que uno crea conocer a alguien, porque en realidad no lo conoce, uno no conoce a nadie, y a sí mismo menos que a nadie, y, en el fondo, resulta indiferente con qué recuerdos o fantasías rodea un hombre a otro. Al fin y al cabo, los seres humanos no son más que seres humanos, se conozcan o no, y también lo somos nosotros, usted y yo, y probablemente sea lo mismo si pensamos en otra persona, usted en otro y yo en otra, o en nadie. ¿No lo cree usted también? Habló sin mirarla, como si no se dirigiera a ella. Luego le tomó la mano y la besó. Ella no respondió, y cuando él la miró, había dejado caer la cabeza ligeramente hacia atrás, como si esperara ser besada también en la boca, y lo observaba con los ojos entornados como con dos lunas. Él dudó un instante, tuvo una idea imprecisa, confusa, de que todo ocurría, de hecho, de manera muy diferente de como lo había imaginado... Lo real era lo siguiente: él, un soldado herido, y ella, una mujer a la que habían trasladado por todo el país. Era la debilidad tras un enorme esfuerzo. Se inclinó sobre ella y la besó. Ella le rodeó el cuello

con los brazos; él vio como se levantaban resplandecientes y se posaban sobre él. Luego se tumbaron juntos. —Puede que realmente no pensaras en mí —dijo ella—, seguro que no pensaste en mí... Pero ¿cómo era esa mujer con la que habías de encontrarte? ¿Qué aspecto tenía y cómo se llamaba? ¿No puedes decírmelo, puesto que afirmas que ya no vive? Entretanto había anochecido ya del todo; como si la envolviera la luz de las estrellas, él solo la veía como un brillo. Reinaba un silencio absoluto, el alboroto en la granja había cesado. La habitación se perdía en la oscuridad. —Era muy bonita —respondió él—, casi tan bella como tú, y sobre todo sumamente encantadora. Pero su pelo no era rubio, sino castaño, casi negro. Tenía ojos azules. Y en muchos otros aspectos era completamente diferente de ti. Yo solo te conozco desde hace una hora... Y, sin embargo, tú has acudido a la cita que yo tenía con ella. Ella, en cambio, era de tal manera que si realmente hubiera podido venir, quizá no habría venido; es más, puede que al final tuviese que morir porque a pesar de todo no quería acudir al encuentro, con nadie... Era así, desde luego. Se descubrió que era la esposa divorciada de un hombre cuyo nombre no aporta nada al caso. Sin embargo, ella se hacía llamar de otra manera. Había adoptado un nombre extraño. Se llamaba Cuba. Se dio cuenta de que la mujer se incorporaba en la oscuridad. —¿Cuba? —preguntó ella. —Sí. Cuba Pistohlkors. Ella no respondió en el acto. —¿Desde cuándo la conocías? —inquirió—. Desde hacía unas semanas, dijiste, ¿no? Solo pueden ser cuatro semanas o cinco, como mucho. Seguro que antes no la conocías. ¿Y dices que era realmente ella con quien debías encontrarte hoy? —Sí —contestó él—. Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas? ¿La conocías? Eso no es posible. No sabes quién era ella en realidad, pues tenía otro nombre. —Sí lo sé —dijo ella—. Lo sé. Y el nombre también es el mismo. ¿Crees realmente que ya no podrás encontrarte con ella y que es en otro lugar donde deberías haberte encontrado? Pues no, es aquí y ahora. Yo soy Cuba Pistohlkors. Eran los días en que la campaña estaba a punto de concluir en Volinia, con la batalla de Tomaszow sobre todo y con los asaltos que el heroico coronel Wranja —en su día uno de nuestros oficiales austríacos— realizó en la zona de Labunie y Zamosc, hasta el punto de que al final incluso sus enemigos se enorgullecieron de él. Wallmoden y Cuba (la verdadera) permanecieron esa noche y el día y la noche siguientes en Janowka, después consiguieron un vehículo y llegaron hasta Lañcut, cambiando continuamente de medio de transporte y pasando por Rawa-Ruska y Jarosiaw. La campaña terminó el 23 de septiembre. También acabó el verano después de haber permanecido inmóvil sobre el país; llegó un viento helado, y esa misma noche llovió después de veintidós días sin hacerlo, después de que el sol luciera día tras día, y la luna y las estrellas brillaran noche tras noche sobre Polonia, sobre la desdichada, derrotada y devastada Polonia. La tarde de aquel día, mientras los flacos caballos tiraban del carro por la arena, Wallmoden preguntó al cochero cómo se llamaba la localidad por la que estaban pasando. —Niwiska —respondió el cochero. No era lejos de Tarnów. Y con el látigo señaló una aldea y una finca abandonada a escasa distancia. Eran una aldea y una finca de las miles que había. Wallmoden, que llevaba un rato hurgando en su venda, la deshizo con la ayuda de Cuba. Apareció la herida, que estaba ya curada. —De hecho —dijo Wallmoden, después de mirarla un rato—, de hecho, no me has explicado de dónde viene tu nombre, tu nombre de pila, quiero decir. Es, en efecto, poco habitual. Es de origen eslavo, ¿no? Dicho esto, tiró la venda fuera del coche y se puso el guante. —¿Eslavo? —dijo ella—. No, la cosa fue así: mi padre pasó muchos años en las Indias Occidentales, acumuló cierta fortuna gracias una plantación de azúcar, pero luego, más por casualidad que por intención, regresó poco antes de la guerra..., de la anterior guerra, quiero decir. Después se casó, y cuando yo vine al mundo, me llamó Cuba a modo de recuerdo. ¿Peculiar, no? Después de callar un rato, él dijo: —Vaya, y yo que siempre he creído que era un nombre eslavo. Entre nosotros hay algunos pequeños industriales y comerciantes que se apellidan así... Por cierto, ¿cómo te explicas que ella, o sea, la otra, pudiera cruzar la frontera con tu pasaporte? —Dios mío —respondió ella—, muy fácil. Yo misma también estuve a punto de cruzarla sin pasaporte. Puede que viajara en coche cama, por ejemplo; en ese caso, uno entrega el pasaporte al revisor antes de acostarse, y nadie se toma la molestia de despertar a los pasajeros para comprobar si las fotografías coinciden con la cara de la gente. —Aun así, ¿no puede haber sido ella la que te robara el pasaporte? —No, seguro que no —contestó ella—. Debe de haber sido otra persona. Seguro que no vi a una mujer como la que tú describes. —Lástima —dijo él—. Lástima porque habría resultado interesante, quiero decir. Probablemente te habría gustado, al margen de las molestias que te causó. Tenía algo muy particular, en todos los sentidos. Tenía cierta terquedad, casi podría decirse que era todo un carácter. Curiosamente, he pensado mucho en ella, pero ahora empiezo a olvidarla... y al mismo tiempo no puedo olvidarla. Tal vez fuese una persona que no se dejó interrumpir tanto por ese incidente, la muerte, como otras mujeres más impersonales, más humanas, quiero decir... ¿O fue el destino el que no se dejó interrumpir? Mientras yo confiaba aún en esa cita, siempre temía secretamente que ella quizá no quisiera cumplir con ella. Y, sin embargo, cumplir con la cita a pesar de todo... Se interrumpió y alzó la vista. El aire estaba de repente lleno de un rumor inmenso que llenaba todo el cielo, los amplios espacios parecían vibrar. Sobre el coche aparecieron, volando bajo, varias escuadras de aviones grandes como dragones. Volaban despacio. Él no sabía que pudieran volar con semejante lentitud. Era casi como si los aviones descansaran por un momento en su vuelo. La campaña había concluido. Estaban a punto de abandonar Polonia. Volaban hacia occidente.

A mediados de agosto de 1939, el protagonista de esta novela, el teniente Wallmoden, cumple con el deber de personarse en su antiguo regimiento para llevar a cabo unos ejercicios militares de rutina, y ni se imagina que de pronto se verá inmerso en la invasión de Polonia. De esa experiencia, que Wallmoden comparte con el

autor, surgirán las páginas más realistas e impactantes de Marte en Aries. A pesar de haberse escrito en 1941, este libro no apareció hasta 1947, ya que Goebbels prohibió su publicación al juzgar que no hacía honor al heroísmo alemán y ponía de manifiesto la resistencia de los agredidos. Pero también la intriga, el amor, la irrupción de elementos sobrenaturales que apuntan a la trascendencia y desafían los límites de la realidad ocupan un lugar destacado, pues «quizá los relatos más auténticos sean aquellos que no son ni del todo fantásticos ni del todo lógicos». Voluntad y destino se entrelazan y se imponen, porque la vida, aunque sea rodeada de guerra, nunca detiene su curso.